

DA
85
CIÓ

BERNIZABAT.

FELICIDAD
DEL
PENSAMIENTO

BJ1485

B4

1866

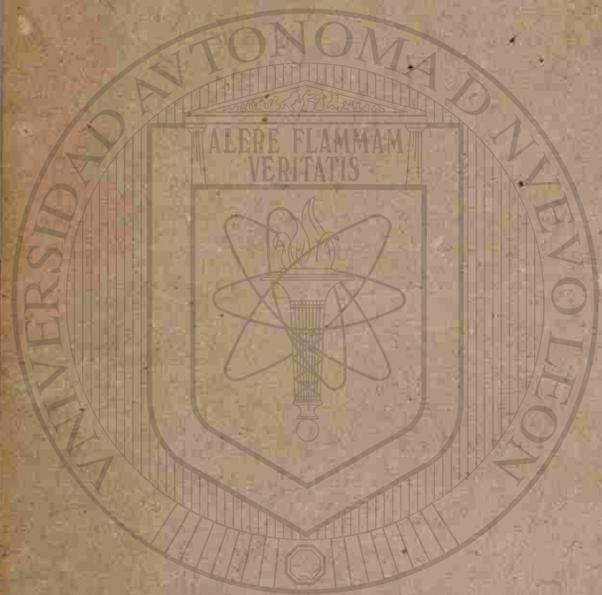
C.1

011632



1080022812

EX LIBRIS
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis



LA FELICIDAD

DEL PENSAMIENTO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



1815 -
1892

LA FELICIDAD
DEL
PENSAMIENTO,

POR

DON JUAN MANUEL DE BERRIOZABAL,

MARQUÉS DE CASAJARA,

Segunda edición.

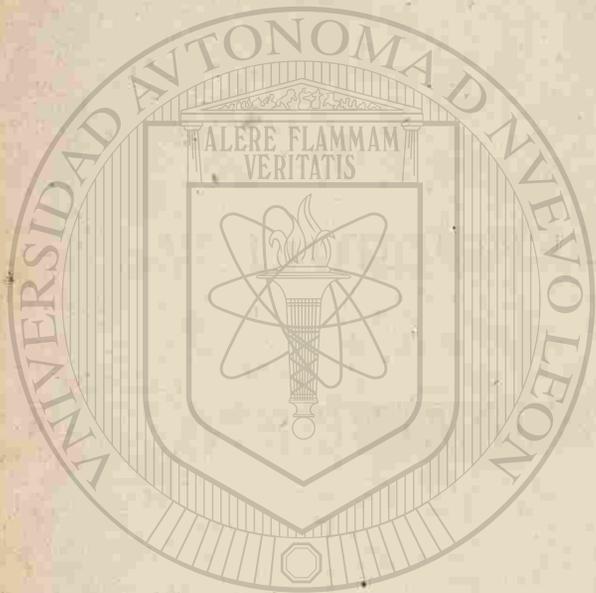
Con licencia del Ordinario.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Torres

MADRID.

IMP. DE TEJADO, A CARGO DE R. LUDEÑA.
Calle de Silva, 47 y 49.
1866.

47728



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Alfonsina
Biblioteca Universitaria

B11485
B4



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

000000

ÍNDICE.

Pág.

- CAPÍTULO PRIMERO.—Todos buscan la felicidad. Nadie la encuentra: la razón de este fenómeno. El hombre no impera más que en sí mismo. Su pensamiento es la norma del gozo ó tristeza de su alma. Ejemplos que confirman esta verdad. 13
- CAP. II.—Se demuestra que la felicidad depende del pensamiento. Por qué son infelices los que el mundo cree dichosos. La teoría acorde con la práctica del género humano acerca de que el pensamiento es el agente del mal y del bien. 17
- CAP. III.—Lo que no basta en las ciencias y en las artes. Ejemplos. No basta saber en general que se debe huir de los pensamientos tristes. Qué clase de pensamientos suelen analizarse. Un beneficio que hace la Religión á nuestra mente. Propósito del Autor de esta obra. . . . 20
- CAP. IV.—Se prueba que el hombre tiene dominio sobre su pensamiento. 25

011632

CAP. V.—República de la mente. Sus diversos ciudadanos. Incompatibilidad en el mando. El pensamiento ministro universal. En qué consiste el buen orden de toda sociedad. Código penal para los malos ciudadanos de la mente. 28

CAP. VI.—Necesidad de la constancia en la lucha con los pensamientos perniciosos. La mente comparada á las calles públicas. Los malos pensamientos ladrones de la paz y de la dicha. 33

CAP. VII.—De los buenos pensamientos. Su provechoso estudio. Principiase á tratar de la belleza de los pensamientos. Ilusiones que deben evitarse en este punto. 38

CAP. VIII.—Aparente belleza de ciertos pensamientos. Los deseos. Doctrina de los Estoicos contraria á la naturaleza. Mal-estar del que mucho piensa en una misma cosa. Dos clases de pensamientos. Qué debe hacerse con los que traen consigo alguna turbacion. 43

CAP. IX.—Todos los hombres son capaces de tener bellos pensamientos: alternan estos en la mente con otros de distinto género. Doctrina de S. Ignacio de Loyola. Debe aprovecharse la venida de los buenos pensamientos. 48

CAP. X.—De uno de los requisitos necesarios para la felicidad del pensamiento. 51

CAP. XI.—Del robo lícito de los bellos pensamientos. Propónese un método para leer con

fruto en orden á la felicidad del pensamiento. 56

CAP. XII.—Modo de hacer servir la historia á la felicidad del pensamiento. 62

CAP. XIII.—Cómo se ha de sacar partido de las bellezas de la naturaleza y de las artes para la felicidad del pensamiento. Observaciones para hacer mas útiles los viajes. . . . 65

CAP. XIV.—Del error y de la verdad en sus relaciones con la felicidad de la mente. 69

CAP. XV.—Se demuestra que los errores se oponen á la felicidad del pensamiento. 72

CAP. XVI.—Medios para librarse de errores. . . 77

CAP. XVII.—Continuacion del mismo asunto. . 82

CAP. XVIII.—De uno de los manantiales del error. Necesidad del estudio teórico y práctico de la lógica. Criterio de Balmes. 88

CAP. XIX.—Las verdades que enseña la Religion son armas contra el error y contribuyen á la felicidad del pensamiento. 93

CAP. XX.—Belleza y nobilísimo origen de la verdad, que coadyuva á la felicidad de la mente. 101

CAP. XXI.—La verdad muy excelente esposa del entendimiento. 105

CAP. XXII.—La verdad y el error en sus relaciones con la felicidad del pensamiento. . . 107

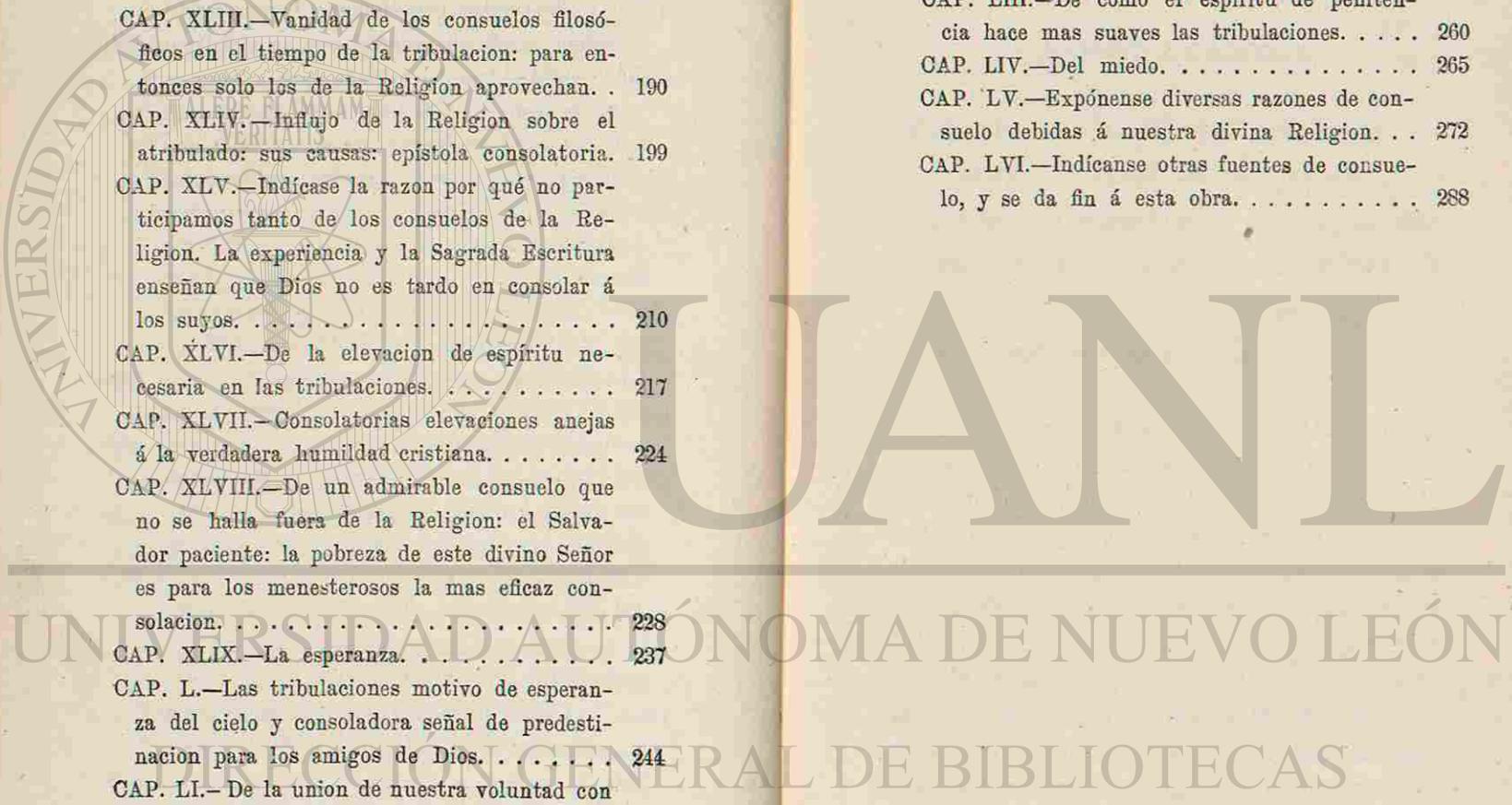
CAP. XXIII.—Explicase la manera con que la verdad forma la dicha de la mente. 110

CAP. XXIV.—Es fácil y extensivo á toda clase de personas el goce de la felicidad del pensamiento.	114
CAP. XXV.—De un mal arbitrio para huir de ciertos pensamientos tenidos por tristes. Propónese otro medio mas eficaz para el intento.	117
CAP. XXVI.—Un precepto de la ley natural. Un inmenso beneficio que hace la divina Providencia á nuestra mente. Las pasiones y el pensamiento.	120
CAP. XXVII.—Cuán contrario es el orgullo á la felicidad del pensamiento.	124
CAP. XXVIII.—Angustias en que vive el pensamiento del avaro.	129
CAP. XXIX.—De una pasion enemiga de la dicha del pensamiento.	133
CAP. XXX.—Se prueba que la ira es una gran calamidad para el pensamiento.	137
CAP. XXXI.—Observaciones sobre cierta relacion del cuerpo con el espíritu.	141
CAP. XXXII.—El bien que la Religion nos dispensa legislando en lo íntimo del alma. La envidia, que lleva consigo tormentos perennes, atosiga el pensamiento.	144
CAP. XXXIII.—Trátase de un oculto enemigo de la felicidad del pensamiento, desenmascarándolo y sacando á plaza sus perfidias.	147
CAP. XXXIV.—Deducción de una enseñanza del	

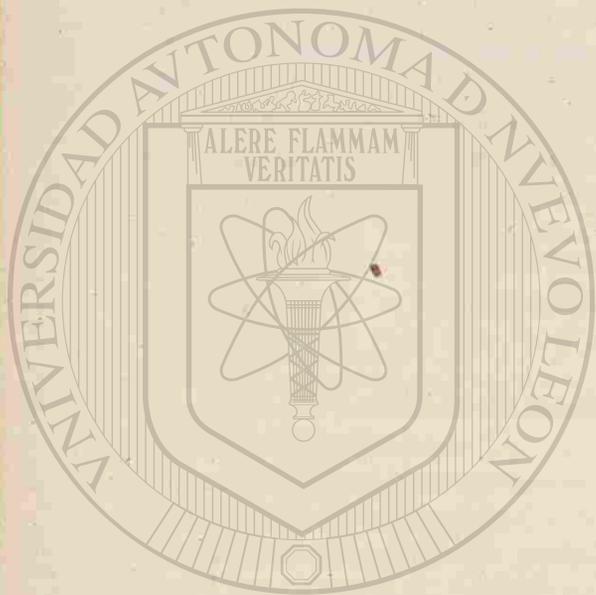
Evangelio. De los deseos. Remedio contra los malos deseos que se oponen á la felicidad del pensamiento.	150
CAP. XXXV.—Del pensar demasiado en nosotros mismos y en las pequeñeces que nos rodean.	156
CAP. XXXVI.—Aunque el sistema que se propone en esta obra no sea capaz de dar una felicidad <i>absoluta</i> , bien observado hará la posible dicha del hombre, disminuyendo los pesares del alma. Los males físicos son menos durables y menos comunes que los del corazon.	159
CAP. XXXVII.—Por qué motivo se hace mencion del sistema de las verdades absolutas. Se indican algunas de sus ventajas.	162
CAP. XXXVIII.—Explanacion del sistema de las verdades absolutas.	166
CAP. XXXIX.—Discúrrase acerca de lo vanas que son las teorías sin la práctica para demostrar que sin ella será inútil la ciencia de la felicidad del pensamiento.	172
CAP. XL.—Calamidad contraria á la dicha de la mente en algunas personas virtuosas: observaciones sobre los escrúpulos.	177
CAP. XLI.—Se defiende á la piedad de una inculpacion errónea relativa á la dicha del hombre.	183
CAP. XLII.—Pruébase que de la observancia de	

la ley y enseñanza religiosa nace la dicha del pensamiento. La caridad. Promesas del Salvador.	186
CAP. XLIII.—Vanidad de los consuelos filosóficos en el tiempo de la tribulacion: para entonces solo los de la Religion aprovechan. .	190
CAP. XLIV.—Influjo de la Religion sobre el atribulado: sus causas: epístola consolatoria.	199
CAP. XLV.—Indicase la razon por qué no participamos tanto de los consuelos de la Religion. La experiencia y la Sagrada Escritura enseñan que Dios no es tardo en consolar á los suyos.	210
CAP. XLVI.—De la elevacion de espíritu necesaria en las tribulaciones.	217
CAP. XLVII.—Consolatorias elevaciones anejas á la verdadera humildad cristiana.	224
CAP. XLVIII.—De un admirable consuelo que no se halla fuera de la Religion: el Salvador paciente: la pobreza de este divino Señor es para los menesterosos la mas eficaz consolacion.	228
CAP. XLIX.—La esperanza.	237
CAP. L.—Las tribulaciones motivo de esperanza del cielo y consoladora señal de predestinacion para los amigos de Dios.	244
CAP. LI.—De la union de nuestra voluntad con la divina para la felicidad del pensamiento.	250

CAP. LII.—Cuán dulce es al pensamiento la idea de la divina Providencia.	254
CAP. LIII.—De cómo el espíritu de penitencia hace mas suaves las tribulaciones.	260
CAP. LIV.—Del miedo.	265
CAP. LV.—Expónense diversas razones de consuelo debidas á nuestra divina Religion. . .	272
CAP. LVI.—Indicase otras fuentes de consuelo, y se da fin á esta obra.	288



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA

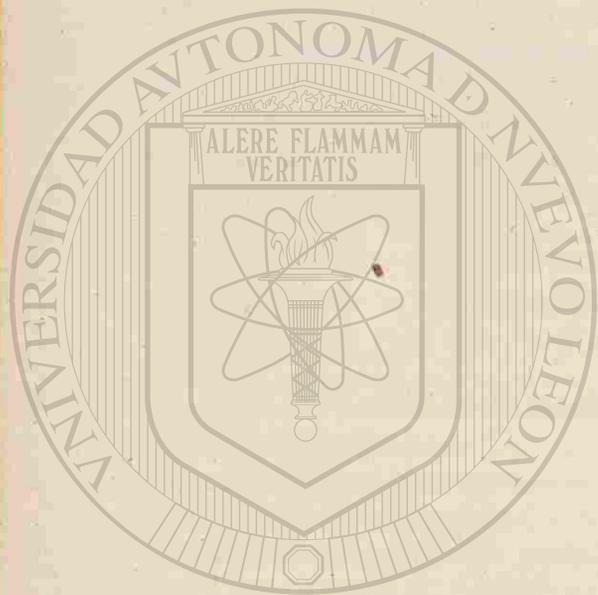
LA FELICIDAD DEL PENSAMIENTO.

CAPÍTULO PRIMERO.

Todos buscan la felicidad. Nadie la encuentra: la razón de este fenómeno. El hombre no impera más que en sí mismo. Su pensamiento es la norma del gozo ó tristeza de su alma. Ejemplos que confirman esta verdad.

Los hombres vuelan siempre anhelantes en busca de la felicidad, y no la encuentran. Hé aquí dos verdades, que conocen y confiesan todos y de las cuales están íntimamente penetrados. En cuanto al modo de expresarse acerca de ellas hay divergencia, mas no la hay en el íntimo convencimiento que producen de una manera experimental. ¿No es evidente que los moradores de este valle de lágrimas se afanan por hallar una fugitiva bienandanza? ¿No es indisputable que esta burla perennemente sus perpétuos deseos? Unos la buscan

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Torres



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA Y TALLERES

LA FELICIDAD DEL PENSAMIENTO.

CAPÍTULO PRIMERO.

Todos buscan la felicidad. Nadie la encuentra: la razón de este fenómeno. El hombre no impera más que en sí mismo. Su pensamiento es la norma del gozo ó tristeza de su alma. Ejemplos que confirman esta verdad.

Los hombres vuelan siempre anhelantes en busca de la felicidad, y no la encuentran. Hé aquí dos verdades, que conocen y confiesan todos y de las cuales están íntimamente penetrados. En cuanto al modo de expresarse acerca de ellas hay divergencia, mas no la hay en el íntimo convencimiento que producen de una manera experimental. ¿No es evidente que los moradores de este valle de lágrimas se afanan por hallar una fugitiva bienandanza? ¿No es indisputable que esta burla perennemente sus perpétuos deseos? Unos la buscan

en los honores para ostentar condecoraciones brillantes, que á su juicio los enaltecen, otros en las riquezas deslumbradoras, con las cuales juzgan satisfacer su ánsia insaciable, estos en una gloria aérea que los alimenta de lisonjeras adulaciones, aquellos en los deleites de los sentidos, ante los cuales profanan la dignidad de su naturaleza humillándola con baja servidumbre; y ni los unos, ni los otros, ni estos, ni aquellos la encuentran, porque esas cosas donde la buscan son como magníficos sepulcros, que por de fuera están hablando de grandezas humanas y por dentro predicán desengaños.

Además, Dios ha reducido el dominio del hombre á un círculo muy estrecho, al de sí mismo. Esta libertad de que gozamos individualmente para manejarnos y obrar, la gozan también otros, lo cual unido con otras mil circunstancias hace que nuestro reino en este mundo sea muy limitado y combatido por la acción mas ó menos directa de otros pareceres é intereses contrarios á los nuestros. Reinamos sobre un montoncito de espinas. ¿Y será este el reino que nos ha dado la divina Providencia? Esta sublime reguladora del universo nos confía solo el gobierno de nosotros

mismos. Extralimitarnos con ambición conquistadora es hacer que arda en guerras y tempestades continuas nuestra propia comarca. Cifñámonos al campo de nuestro heredamiento, que es nuestra alma, cuyo fruto y ocupación incesante es pensar. He aquí nuestra cosecha de siempre. Buena ó mala, ella es la que nos alimenta de amargura ó de alegría.

Sí; el pensamiento decide del hombre, le reviste de lo que él es, le transforma en lo que él es. Si mi pensamiento está envuelto en sombras de melancolía profunda, todo yo estoy sumergido en un espantoso abismo de negrísima tristeza y lúgubre desolación. Mi corazón está siempre del color de mi pensamiento: si este brilla, aquel resplandece con su luz de regocijo; si este se cubre de tinieblas, aquel cae en la lobreguez de una tumba cerrada. El célebre filósofo que dijo: «Yo pienso, luego existo,» manifestó que en el pensamiento está todo el hombre, aunque al expresarse de tal suerte no era ese su propósito.

En efecto, consiste en el pensamiento lo esencial de la vida, pues determina y califica el estado del alma. Aunque los sentidos gocen del exquisito aroma de las flores, de la vista

deliciosa de bellísimas cascadas y jardines y de la melíflua dulzura de ricas frutas cogidas de las mismas ramas de los árboles, si el pensamiento es melancólico, todo el hombre está gimiendo bajo el peso de abrumadora melancolía. Horacio dice con verdad que los cuidados van asidos del que cabalga en arrogante corcel y que revuelan por los techos artesonados. ¡Cuántos y cuán amargos se sientan sobre las gradas del trono!

Por el contrario, si el pensamiento es alegre, goza el alma aun en medio de los tormentos del cuerpo. En lo mas reñido del combate ve el intrépido general correr su sangre al golpe del acero enemigo; pero los escuadrones del opuesto bando no pueden resistir al ímpetu con que los acuchilla, y volviendo la espalda, huyen desordenadamente, y el dolor de su herida como que se pierde en el piélago de gozo que le inunda el corazón por el triunfo de su vivificadora heroicidad. A los mártires de Jesucristo se les desgarran las carnes con atroces garfios de hierro; y ellos fortalecidos por una gracia extraordinaria, con la certidumbre de que van á convertirse sus crueles padecimientos de un momento á otro en

delicias inefables de gloria eterna, extasiados en el amor de su Dios en medio de sus aterradoros suplicios muéstranse enajenados de admirable alegría.

CAPÍTULO II.

Se demuestra que la felicidad depende del pensamiento. Por qué son infelices los que el mundo cree dichosos. La teoría acorde con la práctica del género humano acerca de que el pensamiento es el agente del mal y del bien.

Que la posible felicidad en este mundo dependa del pensamiento lo prueba la experiencia de lo que pasa con los que vulgarmente se llaman genios frescos, los cuales parece que no sienten las desgracias, en cuyos férreos brazos se hallan aprisionados. ¿Pero en qué consiste un genio fresco sino en cierta costumbre de no pensar, de no fijar la atención en sus propios padecimientos ó en las desventuras que le rodean, y en preferir las ideas graciosas ó risueñas y en sacar partido para

divertirse del buen humor de los otros y de cuanto ocurre en el día? No hay duda en que la sensibilidad es patrimonio de todos los hombres; luego el no experimentarla igualmente, nace de que algunos no quieren ejercitarla fijándose en ideas tristes.

Obsérvase lo contrario en otros magnates opulentos, á quienes halaga la fortuna, el mundo quema incienso, y la mas completa salud mantiene con robustez y lozanía; se entregan á la tristeza y se hacen sus víctimas. Esta especie de fenómeno, que admira á los que tienen conocimiento de él, es muy frecuente, pero de fácil explicacion. Claro es que en la vida humana las satisfacciones no campean solas, y que aun donde mas abundan, por algun resquicio asoma la cabeza el torvo desconsuelo; y sucede que en él se fija el pensamiento del potentado, á quien se tiene por dichoso y á quien todo adula lisonjeramente; mas para su fantasía, su opulencia y sus grandezas, sus muelles comodidades y sus regalos, su envidiado bienestar y cuanto posee mas digno de estimacion entre los hombres son como si no existieran: los ha echado en olvido para atender tan solo á la única causa de su

pesadumbre. Tomó el medio de renunciar á todo bien por abrazarse con el amargo dolor. Tal es el malaventurado uso, que se hace de la libertad de pensar.

Bien pudiera decirse que el género humano está convencido de que en el pensamiento, ó sea en el punto en que este se fija, se halla el remedio ó al menos el lenitivo de todos los males y angustias que se padecen en esta vida sembrada de dolores, pues se oye con frecuencia que se dirigen al atribulado estas ó semejantes palabras: «Distráigase V. No piense V. en eso. No cavile V. sobre eso. Aleje V. de sí ese pensamiento: piense V. en otra cosa.» Tales son los consejos que se dan, tales son los remedios que se propinan á los que tienen el ánimo abatido y enfermo porque los persigue, porque los acosa, porque los hierre, porque los despedaza de dolor, porque los envenena con mortífera amargura, porque los pone en agonías de espíritu un pensamiento desolador. Esto prueba que es general la persuasion de que el agente del mal es el pensamiento y de que este mismo es el agente del bien con solo variar su objeto. Por variarlo, tomándolo como medicina, se sale al campo,

se va de visita, se huye de la soledad, se coge un libro ameno, y hasta se emprenden viajes á remotos países para disipar la pena, es decir, para que en la mente se introduzcan nuevas ideas, que ocupen el lugar de la que affigia dominando con inexorable crueldad. De manera que se hallan acordes la teoría y la práctica de los hombres ilustrados é ignorantes de todas las condiciones y edades en reconocer en globo la importantísima verdad que vengo demostrando.

CAPÍTULO III.

Lo que no basta en las ciencias y en las artes. Ejemplos. No basta saber en general que se debe huir de los pensamientos tristes. Qué clase de pensamientos suelen analizarse. Un beneficio que hace la Religion á nuestra mente. Propósito del Autor de esta obra.

Para sacar fruto provechoso de una verdad, de un arte, de una ciencia no basta saber acerca de la materia una palabra genérica;

así por ejemplo en la guerra nada se adelanta con saber que la victoria consiste en derrotar á los enemigos; ni los niños ni las mujeres lo ignoran, y sin embargo aquellos y estas son inútiles para el caso. También lo son los mismos soldados, y hasta los oficiales que han aprendido y cumplen la ordenanza, están diestros en mandar sus compañías y se han hallado en otras muchas acciones; algo mas es preciso; para formar el plan de una batalla, elegir las posiciones, distribuir los cuerpos en los puntos mas convenientes, dirigir con acierto las tres armas de infantería, artillería y caballería de modo que no se estorben y se auxilién recíprocamente, prever los movimientos del enemigo, ó en vista de ellos dar nuevas órdenes improvisadas se requieren los conocimientos y la experiencia de un buen general. ¿Habrà quién ignore que los versos se hacen escribiendo renglones de igual número de sílabas y terminándolos en consonantes, que conciertan entre sí? ¿Y los que solo esto saben son poetas? ¿Pueden componer media docena de versos, que merezcan el nombre de tales? Claro es que no. Pero todavía voy á presentar otro ejemplo, en que mi idea se hace mas pal-

pable. Es cosa muy sabida que las tercianas se curan con quina. En una casa en que hay nueve personas de buena razon, una de ellas es acometida de aquella enfermedad. ¿Se le da quina? No. ¿La pide el enfermo? No. ¿Alguno de los ocho de su familia se atreve á proponerle que la tome? No. Sin embargo todos se hallan de acuerdo en que cuando venga el médico ha de recetar quina. Ni sirve tener una receta antigua de esta medicina; menester es que señale el facultativo la dosis y las horas en que debe tomarse, y que las varie y disminuya ó aumente la cantidad segun las subidas ó atenuaciones de la calentura, su duracion y el tiempo en que se esconde, concediendo al paciente una pequeña trégua.

Sucede lo mismo con el asunto que me ocupa: se conoce en general que son nocivos los pensamientos tristes, y se desea huir de los fastidiosos é impertinentes; pero no sé que se haya escrito sobre los medios de conseguirlo, ni sobre las precauciones de buen orden que debe reinar en la interior república de la mente para alejar de ella, en lo posible, las calamidades que le son propias, intentando proporcionarle una apacible felicidad. No se examina

este punto, ni se medita en su importancia, ni se hace caso de él, ni se recuerda que está en nuestro poder la llave de un tesoro de inapreciable dicha desconocida á los mismos que pudieran gozarla. Así está el pensamiento fluctuando entre borrascosas sirtes, como una nave sin timon impelida por contrarios vientos y ondulando en medio del mar alborotado, que la combate de continuo, y la eleva ó la sumerge al rudo empuje de sus ondas azotadoras.

Y no es decir que no se analicen los pensamientos algunas veces; pero si bien se observa, es solo entre los doctos y solo bajo su aspecto literario ó filosófico cuando por escrito han de presentarlos al público. Entónces suele hacerse sobre ellos un acto reflejo, y no siempre, pues con frecuencia se emiten inconsideradamente. Desde que el cristianismo iluminó al mundo con su luz bienhechora tambien los examinan bajo su aspecto moral los que desean cumplir la ley divina. De aquí resulta un bien inmenso á la mente del hombre, que se apropia la legislacion de Dios para su feliz ordenamiento, evitando las principales causas de su mal-estar, teniendo á raya los que son

incentivo ó producto de venenosas pasiones. Mas como las leyes divinas y eclesiásticas se dirigen principalmente á santificar el alma, que despues ha de coronarse de gloria eterna, aunque bien observadas harian en la vida presente nuestra felicidad, del mismo modo que constituyen la del pensamiento que está lleno de Dios y de sus santas verdades fecundísimas en vivificantes consuelos, tanto por nuestra inobservancia, como porque no es su objeto directo el labrar nuestra dicha aquí abajo; necesitamos valernos como de auxiliares de otros arbitrios humanos, en cuya especulacion he querido emplearme, arrojándome por caminos acaso nunca pisados en pos de la felicidad de que hablo, intentando reunir los materiales de una nueva ciencia. Doy el primer paso; si caigo, si no acierto, no digo que reclamo indulgencia, porque no sé si la merezco, ó si la han de usar conmigo; pero constituyéndome en censor de mi obra, desde luego la miro con ojos compasivos y con cierta generosidad poco exigente, considerándola como un ensayo, alabando la intencion, y perdonando varias faltas.

CAPÍTULO IV.

Se prueba que el hombre tiene dominio sobre su pensamiento.

Antes de poner las primeras piedras de mi novel edificio, debo allanar el terreno, desvaneciendo una objecion que pudiera hacerse contra mi propósito. Se dirá que es vano empeño sujetar á una especie de ordenanza militar el pensamiento, que como inquieta mariposa va volando y revolando de flor en flor, no pára, ni sosiega, y anda en derredor de la lumbre hasta abrasarse. Y responderé que no es mi intento esclavizarlo, ni tiranizarlo, sino por el contrario preservarlo de las cadenas afflictivas que él mismo suele ponerse.

Ni semejante pretension es vana, pues nuestra voluntad gobierna al pensamiento con mas ó menos facilidad siempre que lo pretende. Así el comerciante que quiere hacer el balance del año, aunque le bullan en la cabeza otras ideas distintas, las despide todas, y su mente se fija solo en el balance mientras la mano escribe y los ojos leen. Los jueces en

los tribunales cuando hablan los abogados ó el relator de la causa, solo piensan en esta. Al moribundo aterra la idea de la eternidad en que va á entrar, angustia el dolor de separarse de cuanto amaba en la vida que se le acaba; pero al dictar con apagada voz su testamento, solo en esto se clava su mente, reconcentrando solo en esto su memoria y su entendimiento, ó si le distrae alguna otra idea, la desecha porque le urge concluir su testamento. Entra en el templo el buen cristiano, y deja á sus puertas todos los pensamientos profanos ó mundanales. Mil cuidados se agitan en el pecho de la piadosa matrona; se pone á hablar con Dios en la oracion, y hace que en aquel instante desaparezca de su mente todo lo que no es objeto de su fervorosa contemplacion. El que escribe una obra, en los ratos que á ella dedica, cierra las puertas de su mente á cuanto pueda disiparle, y se embebe tan solo en su materia favorita.

Y aun hay mas: en todos los ángulos del orbe católico infinitas personas resueltas á no mancillar su conciencia ejercen sobre sus pensamientos un dominio gubernativo, puesto que por no faltar á los preceptos de su Dios re-

chazan con energía todas las ideas pecaminosas que se les presentan y á las cuales dan el nombre de tentaciones. Pugnan ellas por entrar, y las almas virtuosas las repelen mil veces, si mil veces se ven acometidas por ellas. Pudiera decirse que esta lucha pasa únicamente en las fronteras del reino intelectual, pues no logran introducirse en él, ó lo que es lo mismo, no se les permite tomar asiento. Luego hay un órden, una disciplina, una regla para los combates, una ley que se observa en millones de entendimientos católicos. Pero el que manda en ellos no es un gobierno que está siempre en guerra. Si algunas veces combate por alejar un mal pensamiento, con mas frecuencia lo consigue sin violencia, ni acritud, ni esfuerzo. El enemigo se retira á la primera y pacífica intimacion; ó se le desprecia cuando se pone delante, y él huye avergonzado porque no se le hace caso. Esto se verifica en todos los instantes del dia y de la noche con respecto á los pensamientos prohibidos por su inmoralidad donde quiera que haya cristianos verdaderos. Por consiguiente es factible, como la experiencia lo demuestra, dar y cumplir algunas leyes, cuyo objeto sea

promover y conservar la [posible felicidad del pensamiento.

CAPÍTULO V.

República de la mente. Sus diversos ciudadanos. Incompatibilidad en el mando. El pensamiento ministro universal. En qué consiste el buen orden de toda sociedad. Código penal para los malos ciudadanos de la mente.

La mente humana es una república compuesta de toda clase de ciudadanos, á los cuales nosotros llamamos pensamientos: créense todos con igual derecho á dominar; aunque son de muy diversos procederes y condiciones. Unos son nobles, francos y de leal conducta; otros virtuosos, edificantes y sobremanera bienhechores; estos son bellos, plácidos y amables; aquellos graciosos, festivos y risueños. Si todos estos que, cada cual por su estilo, pudieran ser comprendidos bajo la denominacion de buenos, adquieren preponderancia en la república y ocupan los principales destinos, ¿no estará

bien gobernada, no gozará de la posible felicidad? Pero hay otros inquietos, alborotadores, impetuosos como un remolino; los hay soberbios, ambiciosos, iracundos como Luzbel; los hay desagradables, horrendos y atormetadores como el infierno; los hay feos como una vieja que desde niña fué fea; los hay tétricos, oscuros y fúnebres como un cementerio á media noche. Si tales ciudadanos llevan el timon de la nave, ya se deja entender que el cielo se cubrirá de negras nubes, que el mar levantará sus encrespadas olas hasta las estrellas, que los vientos se desencadenarán furiosos, soplando con muy ruda violencia, y que el bajel zozobrará y estará siempre á punto de naufragar.

Así es: los malos pensamientos son tan crueles y funestos que muchas veces como término de su desoladora tempestad aconsejan el suicidio, y por desgracia en estos tiempos en que tantos se han desasido del áncora salvadora de la religion, se sigue el ruinoso consejo con frecuente escándalo de la sociedad. No he hablado de este horroroso extremo sino para indicar por sus frutos la naturaleza del árbol, que los da tan opimos. Si nuestra mente

promover y conservar la [posible felicidad del pensamiento.

CAPÍTULO V.

República de la mente. Sus diversos ciudadanos. Incompatibilidad en el mando. El pensamiento ministro universal. En qué consiste el buen orden de toda sociedad. Código penal para los malos ciudadanos de la mente.

La mente humana es una república compuesta de toda clase de ciudadanos, á los cuales nosotros llamamos pensamientos: créense todos con igual derecho á dominar; aunque son de muy diversos procederes y condiciones. Unos son nobles, francos y de leal conducta; otros virtuosos, edificantes y sobremanera bienhechores; estos son bellos, plácidos y amables; aquellos graciosos, festivos y risueños. Si todos estos que, cada cual por su estilo, pudieran ser comprendidos bajo la denominacion de buenos, adquieren preponderancia en la república y ocupan los principales destinos, ¿no estará

bien gobernada, no gozará de la posible felicidad? Pero hay otros inquietos, alborotadores, impetuosos como un remolino; los hay soberbios, ambiciosos, iracundos como Luzbel; los hay desagradables, horrendos y atormetadores como el infierno; los hay feos como una vieja que desde niña fué fea; los hay tétricos, oscuros y fúnebres como un cementerio á media noche. Si tales ciudadanos llevan el timon de la nave, ya se deja entender que el cielo se cubrirá de negras nubes, que el mar levantará sus encrespadas olas hasta las estrellas, que los vientos se desencadenarán furiosos, soplando con muy ruda violencia, y que el bajel zozobrará y estará siempre á punto de naufragar.

Así es: los malos pensamientos son tan crueles y funestos que muchas veces como término de su desoladora tempestad aconsejan el suicidio, y por desgracia en estos tiempos en que tantos se han desasido del áncora salvadora de la religion, se sigue el ruinoso consejo con frecuente escándalo de la sociedad. No he hablado de este horroroso extremo sino para indicar por sus frutos la naturaleza del árbol, que los da tan opimos. Si nuestra mente

es una república, cuya presidencia se disputan ciudadanos de tan diferente índole y condición, no es dudable que cuando la obtengan los buenos, será feliz, y desventurada siempre que se entregue en valía de los malos. Pero hay que observar que estos en el reino de la mente no pueden existir sin tener al mismo tiempo el mando supremo, pues hay en él una natural é irremediable unidad de existencia actual, que excluye toda coexistencia presente de otros pensamientos.

Es cierto que se pasa con admirable rapidez de un pensamiento á otro, y es muy posible que en un cuarto de hora sean muchos los que hayan venido, no se sabe de dónde, para desaparecer muy luego; mas en un momento dado uno solo existe, uno solo reina. Es un ministro único y universal, que segun él es, así tiene á su reino. Si es alegre, le regocija; si es triste, lo oscurece; si es rabioso, lo enciende en ira; si es bello, lo hechiza. Por manera que en los demás estados, aunque haya malos ciudadanos, no son tan perjudiciales ni tan temibles cuando no ejercen autoridad, porque en sus casas y desarmados no pueden hacer tanto daño, y además

su influencia está contrarestanda por la de los buenos, en especial cuando estos son mandarines.

Sobre todo, el buen orden de cualquiera sociedad no estaria mal dicho que consiste en las leyes represivas, que impiden á los malvados el cometer desafueros, y hacen respetar de grado ó por fuerza la religion, las autoridades constituidas, la propiedad y la honra ajena, imponiendo severos castigos á los que las infringen. Si se prohíben pues los actos vituperables de los de dañadas intenciones, con mayor razon se los aleja de los destinos públicos, en que con la autoridad ensancharian el círculo de sus crímenes, haciéndolos formidablemente trascendentales y labrando la infelicidad de cuantos dependieran de ellos. Por eso los ascensos en todas las carreras son, ó al menos deben ser, para los que á su buena moralidad reúnen el mejor desempeño de sus obligaciones, en una palabra, son para la virtud. Si vemos lo contrario algunas veces, quiere decir que predomina el desórden, y es una lamentable excepcion de la regla general, y el verlo gran desdicha.

La república de la mente debe ordenarse

de igual manera y por los mismos medios que las humanas sociedades. Premiar el bien fomentándolo y reprimir el mal, hé aquí la esencia de todo orden; ni hay, ni puede haber otro que el observado por el mismo Dios, que emplea en esto su justicia augusta y su Providencia misericordiosa. Este orden es una imprescindible necesidad de todo estado social; es una condicion de vida y existencia. Y este orden esencialísimo es el que debe regir en la mente, cuyo código penal he simplificado sobremanera, pues para todos sus malos ciudadanos y para toda clase de delitos juzgo que debe establecerse una sola pena: la del destierro.

CAPÍTULO VI.

Necesidad de la constancia en la lucha con los pensamientos perniciosos. La mente comparada á las calles públicas. Los malos pensamientos ladrones de la paz y de la dicha.

Fulminada ya la sentencia de destierro á todo pensamiento pernicioso, resta saber si el penado la obedecerá. No negaré que hay en esto sus graves dificultades. Superarlas es el deber y la gloria de quien anhela el plácido descanso que sigue al triunfo. ¿Y cómo se conseguirá? Con la constancia en la lucha. Pensamiento que no es admitido, por lo regular se detiene muy poco, no hace mas que presentarse una y otra vez, y al fin cansado de sufrir repulsas, se va, como el que llama á una puerta y ve que no le quieren abrir. No hay como la reiterada negativa para despedir á cualquiera: no hay paciencia que resista á un nó repetido muchas veces. Lo mismo sucede con la gracia de Dios, da aldabadas al cora-

zon para que la reciba, y se retira al ver que se le niega la entrada; por esta causa enmudece para muchos la voz de las divinas inspiraciones.

No ignoro que hay circunstancias en que es difícil deshacerse de algun huésped importuno que tiraniza la mente, martirizando el corazón; pero acontece en tales casos lo que con un ejército que sitia una plaza: si no se le opone resistencia, entra en ella, la domina y la oprime como á vencida; si se le hace corta resistencia, sucede lo mismo, se apodera de ella; empero si la resistencia es obstinada, convencido de la inutilidad de sus esfuerzos, levanta el sitio y la deja en paz. No hay victoria sin lucha: todo bien es fruto del trabajo.

En la guerra con los pensamientos nocivos é impertinentes se alcanzan triunfos fáciles y multiplicados, que proporcionan dulcísimas ventajas y hacen disfrutar de paz blanda y halagüeña; no obstante, sería ilusión creer que esta se halle segura de todo asalto que la interrumpa, pues cabalmente donde mas se verifica la profunda sentencia de Job de que la vida del hombre es milicia sobre la tierra, es

en nuestro interior, en nuestra mente, campo de batalla de muy encontrados pensamientos. Siempre hay que pelear; siempre hay que estar alerta, porque el enemigo no duerme. Sin embargo, ¿quién no confesará que es mejor vencer que ser vencido? ¿Quién dudará que un ejército vencedor respira con mas holgura que un ejército vencido? Este huye, aquel se apodera de sus despojos, y domina tranquilamente en el conquistado territorio que va el fugitivo abandonando. Y mientras mas continuos son los triunfos, hay menos que temer del enemigo. Quien ha sufrido consecutivas derrotas, no está para emprender nuevos ataques.

Ni se alegue la desemejanza entre los combatientes de sable ó de fusil y los que en la mente humana luchan con solo presentarse, pues nadie ignora la fuerza de la costumbre sobre nuestras facultades intelectuales. Pudiera decirse que este es el resorte y el gran secreto de las mas admirables operaciones del entendimiento. Quien está acostumbrado á meditar halla placer y fruto en sus meditaciones; quien con frecuencia deja volar su fantasía á los mundos poéticos, la ejercita de tal suerte en ese vuelo que sus alas de fuego tienen la

impetuosidad del rayo, la rapidez del relámpago y la elevación del cometa que surca los aires; quien deja que su memoria se aletargue por falta de ejercicio, cuando pretenda despertarla, la hallará como muerta; quien se entrega á las especulaciones filosóficas sin ver nunca ni permitir que se le presente lo que se llama una florecilla de ingenio, será filósofo seco, sin jugo de elocuencia, sin movimientos del corazón, sin galas ni ornatos poéticos; quien solo piensa en amores profanos, difícilmente se elevará á la consideración sublime del purísimo amor de Dios. Tan poderoso es el influjo de la costumbre sobre los pensamientos. Asimismo, el tenerlos alegres, provechosos, nobles, encumbrados, ó vestidos de los resplandores de la virtud, aleja los tristes, los innobles, los bajos, los pecaminosos. Las frecuentes victorias alcanzadas sobre estos facilitan el triunfo de los buenos, y á veces hacen bastante duradero su plácido dominio.

Partiendo del principio de que jamás se acaba la interior guerra de que vengo hablando, para asegurar en lo posible las conquistas hechas por los pensamientos del buen bando, es preciso que estos no las dejen á

merced del enemigo, enflaquecido y no muerto, sino que las defiendan con respetables guarniciones. Quiero decir que no basta desechár los malos pensamientos, sino que es preciso guarnecer la mente con otros buenos que tengan ocupado el puesto (1). Los ladrones asaltan las casas que no tienen gente dentro. Los pensamientos perjudiciales son ladrones de la paz y de la felicidad interior, y con frecuencia las roban porque hallan la casa sin dueño. ¡ Ah, que jamás debieran entrar en la casa de nuestra mente! ¡ Qué lástima! La mayor parte de las cabezas de los hombres son para los pensamientos como las calles públicas, por las cuales pasan sin pedir licencia á nadie toda clase de ciudadanos, unos juiciosos, otros perdido el juicio, unos mancos, otros cojos, unos á manera de esqueletos y otros que apenas pueden andar por su obesidad y corpulencia, unos malvados como el alma de Judas y otros sencillos y virtuosos como el

(1) *Cum duas res simul cogitare non possumus, fit ut aliquid aliud cogitando, non cogitemus immunda.* Dice S. Gregorio hablando de un punto de moral.

inocente Abel. ¿Quién querría que su casa, donde en compañía de su esposa y de sus hijos, disfrutando de la herencia de sus padres ó del fruto de su trabajo, come, duerme, recibe únicamente á sus amigos, lee en su estudio á solas sus muy amados libros y guarda bajo de llave sus dulces y sus joyas, quién querría que se convirtiese en una calle, por donde todos transitan? Pues mas estimable que los dulces y las joyas guardadas bajo de llave es la paz y la dicha de nuestra mente, que ¡ay dolor! si no se toman exquisitas precauciones, es una calle frecuentada por mil gentes indignas de entrar en ella.

CAPÍTULO VII.

De los buenos pensamientos. Su provechoso estudio. Principiase á tratar de la belleza de los pensamientos. Ilusiones que deben evitarse en este punto.

Ya llevo indicado que para que no penetren con facilidad los pensamientos perniciosos es un medio excelente el que los buenos ten-

gan tomadas ventajosas posiciones, como el experto general que en el campo de batalla corre á apoderarse de las mejores para esperar en ellas al enemigo con fundadas probabilidades de batirle haciéndole fuego desde la eminencia que ocupa, y cuyo acceso es muy dificultoso para el que está en el llano al otro lado del barranco. Así pues, los buenos pensamientos deben siempre brillar dominando sobre el trono de la mente para defenderla de sus contrarios.

Y ahora cuento entre los buenos, no solo los que los moralistas tienen por tales, sino cuantos sin ofender en lo mas mínimo á la moral, contribuyan de algun modo á conservar la placidez del alma. Los que pueden comprenderse bajo aquella honrosa denominacion son verdaderamente innumerables, infinitos, y cualquiera ve que seria una absurda temeridad del todo vana el pretender sumergirse en ese piélago inmensurable. No hay quien no sepa qué ideas le complacen, aunque jamás haya pensado sobre esta materia. Pues bien, el secreto está en gran parte en hacer ese estudio suave y provechoso que jamás se ha hecho; que es como si una señora á quien gus-

tan ciertos manjares, los pusiera en lista y mandára que con frecuencia se los presentasen en la mesa. Pocos hay que no tengan sus platos favoritos; solo el pobre entendimiento no ha de escoger, ni repetir de aquello que le place, sino que se ha de contentar con lo que se le presenta, bueno ó malo, sabroso ó ingrato. ¿Y ha de ser el nobilísimo entendimiento de peor condicion que el paladar? Mas si ha de hacer algunas reflexiones sobre sus propios gustos para consultar la apacible elaboracion de su interna dicha, acaso convendrá ofrecerle curiosas observaciones, que le ahorren tiempo, le allanen en cierto modo el camino, y le preserven de ilusiones deslumbradoras.

Principiemos por la belleza de los pensamientos, pues cuando se entra en un pais ó en una ciudad, lo primero que llama la atencion del viajero, lo primero que puede conocer es la belleza de las campiñas, ó de los jardines, ó de los edificios; esta es como el fruto exterior de la laboriosidad, del ingenio, de los adelantos artísticos, y de las riquezas de sus habitantes. Y en estas mismas hermosas muestras exteriores de opulencia y prosperidad el hombre que no mira solo á la su-

perficie de las cosas, descubre en el pomposo y excesivo lujo un producto y un semillero de corrupcion, que traerá en pos de sí lamentable ruina y lágrimas y duelo, por lo cual no hay mucho que fiarse de falaces apariencias. Londres ostenta majestuosas bellezas, y encierra muchedumbres de miserables hambrientos, que ofrecen en sus escuálidas personas un espectáculo lastimero. No sean pues de este género las bellezas del pensamiento, que hayan de buscarse para regalo del alma. No se beba el veneno en copa de oro.

Hay pensamientos que tenidos por bellos, seducen al principio, y luego emponzoñan y ocasionan tormentos. Algunos ejemplos manifestarán la verdad y el fundamento con que hago esta importante indicacion. A un ciudadano, que tranquilo en el seno de su familia gozaba de cuantiosos bienes de fortuna, se le ocurre la idea adulatora de entrar en la esfera de los que figuran á los ojos del público, logrando un brillante empleo por medio de tal ó cual amigo: esta idea acariciada en su mente es bella, porque le complace sobremedera; mas dejad que pasen cinco dias sin conseguirse el empleo anhelado; desapareció

toda su belleza, ó si alguna le queda al ambicioso pensamiento, está mezclada de inquietud, desasosiego, desconfianzas, temores y zozobras. En medio de este aflictivo acompañamiento ¿qué dicha podrá emanar de la decantada belleza de tal idea? Para un comerciante es bellísima idea enviar á América un cargamento de géneros, que han de venderse á subido precio; la nave que lo lleva sale del puerto, y con el cuidado de los peligros que ha de correr en la azarosa navegacion, la idea pierde su belleza, y la incertidumbre del éxito de la expedicion agita al del hermoso pensamiento hasta introducir en su mente desconsoladora turbacion, abrumador cansancio, tristeza y mal-estar. ¿Y hay cosa que mas halague que un pensamiento de amor? ¿Y hay cosa que tenga mas espinas?

CAPÍTULO VIII.

Aparente belleza de ciertos pensamientos. Los deseos. Doctrina de los Estoicos contraria á la naturaleza. Mal-estar del que mucho piensa en una misma cosa. Dos clases de pensamientos. Qué debe hacerse con los que traen consigo alguna turbacion.

De las observaciones del capítulo precedente se deduce que los bellos pensamientos que envuelven ó traen consigo deseos mas ó menos vehementes de éxito incierto, son de una belleza solo aparente, y en realidad encierran copiosa dosis de amargura, y en especial cuando llegan á tener un marcado predominio, cuando acompañan á las horas de dormir, de comer y de pasear; entonces se convierten en una verdadera plaga interior, en una enfermedad de curacion difícil y que requiere medicinas muy fuertes y eficaces. Es de suma importancia prevenir con tiempo esta clase de males,

toda su belleza, ó si alguna le queda al ambicioso pensamiento, está mezclada de inquietud, desasosiego, desconfianzas, temores y zozobras. En medio de este aflictivo acompañamiento ¿qué dicha podrá emanar de la decantada belleza de tal idea? Para un comerciante es bellísima idea enviar á América un cargamento de géneros, que han de venderse á subido precio; la nave que lo lleva sale del puerto, y con el cuidado de los peligros que ha de correr en la azarosa navegacion, la idea pierde su belleza, y la incertidumbre del éxito de la expedicion agita al del hermoso pensamiento hasta introducir en su mente desconsoladora turbacion, abrumador cansancio, tristeza y mal-estar. ¿Y hay cosa que mas halague que un pensamiento de amor? ¿Y hay cosa que tenga mas espinas?

CAPÍTULO VIII.

*Aparente belleza de ciertos pensamientos.
Los deseos. Doctrina de los Estoicos
contraria á la naturaleza. Mal-estar del
que mucho piensa en una misma cosa.
Dos clases de pensamientos. Qué debe
hacerse con los que traen consigo alguna
turbacion.*

De las observaciones del capítulo precedente se deduce que los bellos pensamientos que envuelven ó traen consigo deseos mas ó menos vehementes de éxito incierto, son de una belleza solo aparente, y en realidad encierran copiosa dosis de amargura, y en especial cuando llegan á tener un marcado predominio, cuando acompañan á las horas de dormir, de comer y de pasear; entonces se convierten en una verdadera plaga interior, en una enfermedad de curacion difícil y que requiere medicinas muy fuertes y eficaces. Es de suma importancia prevenir con tiempo esta clase de males,

no dejándose avasallar por unos enemigos, que se presentan con cara de amigos.

Y ahora recordaré que aun entre los paganos, algunos de sus mejores filósofos hicieron consistir la felicidad en la moderacion de los deseos, sin duda conociendo que estos exacerbados son cruelísimo tormento. ¿Y pretenderé yo reducir al hombre al estado de un autómeta sin afecciones ni deseos? Nada de eso. La doctrina de los estóicos es contraria á la naturaleza, y por lo mismo impracticable. Las criaturas racionales deben saber á dónde se dirigen y qué pretenden; pero no se necesita para esto que se atormenten de continuo pensando siempre en el angustioso blanco de su anhelo. Estoy plenamente convencido de que conviene considerar muy despacio los negocios bajo todos sus aspectos, y para nada soy partidario de la imprudente precipitacion; mas despues de haber resuelto, previo un maduro y detenido exámen del asunto, siendo ineficaces los deseos para asegurar su cumplimiento ó su buen resultado, es preciso tenerlos á raya, si no se quiere que nos subyuguen y nos acibaren la vida.

Nada cansa y fatiga tanto como el pensar

en una misma cosa. Para un navegante la idea de su llegada al puerto es placentera; y sin embargo quien venga del Perú á Europa en buque de vela, si está todos los dias suspirando por el puerto, tiene algunos meses de inquietud atormentadora; mientras otro compañero de viaje que no se acuerda tanto del puerto deseado, goza de mas sosiego y lo pasa mejor. Es innegable que uno y otro anhelan llegar al término de su navegacion, y ambos llegan al mismo tiempo, como que vienen en una misma nave; pero el que se fatigaba pensando en él á todas horas, tuvo por inseparable compañera la vana crueldad de sus deseos; mientras el otro vino plácidamente, divirtiéndose ó con los espumosos regimientos de las olas, las cuales corren por los mares como escuadrones en formacion perfecta, ó con los vientos que zumban hinchando las velas del navío, ó con los peces que relumbrando serpentean al rededor de la embarcacion, ó con los delfines que saltan, ó con las nubes que se matizan de variados y vistosisimos colores, ó con la inmensidad del cielo, ó con la del abismo de agua, de que solo le separa una tabla.

Si se quiere procurar la felicidad del pensamiento, hay que examinar la naturaleza y propiedades de cuantos de ordinario se presentan á la mente, para lo cual no se requieren grandes conocimientos, ni estudio profundo, ni mucha atencion; pues su propia experiencia demuestra á cada cual lo que son por los efectos que producen. Ni hay que extrañar que hable de experiencia, pues me refiero á los pensamientos que no pasan de corrida, sino que se detienen y hacen visitas algo frecuentes y largas. Cualquiera puede observar en sí mismo estas dos clases de pensamientos. Unos que son como amigos de la casa, que entran y salen á todas horas, que acompañan casi todos los dias y á diferentes horas y forman un círculo no muy dilatado de tertulios de confianza: otros que son como las personas, á quienes solo en la calle se saluda en casuales encuentros, ó las que se buscan solo para un negocio, ó las que se visitan rara vez solo por cumplido. Casi nada ocurre que decir en particular acerca de esta segunda clase de pensamientos instantáneos, fugitivos ó pasajeros, pues su veloz inestabilidad en cierto modo los hace menos atendibles bajo el aspec-

to de la felicidad en que ahora los considero.

En cuanto á los primeros, que no se contentan con una fugaz visita, la propia conveniencia exige que se despida á todos los que en medio de sus bellas apariencias y hasta de sus halagos introducen alguna turbacion en el alma. Mirad esa jóven hermosa, rica, prendada, querida de sus padres. ¿Qué le falta para ser feliz? Se la tiene por dichosa; pero ella sabe que no lo es; está en edad de casarse, y la idea de matrimonio que con deslumbradora adulacion le hace la corte, al mismo tiempo que la halaga, la perturba algo ó mucho interiormente, y por eso se engañan los que la juzgan envidiable. Decidle al oido que para lograr la felicidad del pensamiento, sin la cual nunca tendrá descanso y menos verdadera dicha en medio de todas las ventajas de que la Providencia la ha enriquecido, deseche toda idea que le cause alguna turbacion, y despues de haberlo hecho y recobrado la límpida placidez del alma, os dará las mas cumplidas gracias. Que se case enhorabuena cuando encuentre un buen esposo; entonces le daremos el parabien. Mientras no llegue este caso, aleje de sí la idea perturba-

dora, serénese su cielo esplendoroso; huya la nube de tempestad; resplandezca purísimo el horizonte de su alma. Si lo que halaga turba, el halago es ilusión, es engaño, es traición.

CAPÍTULO IX.

Todos los hombres son capaces de tener bellos pensamientos: alternan estos en la mente con otros de distinto género. Doctrina de S. Ignacio de Loyola. Debe aprovecharse la venida de los buenos pensamientos.

Temo que acaso para algunos la belleza del pensamiento sea cosa poco entendida, ó bien porque no tienen ejercitado el gusto, ó porque carecen de aquella fina delicadeza, que hace saborearse con todo lo bello. Sin embargo, la idea de la belleza la comprenden sin explicación casi todos los hombres, y me parece que todos son capaces de tener bellos pensamientos, porque todos pueden pensar en cosas bellas ó tomar de los libros pensamien-

tos hermosos y retenerlos para recrearse con ellos. Vienen estos algunas veces como una ráfaga de luz á disipar nuestras tinieblas y á alegrarnos dulcemente, como alternando con los de mala ley, de modo que en el campo de nuestra alma ora se siente cual embalsamado céfiro el suavísimo aliento del ángel bueno, ora el tenebroso huracan en que se envuelve el ángel de los abismos. Que estas dos contrarias y misteriosas influencias alternen segun las inescrutables disposiciones de la divina Providencia, es doctrina enseñada por San Ignacio de Loyola en su profundo libro de los ejercicios tan admirado como venerado entre los sabios de la Iglesia católica.

Ahora bien, como para el objeto de procurar la felicidad interior, sirve igualmente todo pensamiento plácido, ya sea bello en sí mismo é inocente sin llegar á ser un ejercicio de virtud, ya sea moralmente bueno, en cuyo caso le es inseparable una belleza de un orden superior; cuando se perciba que domina en la mente la alternativa bonancible, ó sea, segun la indicación del filósofo santo de Manresa, el influjo del cielo, se debe abrir el alma para recibirlo y hacer todo lo posible

para gozarlo muy despacio, para detenerlo, para que no ceda el puesto á la otra funestísima influencia. Estos continuos altibajos y contrarias ventoleras echará de ver en sí mismo cualquiera que fije un poco la atención en sus adentros; pues advertirá que sin saber por qué ni cómo, ya le sobreviene un pensamiento negro y tentador, ya le halaga y como que le vivifica otro dulce y de tendencia virtuosa. Pues bien; ya que la mente humana tiene como el mar sus mareas alta y baja, viendo que los marineros se aprovechan de ellas segun les conviene para salir á la pesca ó volver al puerto, debemos aprovecharnos tambien de las oleadas de los buenos pensamientos, y hacer con ellos lo que acontece comunmente en las visitas; si el que visita agrada al visitado, este se complace en detenerle, entablando con él una larga conversacion; pero si por el contrario no gusta la visita, se escasean las palabras para que no haya ocasion de prolongarla, no dando pie á dilatada habladuría. Sigase igual conducta con los pensamientos buenos y malos, acariciando á los primeros, recibéndolos con agasajo, brindándoles con la habitacion y convidándolos á

que vuelvan como agradecidos al afectuoso hospedaje que se les ha hecho, y se verá cuánto se ha adelantado en el camino de la felicidad interior.

CAPÍTULO X.

De uno de los requisitos necesarios para la felicidad del pensamiento.

Sin gobierno no hay orden, sin orden no hay direccion, sin direccion no es posible encaminar á otro hácia un fin propuesto. Así para conseguir la felicidad del pensamiento llevo indicada la necesidad de un gobierno, de un orden y de una direccion interior; y ahora añado que para lograr esto se requiere algo de soledad, al modo que para predicar es mas á propósito el púlpito, para las evoluciones de la caballería la llanura, para las observaciones astronómicas la noche despejada. Entre el bullicio continuo en que muchos viven alborotadamente, el pensamiento no tiene lugar para dominarse á sí mismo, se deja arrastrar por la corriente del dia, y parece que no posee una vida propia, sino que la recibe de otros.

Se dirá que en semejante situacion la distraccion continúa es por sí sola un buen medio de alejar los pensamientos tristes; y confesaré desde luego que hay en ello mucho de verdadero, y tan lejos estoy de negarlo que propongo la ocupacion continúa como uno de los medios mas eficaces para evitar el predominio de la tristeza. Pero debe observarse: 1.º Que cuando están muy arraigados los pensamientos melancólicos, ó cuando los produce una pesadumbre grave y reciente, se sobreponen á este contra-veneno, y á pesar de él siguen labrando la muerte, como lo experimentan los que víctimas de un sentimiento vivo y profundo, aunque tengan á su cargo muchos negocios, se lamentan de que la vehemencia de su dolor les quita el aliento para el trabajo y les atormenta en todas partes y á todas horas. 2.º Que ahora no se trata solamente de huir del mal, sino tambien de proporcionarse esas apacibles fruiciones internas, que es imposible hallar entre el ruido estrepitoso de los teatros, orquestas y saraos.

La misma naturaleza de la mente está diciendo que entre tal bulla no es señora de sí misma. Ha menester algo de tranquila soledad;

y no es necesario que esta sea absoluta como la de los cartujos ó ermitaños; basta que se evite una continua disipacion, y que para el ordenamiento interior queden algunos ratos. Y en que siempre quedan no cabe duda; sea en el lecho, sea en el campo, sea en la calle, sea en algun intermedio de trabajo siempre es dable atender á dar al pensamiento una direccion suave hácia lo bello, lo bueno, lo apacible, lo sublime ó lo santo. Una señora de muy claro entendimiento, que ya no existe y entonces se hallaba en los umbrales de la vejez, me decia que gozaba verdaderamente despertando al amanecer, porque entonces con la cabeza despejada y á solas componia el mundo á su manera. Y acaso eran aquellos los únicos momentos en que la virtuosa matrona respiraba en medio de sus continuados padecimientos.

Que la soledad sea dulce para el alma, cabalmente porque en ella son mejores los pensamientos, es una verdad que han consignado en sus obras de un modo mas ó menos explícito varios esclarecidos poetas, los cuales en sus composiciones manifiestan que en ella hallaron para sus penas un misterioso reme-

dio ó un lenitivo consolador. Seamos claros: para todo es necesario cierto estudio, y para el estudio práctico de la felicidad del pensamiento conviene un poco de soledad. Ella premia á quien la busca con buen ánimo y con buen fin.

Los frutos del recogimiento pensador por lo regular son algo duraderos. No solo se goza cuando actualmente reina en la cabeza un buen pensamiento, sino que este suele dejar huellas de luz, paz y dulzura; del mismo modo que leer un trozo de sublime poesía deja el ánimo agradablemente exaltado, de suerte que aun despues de cerrado el libro, parece que nos quedan algunas luminosas chispas de su fuego poético. Todo lo que afecta á nuestra alma de una ú otra manera, produce sus consecuencias, que son una especie de dilatacion ó extension de las impresiones, que para distinguirlas de las mencionadas consecuencias, podemos llamar actuales, correspondiéndoles esta calificacion en los momentos en que obran, por decirlo así, de lleno; así la ira, aun cuando haya pasado su efervescencia, deja en pos de sí una especie de commocion altiva; así una conversacion triste deja en pos

de sí cierta laxitud desagradable; así una noticia sorprendente deja en pos de sí un resto de asombro y de atolondramiento; así una grande alegría deja en pos de sí un gozo mas templado. Y así la interna dulzura de los pensamientos plácidos saboreados en apacible soledad deja en pos de sí una grata bonanza, en cuyo estado es muy fácil volver á las mas encantadoras fruiciones de la felicidad del pensamiento.

De lo expuesto se deduce que una vida agitada por tumultuosas y ruidosas diversiones no es á propósito para conseguirla, estando aquella cifrada en la apacible placidez del alma, la cual se pierde siempre que haya agitacion, sea de la clase que fuere. Quien vive con mas serenidad y menos algazara está sin duda alguna mejor dispuesto para lograrla. Y en efecto, las señoras acaloradas en el baile no tendrán en su mente el suavísimo placer de la que mientras aplica su dedo delicado á empujar la sutil aguja, piensa con regalada dulzura en el beneficio inmenso que Dios le ha hecho dándole un marido virtuoso que la ama, y en cuya bondadosa honradez se está ella recreando contemplativamente; ó el de

otra que mientras mece la cuna de su preciosa niña, tiene fijo su dulce pensamiento de madre en el atractivo y hechizo de la hermosa inocencia de los niños.

CAPÍTULO XI.

*Del robo lícito de los bellos pensamientos.
Propónese un método para leer con fruto en orden á la felicidad del pensamiento.*

Habrà quien formando de la belleza un elevado concepto, y reconociendo la postracion y esterilidad de su mente, se crea incapaz de pensamientos bellos. Prescindiendo por ahora de argüirle directamente, y dando por cosa probada la supuesta incapacidad, aun no tendrá excusa para no aspirar á la felicidad del pensamiento, pues en esta materia, y nótese bien, *tan solo en esta materia*, es lícito tomar de lo ajeno sin faltar á ninguna ley humana ni divina; antes bien es útil, conveniente, ventajosísimo, loable, y muchas veces hasta necesario. Los robados, lejos de quejarse, agrá-

decen que se les robe, pues con este fin escriben sus pensamientos, los imprimen y los reimprimen, para comunicarlos á otros, para hacerlos del dominio de cualquiera que lea sus libros, sea conocido suyo ó desconocido, malo ó bueno, sábio ó ignorante, hombre ó mujer; á todos franquean las arcas en que guardan los tesoros de sus bellos pensamientos para que se los apropien y hagan de ellos el uso que les parezca. No haya pues miedo de robar á los autores cuando convenga lo que ellos mismos desean que se les robe. Además, hay la ventaja de que no solo no lo llevan á mal, sino que ignoran que se les está hurtando, aunque el hurto dure medio siglo; por consiguiente no hay peligro, ni vergüenza, ni menoscabo de honra, y por el contrario, entre los literatos á los que mas se han provisto de lo ajeno se da el honorífico dictado de eruditos.

Ni se crea que estas indicaciones se dirigen á aconsejar la lectura en general; esto será tan bueno como se quiera para diversos fines, para evitar la ociosidad, para distraerse, para instruirse superficialmente, para poder hablar de libros y de autores, para almacenar con mezcolanza confusa algunas nociones di-

otra que mientras mece la cuna de su preciosa niña, tiene fijo su dulce pensamiento de madre en el atractivo y hechizo de la hermosa inocencia de los niños.

CAPÍTULO XI.

*Del robo lícito de los bellos pensamientos.
Propónese un método para leer con fruto en orden á la felicidad del pensamiento.*

Habrà quien formando de la belleza un elevado concepto, y reconociendo la postracion y esterilidad de su mente, se crea incapaz de pensamientos bellos. Prescindiendo por ahora de argüirle directamente, y dando por cosa probada la supuesta incapacidad, aun no tendrá excusa para no aspirar á la felicidad del pensamiento, pues en esta materia, y nótese bien, *tan solo en esta materia*, es lícito tomar de lo ajeno sin faltar á ninguna ley humana ni divina; antes bien es útil, conveniente, ventajósísimo, loable, y muchas veces hasta necesario. Los robados, lejos de quejarse, agrá-

decen que se les robe, pues con este fin escriben sus pensamientos, los imprimen y los reimprimen, para comunicarlos á otros, para hacerlos del dominio de cualquiera que lea sus libros, sea conocido suyo ó desconocido, malo ó bueno, sábio ó ignorante, hombre ó mujer; á todos franquean las arcas en que guardan los tesoros de sus bellos pensamientos para que se los apropien y hagan de ellos el uso que les parezca. No haya pues miedo de robar á los autores cuando convenga lo que ellos mismos desean que se les robe. Además, hay la ventaja de que no solo no lo llevan á mal, sino que ignoran que se les está hurtando, aunque el hurto dure medio siglo; por consiguiente no hay peligro, ni vergüenza, ni menoscabo de honra, y por el contrario, entre los literatos á los que mas se han provisto de lo ajeno se da el honorífico dictado de eruditos.

Ni se crea que estas indicaciones se dirigen á aconsejar la lectura en general; esto será tan bueno como se quiera para diversos fines, para evitar la ociosidad, para distraerse, para instruirse superficialmente, para poder hablar de libros y de autores, para almacenar con mezcolanza confusa algunas nociones di-

versas, y sobre todo para creer que se sabe algo al mismo tiempo que se confiesa haber olvidado casi todo lo que se ha leído. Mas para el intento de procurarse la felicidad interna por medio de los bellos pensamientos, aunque sea útil la lectura considerada en general, para que verdaderamente produzca grandes resultados, es preciso metodizarla y sujetarla á reglas en extremo provechosas. No es posible fijar cuáles han de ser estas de un modo común á toda clase de personas, porque varían infinito los gustos, las aficiones, el tiempo disponible y otra porción de circunstancias individuales; nadie como uno mismo sabe lo que quiere y lo que puede, por lo cual queda el campo libre para elegir entre lo bello escrito que conviene apropiarse.

Me limitaré pues á recordar que para retener los bellos pensamientos de otro á fin de recrearse con ellos á la hora que se quiera, no basta leerlos una, dos, ni tres veces; necesario es imponerse la grata obligación de leer todos los días tres, cuatro, ó cinco páginas del autor que se ha escogido; así, y solo así, se logra al cabo de algún tiempo aprenderlos para que recordados en el paseo solitario, ó

en la noche en que el sueño se niega á las pupilas, ó cuando urge reemplazar con otros los pensamientos tentadores, los fastidiosos ó los afectivos, constituyan el tesoro y la felicidad de la mente. Con muchos autores no se podría hacer esto. Uno ó dos bastan para toda la vida. ¡Dichoso el sacerdote, que por este medio hiciera suyos los magníficos pensamientos de San Juan Crisóstomo! ¡Dichoso el orador, que hiciera lo mismo con los de Bossuet! ¡Dichosa el alma devota, que haga otro tanto con los de San Francisco de Sales! ¡Dichoso el hombre de este siglo, que por tal método haga ciudadanos de su propia mente los pensamientos de Balmes! Esto vale mas que ser admirado por el conocimiento que pueda adquirirse de los autores de una numerosa biblioteca, pues todos ellos no suministran olvidados lo que uno solo de primer orden que viva, por decirlo así, dentro de nuestra mente.

Cuidese mucho de no engañarse en la elección; el que se elija ha de ser sobreexcelente; ha de tener cierta relación con nuestro carácter, nuestras inclinaciones y estudios. Para complacerse á solas en un pensamiento ajeno es preciso que haya producido ó sea capaz de

producir una impresion muy viva, un poco de exaltacion; para esto se requiere que el autor esté dotado de cualidades eminentes y que se distinga especialmente por su novedad. Para que no choque esta última indicacion, hay que observar que casi todos los autores de un mérito raro sobresalen por la novedad de sus ideas, ó al menos por la nueva forma con que presentan hasta las mas conocidas.

Este medio de solazarse con lo ajeno está al alcance de toda clase de personas, y se acomoda con facilidad á todas las exigencias del gusto y de las propias obligaciones, pues en ningun género faltan libros adecuadissimos por su excelencia para este importantísimo objeto. Además, es fácil elegir las obras con tal industria que sirvan al mismo tiempo para el mejor desempeño de los cargos obligatorios. Quien ha de hablar en público ¿qué ventajas no sacaria de la diaria lectura de los sermones de Massillon ó de los del P. Mac Carthi, ó de los discursos pronunciados en la Cámara de los Pares por el Conde de Montalembert? El que se dedica á materias filosóficas ¿cuánto no podrá aprovechar tomando por cotidiano alimento las producciones del Conde de Mais-

tre, del Obispo Frayssinous, del sentimental poeta Silvio Pellico (1) ó del P. Ventura de Raulica (2)? Como queda al arbitrio de cada aspirante á la felicidad del pensamiento el escoger los autores que le presten sus bellas ideas, queda igualmente encomendada á su buen juicio la eleccion de las obras de estos; y si no quiere tomar á uno ó dos para toda

(1) Poesie varie di Silvio Pellico. Pistoja 1838.

(2) *La razon filosófica y la razon católica* por el P. Raulica es una de las obras mas notables que ha producido nuestro siglo. Sin embargo, me corresponde advertir aquí, ya que la recomiendo, que no estoy enteramente de acuerdo con algunas de sus opiniones, pues parece que deprime mas de lo justo á la razon y que sus ideas acerca de la ley natural, por lo que se infiere de ciertas proposiciones, no están muy conformes con el comun sentir de Padres y Doctores de la Iglesia. Tampoco apruebo la acritud con que trata á varios filósofos cristianos. No obstante estos lunares, la obra á que he aludido es de un mérito eminente siempre que el autor se apoya en la sagrada teología. Admirables son las conferencias que versan sobre *la enseñanza de la Iglesia, el hombre, la Trinidad, la Encarnacion y la restauracion del universo.*

la vida, podrá dedicar un año entero á una sola obrita, y cuando de ella y de su autor se canse, llamar á algun otro que le reemplace en el oficio de darle bellisimos pensamientos para que formen su delicia y su tesoro escondido.

CAPÍTULO XII.

Modo de hacer servir la historia á la felicidad del pensamiento.

Si en los escritores eminentes se halla con que suplir la esterilidad de nuestro entendimiento; la historia por su parte ofrece una innumerable muchedumbre de hechos interesantes, cuyo recuerdo y representacion imaginativa puede embelesarnos, contribuyendo en gran manera á la felicidad del pensamiento.

En efecto, hay en ella sucesos que tienen todas las bellezas de la novela, hay acontecimientos trágicos, hay heroismo y caracteres que merecian llamarse épicos por su elevacion y grandeza. ¿Y qué no hay en la historia propio para deleitar enseñando?

Por otra parte, los hechos historiales ins-

piran un interés peculiar, y se graban fácilmente en la memoria, y ofrecen á la imaginacion un campo fantasmagórico, en que trabajar plácidamente dando vida nueva á lo que fué y ya no existe. Así por ejemplo, me deleitaré imaginándome los trescientos azotes con que Jerjes castigó al mar. ¿Quién me impedirá figurarme la ridícula cólera de aquel monarca poderosísimo y el acto de azotar al inmenso piélago en presencia suya los ejecutores de su singular orden? Era tanto lo que sobre este punto de las representaciones históricas pudiera decir, demostrando con infinitos ejemplos su patética belleza y su embelesador deleite que se llenarian con tal argumento abultados volúmenes; pero me basta indicarlo: lo demás será obra y oficio de quien gustare renovar en su imaginacion para su delicia las tiernas ó magnificas escenas de la historia.

Juzgo que no desagradará el disfrutar de este interior placer, que propongo ahora: solo desalentará á algunos la dificultad y fatiga que supondrán costarles esta operacion de la fantasia. Y no niego que el recordar para figurarse una cosa es como el repasar mentalmente una leccion, lo cual algo fatiga la me-

moria, y por consiguiente lejos de ser agradable, tiene un no sé qué de violento. Bien lo conozco, y estoy muy lejos de querer eso para el que aspire á la dicha del pensamiento. Á fuerza de repetir la lectura de una historia, llega esta á tener vida y habitacion en los espaciosos salones del palacio de nuestra mente: entonces pues, y solo entonces, y de ninguna manera antes, han de ponerse en movimiento los personajes históricos y representar para entretenimiento y embeleso nuestro lo mismo que hicieron cuando vivian.

En el seno de nuestra amable religion católica son muchas las familias que todos los dias leen las vidas de los Santos, en las que como lo prueba Butler en el prólogo de su digna obra, no falta dote alguna ni belleza de ningun género. Pues bien, las jóvenes y matronas que observan con fidelidad esta antigua y muy laudable costumbre, al cabo de algunos años sin trabajo alguno se hallan en estado de representarse á sus solas la vida del Santo, que han leído aquel mismo dia ó la noche antes, y de discurrir con blandura y sin esfuerzo sobre este ó aquel pasaje mas notable, asistiendo á la escena sublime, al

acto de virtud heróica, á la muerte admirable y á cuanto haya de mas grandioso, de mas tierno ó de mas bello en la vida del héroe ó de la heroína cristiana, que ha dado asunto á tantos y tan hermosos panegíricos (1).

CAPÍTULO XIII.

Cómo se ha de sacar partido de las bellezas de la naturaleza y de las artes para la felicidad del pensamiento. Observaciones para hacer mas útiles los viajes.

Habiendo hablado de las representaciones de sucesos históricos, que pueden hacerse en nuestra imaginacion, como de uno de los medios de lograr la posible felicidad del pensamien-

(1) Supliré la brevedad de estas indicaciones acerca de la belleza histórica, refiriéndome á lo que tengo dicho sobre ella en mis *Observaciones sobre las bellezas históricas del Antiguo Testamento*, que abren el camino para hacer semejantes observaciones en la historia de cualquier otra nacion.

to, ya se deja entender que tampoco deberá echarse en olvido la representación de las bellezas de la naturaleza ó del arte. Por verlas y admirarlas y hablar de ellas dejan muchos las comodidades de su casa, sus amigos y sus parientes mas inmediatos, emprendiendo dilatados viajes y repartiendo por donde pasan monedas de plata y oro, que á la vuelta escasean; no se perdona gasto ni fatiga por satisfacer los ojos, que son entonces como los niños mimados, á cuya diversion y contentamiento se sacrifica todo lo demás. Las bellezas artísticas contenidas en los museos y las grandes obras de la arquitectura, en una palabra, todas las cosas bellas de una ciudad parece que exigen un tributo de admiración de todos los recién llegados, que se apresuran á tributarles su rendido homenaje, aunque no hayan sido ellas el objeto de su expedición. Es cierto que pagan el obsequio de la visita dando un rato de placer ó al menos de entretenimiento. ¿Pero con tan breve gozo habrían de pagarse los graves dispendios, las incesantes molestias, el cansancio, las incomodidades de toda clase y los diversos peligros de los que viajan por contemplar esas obras

maestras del arte ó de la naturaleza? Corto premio es disfrutarlas por algunos instantes.

Los viajeros merecen mas. ¿Y quién podrá darles ese mas que merecen? Digo yo que ellos mismos pueden premiarse mejor, representándose para deleite propio en la memoria imaginativa aquellos objetos, que mas los han hechizado. De esta suerte al volver á su país no los dejarían allá donde los admiraron para no volverlos á ver nunca, sino que se los traerían consigo, teniendo dentro de su cabeza siempre que se les antojara cuadros encantadores, esculturas inimitables, suntuosos edificios, palacios magníficos, templos grandiosos, cascadas y jardines. La dificultad está en lo frágil de la memoria y de la imaginación, que no saben conservar esas bellezas. Ni es extraño que dejen perderse tan rico tesoro, no habiendo nunca pensado en apropiárselo; así como nada tiene de particular que no sepa la lección el niño que no la estudia.

Gozar sin algun trabajo es imposible. Sin embargo, el que hubiesen de emplear la memoria y la imaginación para retener las bellezas visibles ó corpóreas es tan suave que no debería llamarse trabajo. Había de redu-

cirse á circunscribir á mas pequeño número los prodigios artisticos que se quisiese gravar en la mente, no olvidando que es grande la limitacion de nuestras facultades. Es necesario desengañarse: correr en medio año media Europa y conservar viva la imágen de todo lo que se ha visto es sumamente difícil; será muy raro quien lo consiga. Mientras mas cosas se ven, mas se confunden las ideas. Verlas de prisa es lo mismo que no verlas para el objeto de este libro. Por consiguiente el remedio seria: 1.º Correr menos, gastar menos, y ver mas veces una misma preciosidad. 2.º Inmediatamente despues de haberla visto representársela en la imaginacion varias veces á fin de que no se borre, es decir, aprender la leccion. Luego es preciso repasarla de cuando en cuando. Y con este método se adelantará incalculablemente en la florida senda de la felicidad del pensamiento.

CAPÍTULO XIV.

Del error y de la verdad en sus relaciones con la felicidad de la mente.

El dominio y la posesion de la verdad es uno de los elementos que constituyen el dichoso bienestar de la mente. Lo voy á manifestar con sencillez por medio de la consideracion de los males que impide desterrando al error, que es su contrario. Se opone este á la felicidad, porque quita el sosiego, lo que es en él costumbre muy antigua, pues la experiencia y la historia comprueban que es variable hasta lo sumo; y en sus continuas variaciones se descubren sus inquietudes, su insaciable descontentamiento, sus atormentadoras dudas y sus fluctuantes borrascas. Los que están bien avenidos consigo mismos, los que están completamente satisfechos de su modo de pensar, en una palabra, los que se hallan bien en su estado actual, no varian, siendo propio de nuestra naturaleza el querer conservar lo que le halaga, lo que reconoce por un verdadero bien, lo que la experiencia le

demuestra que es bueno, no dejando desaparecer su presente posesion venturosa sino cuando falaces ilusiones la precipitan en pos de engaños lisonjeros. Pero vemos que el error varia; luego no está tranquilo, ni puede dejar en paz á quien lo alberga. He afirmado que la experiencia y la historia atestiguan su volubilidad, y apenas bastaria la vida de un hombre y hasta un siglo seria muy poco para probar con ejemplos las diferentes fases, que han tomado los errores de toda especie, y en particular los filosóficos y los que atañen á la religion; tantas son y tan innumerables.

La historia de la filosofia es en gran parte la historia de las evoluciones y metamórfosis del error. Una sola indicacion abrirá á los lectores instruidos un inmenso campo de reflexiones profundas; pongan los ojos en lo que ahora mismo acontece en Alemania con sus filósofos panteistas. Como la historia de la Iglesia es la narracion de sus triunfos y de sus combates contra los errores teológicos especulativos y prácticos, en ella pueden estudiarse las multiplicadas variaciones de los Gnósticos, que deliraron por espacio de dos siglos y medio; las de los Arrianos, que se

dividieron y subdividieron, é imitaron á las culebras en sus tortuosos giros y en otras muchas cosas; las de los Pelagianos, que para hurtar el cuerpo á la espada de San Agustin, querian convertirlo en una sombra, trasformándose en Semi-Pelagianos; las de los Maniqueos, que desde un rincon del mundo volvieron á presentarse en el siglo duodécimo bajo el nombre de Albigenses; y por último para no dilatar me mas, las de los Protestantes, cuya historia escribió Bossuet cabalmente con el título de *variaciones*. Que estas formen el carácter peculiar de los errores, lo demuestra tambien ese continuo prurito de innovar sus códigos ó sus leyes fundamentales ú orgánicas los estados que las tienen fundadas en algun principio erróneo; y para no citar mas que un ejemplo, recuérdese cuántas veces la Francia revolucionaria del pasado siglo mostró ser un Proteo.

Ni se diga que esto es considerar al error como un sér abstracto y en sociedades colectivas, pues aquel no puede existir sino en el hombre, y estas se componen de hombres: ya se le considere en una sociedad ó en un individuo, la causa de sus variaciones es la mis-

ma, á saber, su inquietud, su perturbador desasosiego, su continuo mal-estar. Por consiguiente, siendo su compañera perpétua la infelicidad del turbulento desasosiego, esta ha de pesar y obrar de igual manera sobre la mente, que al error abriga. El remedio es que para desterrarlo tenga en ella la hermosa verdad su trono rico en vivificantes resplandores.

CAPÍTULO XV.

Se demuestra que los errores se oponen á la felicidad del pensamiento.

El error no solo por la inquietud que trae consigo hace infelices á los que domina, sino que pueden enumerarse otras varias causas de su oposicion á la felicidad de la mente. No puede ser feliz porque siente su flaqueza. Así como la divina Providencia ha ordenado que la culpa en medio de su embriaguez y ceguera produzca en el alma un gran vacío, que le da á conocer que le falta el supremo bien de la amistad de Dios, y esto con el fin misericordioso de que no se aletargue por

inadvertencia en sus satisfacciones engañadoras; asimismo ha dispuesto que el edificio, que el error levanta en el entendimiento, tenga sus grietas, cierto desnivel y aun estremecimientos, que le indiquen ó al menos le hagan sospechar que carece de sólidos cimientos, poniéndole en cuidado. ¡Ay cuántas veces vemos jactarse de firmeza, y por orgullo, amor propio ó vanagloria ostentar seguridad al que en su interior conoce que la opinion que defiende es vulnerable por mas de un lado! Y no hablo precisamente de errores en materias de religion, que son los mas perjudiciales bajo todos sentidos, sino de toda clase de errores, de los cuales parece que la Providencia bondadosa se empeña en ayudarnos á salir presentándonos interiormente algunos indicios, que nos hacen desconfiar de las erróneas ideas que sustentamos. Pero lo que es un medio de salvacion, es tambien un principio de sentimiento.

Otra de las causas que contribuyen á que el error lleve consigo algo de tormento es que suele estar acompañado de alguna pasion, que sea cual fuere, tiene su parte de suplicio. Así como la verdad conduce al bien y á la vir-

ma, á saber, su inquietud, su perturbador desasosiego, su continuo mal-estar. Por consiguiente, siendo su compañera perpétua la infelicidad del turbulento desasosiego, esta ha de pesar y obrar de igual manera sobre la mente, que al error abriga. El remedio es que para desterrarlo tenga en ella la hermosa verdad su trono rico en vivificantes resplandores.

CAPÍTULO XV.

Se demuestra que los errores se oponen á la felicidad del pensamiento.

El error no solo por la inquietud que trae consigo hace infelices á los que domina, sino que pueden enumerarse otras varias causas de su oposicion á la felicidad de la mente. No puede ser feliz porque siente su flaqueza. Así como la divina Providencia ha ordenado que la culpa en medio de su embriaguez y ceguera produzca en el alma un gran vacío, que le da á conocer que le falta el supremo bien de la amistad de Dios, y esto con el fin misericordioso de que no se aletargue por

inadvertencia en sus satisfacciones engañadoras; asimismo ha dispuesto que el edificio, que el error levanta en el entendimiento, tenga sus grietas, cierto desnivel y aun estremecimientos, que le indiquen ó al menos le hagan sospechar que carece de sólidos cimientos, poniéndole en cuidado. ¡Ay cuántas veces vemos jactarse de firmeza, y por orgullo, amor propio ó vanagloria ostentar seguridad al que en su interior conoce que la opinion que defiende es vulnerable por mas de un lado! Y no hablo precisamente de errores en materias de religion, que son los mas perjudiciales bajo todos sentidos, sino de toda clase de errores, de los cuales parece que la Providencia bondadosa se empeña en ayudarnos á salir presentándonos interiormente algunos indicios, que nos hacen desconfiar de las erróneas ideas que sustentamos. Pero lo que es un medio de salvacion, es tambien un principio de sentimiento.

Otra de las causas que contribuyen á que el error lleve consigo algo de tormento es que suele estar acompañado de alguna pasion, que sea cual fuere, tiene su parte de suplicio. Así como la verdad conduce al bien y á la vir-

tud, así el error suele conducir á las pasiones depravadas, porque la verdad es tranquila, y el error es revolucionario. Admirable relacion la del entendimiento con el corazon: el mal del uno es contagioso para el otro. El entendimiento arrastra en su caída al corazon, así como el corazon arrastra en la suya al entendimiento. Parece que se piden y se prestan mútuo auxilio para el bien y para el mal. Sin embargo, acaso no esté de mas advertir que no pongo en una misma categoría, que no señalo la misma trascendencia á todos los errores. Todos son malos, pero la escala de su maléfica importancia es inconmensurable.

Otra de las razones en que me fundo para afirmar que el error se opone á la felicidad de la mente es el que la coloca fuera de su centro, que es la verdad. ¿Y quién puede ser feliz fuera de su centro? Por eso exclamaba un hombre grande hablando con Dios: *Inquietum est cor meum donec requiescat in te.* Mi corazon está inquieto hasta que en tí descanse. (San Agustin en sus Confesiones). Uno de los insignes beneficios que el Altísimo ha hecho al entendimiento humano es haberle dado por centro la verdad, y de tal modo que

se diria que fuera de este centro no hay para él dulce paz ni reposo.

Además, se halla tan dilatado el imperio de la verdad, que por todas partes se encuentran campeones suyos, que la defienden victoriosamente como á su reina y señora. De aquí proviene que el error sufra frecuente y vencedora contradicción. Estar en guerra no es vivir, y estar en guerra y perder batallas es apurar las heces del cáliz de la amargura. Aunque no se llegue á este extremo, la contradicción affige siempre. También la verdad sostiene luchas, mas con la diferencia de que siempre alcanza victoria, aunque el enemigo no confiese su derrota. El error siempre es vencido, por mas que se pavonee con fingidos triunfos.

Otro de los motivos de que la vida del error sea amarga es el de estar algunas veces en lucha con la propia conciencia, la cual se asusta de las últimas consecuencias que de él se deducen por ilaciones lógicas. Esto se hará patente á cualquiera que reflexione en el terrible y funestísimo encadenamiento de los errores, los cuales nacen unos de otros, y estos conducen á aquellos, y aquellos abren una sima,

un precipicio espantoso. Ahora bien, como el error por diversas circunstancias puede haberse ingerido en una persona, que aun suponiéndola empeñada en malas sendas, todavía conserva cierto fondo de rectitud; de estos dos elementos resulta que se traba un choque horroroso entre ellos dentro de la mente, que es su campo de batalla y al mismo tiempo su víctima. Del error admitido la propia lógica deduce consecuencias que horripilan al honrado pensador, consecuencias que otros sacan y á las cuales él rehusa dar entrada porque se oponen á otros buenos principios, que ha tenido la suerte de amalgamar con los erróneos. Esta contradicción es interna, y por lo misma mas duradera y angustiosa. Originase de aquí algunas veces otro gérmen de punzadora desazon. La lucha de los principios opuestos despierta al roedor remordimiento, por la parte que los errores tienen de voluntarios en cuanto nacen de ignorancia vencible, ó porque no se quiere desecharlos, aunque se nota oposición entre ellos y la conciencia. ¡Terrible conflicto! ¡Infeliz la mente que es destrozada por él! Solo dando un absoluto predominio á la verdad se puede curar tal llaga. Si cuesta

algo al corazón el desprenderse de un error que halaga, el premio del generoso desprendimiento es el reposo y felicidad de la mente.

CAPÍTULO XVI.

Medios para librarse de errores.

Si en evitar los errores consiste una parte de la felicidad del pensamiento, cúmplenos hacer todo lo posible para lograrlo; por lo mismo la investigación de los oportunos medios de conseguirlo debe tener cabida en esta obra, aunque encerrándola en breves pinceladas. Juzgo que el primer medio es una buena y decidida voluntad de limpiarse como de escoria de todos los errores, que cual polvo del insano mundo se nos hayan pegado, de huirlos y de tomar todas las medidas conducentes para cerrarles las puertas de nuestro entendimiento. Si; la voluntad es lo primero que se requiere para esta gloriosa empresa; sin ella de nada sirven los libros, sin ella nada son las reglas de la crítica, sin ella en vano es haber recibido del Altísimo una razón vigorosa, ni sublimidad de ideas; sin ella los estu-

dios, lejos de aprovechar, se convierten en armas dispuestas á defender el castillo del error. No basta querer, es preciso querer eficazmente, es necesario que esta voluntad sea generosa, magnánima, entera, universal, que no perdone á ninguno de sus enemigos, que no les dé treguas en ningun tiempo, que les salga al encuentro en todos los caminos, que los persiga en todas direcciones, que esté siempre alerta para descubrir todas sus emboscadas; en una palabra, puede decirse como el Tajo al rey D. Rodrigo en la oda del maestro Leon:

No dés paz á la mano,
Menea fulminando el hierro insano.

Si bien se observa, apenas se hallará quien no quiera evitar alguna clase de errores; el jurisconsulto anhela poseer su ciencia de tal manera que en ella se le alejen las probabilidades de errar, el marino estudia la náutica con el vivo deseo de no equivocarse en sus aplicaciones prácticas; el confesor se dedica á los autores de teología moral para acertar siempre en el ejercicio de su sagrado ministerio; esto sucede con casi todos los hombres, los cuales

tienen especial voluntad de no errar en ciertas ciencias, en determinadas materias, en su arte, profesion ú oficio. Bueno es esto; pero es muy poco; es insuficiente para alcanzar por medio de la ausencia del error la felicidad del pensamiento. Es indispensable que, como llevo indicado, esa voluntad sea general, franca, resuelta, valerosa, constante y firme. ¡Cuántos hay que discurren muy bien sobre una materia y abrigan errores de consideracion sobre otras cosas!

Es mayor de la que á primera vista parece la relacion que tienen entre sí todos los conocimientos, y por esta causa, muchas veces desatendida, nacen unos errores de otros, que se abrigaban hasta con gusto, suponiendo que nada tenian que ver con la materia favorita en que no se queria padecer equivocaciones. Así el virtuoso sacerdote que solo anhela sobresalir en las ciencias sagradas, prescindiendo del mundo y de sus costumbres y usos actuales, podrá errar en sus juicios morales por su completa abstraccion de todo lo terreno, pues equivocándose acerca de las circunstancias que podemos llamar locales ó temporales, carecerá de los datos necesarios para hacer

las oportunas aplicaciones de los principios y documentos de la teología moral. Sucederá lo mismo al legislador y al gobernante, que se equivoque acerca del estado de las ideas del país, no atendiendo mas que á los rudimentos teóricos de su ciencia. Ved aquí de qué manera unos errores producen otros en regiones distintas. Gravisimo motivo, que debería despertar el ánsia noble de emplear igual cuidado y solicitud en desterrarlos todos.

¿Mas cómo se conseguirá tan señalada y universal victoria? Por si acaso hay alguno tan decidido á obtenerla que á todo esté resuelto, voy á indicar un medio, que aunque á primera vista parece algo peregrino, llena el objeto cumplidamente: el de hacer un especial y detenido exámen de todas las opiniones, que se profesan acerca de todas materias. Parece árdua la empresa, y mucho mas árduo para el amor propio el haber de abandonar las ideas, que se han sostenido y mimado por largos años; pero la verdad y la felicidad propia merecen cualquier sacrificio. Además, cambiar para mejorar es siempre ganar. En cuanto á las dificultades de la empresa, no las considero aterradoras procediendo con ór-

den y método y tomando la cosa como por una ocupacion recreativa, en la cual el entendimiento á fuer de un juez integérrimo y sumamente imparcial con una autoridad nueva y procurándose nuevos datos y testimonios vaya abriendo de nuevo el juicio en causas, que ya tenia por falladas, y sentenciando y cumpliendo él mismo la sentencia con ejemplar docilidad y sumision absoluta.

Aquíno tiene entrada el amor propio: nada puede alegar. Se le dice que no viene de fuera quien condena, quien hace adoptar una variacion provechosa. Lejos de enfadarse, lo debe agradecer. El hombre en este caso es censor y maestro de sí mismo, y si se despoja de un mal vestido viejo para ponerse otro mejor, en esto la ganancia es toda suya; si triunfa de sí mismo, suyo es el triunfo, suya la alegría que debe acompañarle. Por este exámen, por este triunfo, por este generoso desprendimiento han llegado muchos hombres grandes á una gloria eminente, y por él ha dejado el señor Donoso Cortés en su sepulcro un resplandor de virtudes, que sin duda será mas vivo allá donde ha subido su alma sublime á recibir el premio.

CAPÍTULO XVII.

Continuacion del mismo asunto.

Cuando los errores que han de abandonarse versan sobre religion, para la loable mudanza hay que contar con el auxilio del Omnipotente, que en este caso á nadie falta. Por lo mismo pudiera decirse que habiendo una buena voluntad, las dificultades desaparecen. ¿Pues cómo se explicarian de otra suerte esos repentinos y prodigiosos cambios llamados conversiones, de que están llenos los anales de la Iglesia y de la literatura? Sin embargo, su principio ha sido, prescindiendo por un instante de la interior mocion de la gracia, un exámen mas ó menos explicito de lo que se creia y obraba, del cual resultó la certeza de que no era conforme á la verdad y á la razon, y que por tanto era necesaria una decidida variacion. Esta proviene muchas veces de la lectura de autores muy rectos, que no han adulado á las pasiones ni á los tiempos, escribiendo solo por el esclarecimiento y gloria de la verdad: acaso no obran con la rapidez

del vapor; acaso sus luces no llegan á penetrar en el anochecido entendimiento; acaso no logran conmover el corazon dormido; pero dejan una semilla de bien, que tal vez necesitará pudrirse para renacer ó que la lluvia de la tribulacion ó el viento de algun inesperado desengaño la fecundice y la haga salir de donde estaba enterrada. ¿Qué hace el corto de vista? Buscar anteojos. Pues á esto mismo está obligada la mente que ve poco ó mal. Le cumple buscar direccion en buenos libros y en hombres doctos, que no estén sujetos á las mezquindades de los partidos ni al maléfico influjo de las pasiones. Como estos dos mantiales de luz nunca faltan en las sociedades católicas, con su auxilio es fácil corregir lo que merezca enmienda y adelantar en los caminos de la perfeccion intelectual.

Por el contrario, uno de los medios mas poderosos para evitar el error es huir de la lectura de autores que han errado ó adolecen de inexactitudes, aunque por otra parte se hallen dotados de admiradas prendas. Pudiera decirse que para el mayor número de lectores todo se pega; todo tiene un imán mas ó menos eficaz; nadie confie en sus buenas ideas,

en su instruccion, en su rectitud. Siempre es malo verse en la precision de echar mano del contraveneno. Mejor es no tomar el veneno. Lo que llevo dicho acerca del buen efecto paulatino de los buenos libros es en un todo aplicable á los malos y á los que no acabando de merecer esta deshonrosa calificacion, sin embargo envuelven algo de inexacto, de siniestro y perjudicial.

Estos se leen con menos desconfianza, con mayor atrevimiento y casi siempre sin sospechar que entre noventa y nueve verdades útiles encierran un error, que pasa plácidamente por hallarse tan bien acompañado, penetra sin sentirse y se arraiga con una autoridad, que no tienen los que se dejan ver sin tan honrosa escolta. Para librarse de ese oculto contagio, no creo que haya mas medio que el de no leer una obra hasta que de una manera positiva se haya averiguado que en nada claudica. Entre las obras célebres paréceme probable que haya pocas que no se hayan analizado ó criticado, y aunque en los análisis y en las críticas suele haber mucho de mas ó mucho de menos, cuando es digna de crédito la persona que los ha hecho, juzgo que con-

venga su lectura prévia. Lo regular es que den alguna luz, que sirva de guia en la cuestion de si debe leerse ó nó el libro sobre que hay duda. Claro está que para hacer estas indicaciones parto del principio de que preexiste una firme voluntad de procurarse por todos los medios imaginables la propuesta felicidad del pensamiento.

Bajo este concepto procuremos cerrar al error todas sus puertas. Es una de ellas el trato de los demás hombres, de los cuales el uno propala una opinion errónea en esto, el otro en aquello, quién en una cosa y quién en otra, de forma que nuestra atmósfera está lastimosamente infectada de toda clase de errores. ¿Qué remedio? ¿Irse á un desierto y no hablar mas que con los ángeles? No por cierto. Además de que Dios nos ha criado para vivir en sociedad, la idea de un desierto estremece y horripila; y aunque los desiertos de la Tebaida, de la Nitria y de la Palestina se poblaron de solitarios, aquello se hizo y debió hacerse únicamente por un fin altísimo cual es el de la perfección cristiana, el de la consecucion de la vida eterna. No hablemos pues de vida solitaria.

Entre el bullicio del mundo es preciso idear algun medio, que nos preserve del contagio de los errores variadísimos de nuestros amigos, de nuestros parientes y allegados, que por mucha que sea su instruccion y rectitud, difícilmente alcanzarán la gloria de pensar en todo con acierto. Por grande que sea nuestro cariño para con ellos, examinemos á la luz de la razon todas sus ideas antes de admitirlas en nuestra mente. No se opone á esto la amistad mas acendrada, ni la veneracion debida á personas muy respetables; sabemos que pueden equivocarse, y eso basta para que no adoptemos ciegamente sus juicios y sentencias: aprendamos enhorabuena de ellos, pero no todo. Grandísima es la necesidad de establecer una aduana en las fronteras de nuestro reino intelectual.

La honradez y la virtud no excluyen ciertas flaquezas del entendimiento. La virtud perfecta las disminuye y atenúa muchísimo; la imperfecta no ejerce este privilegio tan cumplidamente. Sé que hay hombres apreciables por sus excelentes cualidades, los cuales sin embargo con frecuencia juzgan mal de lo que ven y de lo que oyen y suelen vivir

en una inexpugnable ciudadela de errores, lanzando desde sus alturas toda clase de proyectiles. De estos quisiera estar lejos; da lástima ver esa mezcla confusa de ideas buenas y de ideas falsas; aquellas comunican á estas cierta autoridad, y es necesario estar muy sobre sí para no dejarse contaminar con los juicios errados de un hombre bueno. Convengo en que sus equivocaciones acaso dimanen de un ardiente celo por los sanos principios de la moral ó de la religion; convengo en que acaso serán de poca importancia ó sobre puntos muy secundarios, convengo en que acaso no está obligado á saber aquello en que se equivoca, y por tanto es mas excusable su falta; pero será mejor que no nos imbuya en sus errores, sean ó no trascendentales. Vivamos siempre con exquisita cautela, y si es posible, evitemos el trato demasiado frecuente con personas propensas á equivocarse, que cuanto hagamos en pro de la felicidad del pensamiento tendrá su galardón inmediato.

CAPÍTULO XVIII.

De uno de los manantiales del error. Necesidad del estudio teórico y práctico de la lógica. Criterio de Balmes.

Otro de los manantiales del error son las vulgaridades, ó sean los dichos comunes en el vulgo de los entendimientos, que los tienen como otros tantos oráculos, encastillándose en un proverbio cualquiera como en inexpugnable fortaleza. Entre los adagios y digámoslo así opiniones corrientes en la clase menos ilustrada que insensiblemente se adoptan y se prohijan por hombres de mas cultura; hay muchos que merecen figurar entre los axiomas y reglas de conducta; pero otros muchos ó debieran despreciarse ó no tomarse tan al pie de la letra como se acostumbra. De aquí proviene una intolerable ceguera en gentes que no saben raciocinar y para obcecarse no tienen mas fundamento que uno de esos vulgares apotegmas, los cuales si bien encierran algo de verdad, contienen mas de falsía, ó solo

en algunos casos son aplicables. Para darme á entender con un ejemplo, pondré aquí uno, que tuvo la honra de que Balmes le combatiera en su *Criterio*. *Piensa mal y acertarás*: en aquella obra pueden verse en las páginas 57, 58 y 59 las consideraciones en que nuestro insigne filósofo se apoya para llamar irracional á esta máxima. Mas para calificarla de contraria á la razon, basta decir que aplicada á una persona virtuosa ha de producir un juicio errado, que es lo que ordinariamente sucede con los que toman la malignidad como una regla de acierto. Á cualquiera que haga uso perenne del mencionado apotegma se le podrá preguntar: ¿pensando mal de un santo, acertarás?

Otros adagios hay que en los mismos términos con que se expresan, muestran su falta de verdad, por ejemplo: *Mas vale lo malo conocido, que lo bueno por conocer*. Lo malo por ser conocido, ¿dejará de ser malo? Lo bueno por ser desconocido, ¿dejará de ser bueno? Lo bueno siempre ha de ser mejor que lo malo. Parece que podria escribirse una larga obra si se tratara de recopilar todas las vulgaridades erróneas, que son moneda corriente. Es

pues indispensable que contra estas se arme como un guerrero quien se proponga evitar errores para dicha de la mente. En otra obra, en la del *Talento*, dije lo que me pareció para animar á la defensa de la verdad. En esta es otro mi blanco; y así no aconsejo ahora que se enristre la lanza, que se empuñe la espada y se corra al combate conquistando nuevos reinos; y no porque haya variado en mi modo de pensar, sino porque entonces hablaba á los que la divina Providencia ha dotado de talento, y ahora solo quiero presentar á sabios y á ignorantes algunos medios para conseguir la felicidad del pensamiento. Esta, como he dicho, consiste en su apacible placidez; y por consiguiente para lograrla y conservarla se han de alejar todos los motivos y ocasiones de guerra. Límitese pues la que se haga á las vulgaridades á estar á la defensiva, es decir, á no admitirlas en el baluarte de nuestro entendimiento.

Por este medio nos libramos tambien de entristecernos y temblar al oír muchos presagios funestos, y muchas amenazas fatídicas que examinadas á la luz de la razon no son mas que vulgares y despreciabilísimas patra-

ñas. ¿Para qué manchar con ellas el papel citando ejemplos? La religion y la recta razon están de acuerdo en proscribirlas. Sin embargo, para eficazmente apartarse de las erróneas vulgaridades se necesita algun valor, el de las almas nobles y bien nacidas, el que siempre se requiere para sobreponerse á todo lo que es muy comun. Hay en esto un verdadero mérito, una verdadera gloria cuando se obra á impulsos de generosos sentimientos y con intenciones puras y no por la ridícula manía de singularizarse ó de llamar la atención. Este valor se adquiere con la consideracion de las ventajas que trae consigo y con la ennoblecedora repetición de los triunfos parciales; pero sobre todo es hijo de pensamientos elevados.

¿Y cómo llegaremos á conocer las erróneas vulgaridades para huirlas? Esto equivale á preguntar cómo distinguiremos los errores. No hay duda en que los medios son los que enseña la buena lógica, y de aquí la necesidad de no contentarse con haberla estudiado sin acordarse de ella, y de estudiarla de nuevo si no se tienen presentes sus muy provechosas prescripciones. Es de advertir que muchos hablan

de lógica sin saberla, lo que es una ilusión y una vanidad pueril y reprehensible. Ni basta estudiarla á medias y en algun autorcillo de poco peso: búsquese un autor excelente y hágase su estudio con solidez. Balmes vino al mundo á darnos en su *Criterio* una lógica admirable, tanto por estar al alcance de toda clase de lectores como por haberle quitado esa aridez filosófica, que parece su inseparable compañera. Es un libro de oro. Merece estudiarse y meditarse toda la vida. Es en teoría el mismo Balmes que conocí hablando, obrando, escribiendo y haciéndose admirar bajo todos conceptos. Su *Criterio* estaba personificado en él, y él se retrató en su *Criterio*. Si bien se observa, la excelsa grandeza de su *Protestantismo comparado con el Catolicismo* y de sus demás producciones está en su filosofía, que era como el alma de todos sus escritos. Pues bien, el compendio de su filosofía teórica y práctica se halla en su *Criterio*.

Y ahora con una máxima del mismo Balmes daré un paso mas adelante, afirmando que de nada sirve el saber una cosa si no se tiene presente. Y esto es lo que sucede con la lógica; habrá profesores que la estén ense-

ñando, y sin embargo en sus juicios, en sus conversaciones pequen contra ella, es decir que solo la saben en teoría. ¿Qué sirve semejante modo de saberla? Haced algo mas; ponedla en práctica; aplicadla á todos vuestros juicios, sean ó no importantes; tomadla por antorcha para todo y en todo; haceos como niños que no pueden ir sin que se les dé la mano; dejaos guiar de tal manera por ella, que en esto encontrareis una de las vias que conducen á la felicidad del pensamiento.

CAPÍTULO XIX.

Las verdades que enseña la Religión son armas contra el error y contribuyen á la felicidad del pensamiento.

Aun tenemos otro medio efficacísimo para evitar muchedumbre de errores cabalmente acerca de los puntos mas interesantes. Aprovechémonos del magnífico caudal de verdades, que poseemos los católicos como un don del cielo, y ellas nos pondrán á cubierto de errores infinitos. Lo que sabemos como enseñado

por la Iglesia, lo recibimos de una fuente divina, y por lo mismo deberíamos tener una seguridad absoluta en las verdades aprendidas en el seno del catolicismo. Son infalibles: estamos obligados á creerlas infalibles: hé aquí un gérmen de dicha. Su posesion no solamente es para nosotros una inapreciable riqueza, sino tambien una mina abundantísima de donde podemos sacar los mas preciosos tesoros. ¡Qué de sublimes deducciones no se han hecho de ellas en todos los siglos! ¡Cuánto no han ilustrado al orbe! Apenas bastan las bibliotecas para contener las obras, que acerca de ellas se han escrito. Inagotable es su fecundidad. Tambien para nosotros pueden ser fecundísimas en excelentes frutos, que se nos conviertan en un árbol de vida para preservarnos de la muerte del error.

Sí; como del que ciega se dice que sus ojos han muerto á la luz del dia; así el entendimiento muere á la luz de la verdad cuando en él penetra la nociva tiniebla del error. Contra este nos suministra formidables armas nuestra riquísima religion católica, deramándonos con generosidad inexhausta los torrentes vivíficos de sus verdades vencedoras.

Son ellas una fortaleza inexpugnable. Efectivamente; con solo aprovecharse, como es debido, de las nociones que nos da acerca de los atributos de Dios, se puede hacer frente y rechazar falanges innumerables de errores multiformes. ¿Entre los filosóficos y teológicos habrá uno, que no se oponga de algun modo á alguno de los atributos del Altísimo? Recórranse en prueba de ello todas las herejías, y se verá que de una ú otra manera hieren alguno de ellos. Las concernientes á la gracia ofenden á un mismo tiempo á la justicia y á la misericordia del Señor. No hay jansenista, que no injurie su bondad; acaso no hay un mal filósofo, que no ofenda á su adorable Providencia. De mí puedo decir que sé poquísimo; pero que con solo la consideracion de los atributos de Dios he descubierto siempre toda clase de errores, pues son aquellos una admirable piedra de toque. Toda proposicion que, aun remotamente, se oponga á alguno de ellos es falsa. Hé aquí un modo breve de averiguar su certeza ó su falsedad, observar sus relaciones con los atributos de la Divinidad. Es admirable la armonía, que guardan con ellos todas las verdades capitales,

y el desacuerdo en que por el contrario están con ellos todos los errores teológicos ó filosóficos. No es este el lugar de extenderme acerca de tales observaciones, no habiendo hecho esta indicacion sino por via de ejemplo.

Quien dice de los atributos divinos dice lo mismo acerca de las demás verdades reveladas, y de todas las que reinan en el imperio de la verdadera religion. Todas ellas pueden ser en nuestras manos una espada fulminante para derribar los monstruos del error. Pero la tibieza de nuestra fé hace que muchas veces no lo sean. Sabemos poco, porque creemos friamente, porque no hacemos aplicaciones prácticas de las verdades que creemos. La creencia meramente especulativa es en sus resultados muy pobre si se la compara con la creencia práctica de la fé viva. Un cristiano tibio cree lo mismo que un cristiano fervoroso, y sin embargo este sabe mucho mas que aquel: el uno tiene guardado su tesoro y padece miserias: el otro lo guarda y lo gasta y se alimenta opíparamente. Así por ejemplo cree el cristiano tibio que hay Providencia, pero juzga de los acontecimientos como si no la hubiese, no la ve en sus prosperidades, no

la ve en sus aficciones, no la ve en la marcha de la sociedad, no la ve en las revoluciones de los imperios, no espera en ella, no confía en ella, no la admira, no la adora; mientras para el otro es la divina Providencia un gran libro abierto siempre ante sus ojos, que en él están leyendo una insondable sabiduría, un poder maravilloso y una bondad infinita; y con tan sublimes lecciones la ve en todas partes, la admira en todas partes, la contempla en todas partes, la ama en todas partes, y en todas partes la respira y adora.

La religion es luz copiosísima para quien vive segun ella mas que para el que la sabe y la ha estudiado en universidades. Parece una paradoja, pero es una verdad que me han enseñado la experiencia y la observacion, que una mujer piadosa sin mas que haber leído unos cuantos libros devotos está mas penetrada y hace mejor uso de las verdades de la religion que un hombre versado en diferentes ciencias, pero de inferior piedad; aquella ve mas claro en las cosas de Dios y de los hombres, discurre con mas firmeza, hace aplicaciones mas terminantes y decisivas.

No podrá formar una disertacion, no podrá citar textos ni autoridades, no podrá manifestar los fundamentos lógicos de sus aserciones, no podrá disputar, ni convencer á quien no la crea desde luego; pero la luz de su entendimiento apoderándose de todo su corazon dirige los movimientos de este, obra de acuerdo con él, se identifica con él por decirlo así y viene á ser su vida y su alma. Por su union con Dios, en Dios lo sabe todo allá á su manera, mas con fijeza, con claridad, con fuerza, con superioridad de valor y de creencia. Así quisiera yo saber las cosas; así quisiera yo sentir las, aunque no supiese escribir acerca de ellas.

Se ha dicho que la religion se conoce á medida que se la practica, y considerándola como una ciencia se hallan otras en el mismo caso; pero en la religion la práctica adhesión á sus verdades les da con respecto á quien las cree una vida permanente y operativa, que dilata y fortifica sus resplandores. Estos adquieren una especie de elasticidad, que reverberando sobre mil objetos diversos, los iluminan para quien tiene el anteojo de una fé viva.

Si la religion ilustra tanto, y por consiguiente hace evitar innumerables errores en los puntos mas esenciales aun á personas de escasa instruccion ¿qué no hará con los talentos cultivados cuando llega á reinar en ellos? En varios apologistas y especialmente en el *Genio del cristianismo de Chateaubriand* y en el tomo 4.º del *Protestantismo comparado con el Catolicismo en sus relaciones con la civilizacion europea* puede verse lo mucho que le deben las ciencias y los grandes hombres que ha formado. Tambien se demuestra con muy breves y luminosas pinceladas su bienhechor y luminoso influjo sobre todos los ramos del saber humano en un bellissimo artículo que con el título de *armonia filosófica* ha publicado la *Civiltà Cattolica de Roma* en su segunda série, tomo segundo, cuaderno correspondiente al 21 de mayo de 1853. Para mi objeto deberia apropiarme gran parte del citado artículo de aquella tan excelente publicacion periódica; mas solo incidentalmente y como de paso he hablado de este punto al afirmar que la sincera creencia en las verdades religiosas contribuye poderosamente á evitar errores en materias de suma importancia,

y la ausencia de estos es un requisito principalísimo para conseguir la anhelada é interior ventura de la mente. La religion la enriquece, la sublima, la glorifica en cierto modo, y le entrega, por decirlo así, la llave de oro del palacio de la sabiduría, pues de sus principios infalibles y sobremanera fecundos se deducen consecuencias innumerables, magnificas, sublimes, é infalibles, que forman una inmensidad de luces tan seguras y esplendorosas como dispuestas á esclarecer las mas graves cuestiones y á repeler errores infinitos (1).

(1) He dicho en este capítulo que todo error filosófico se opone de alguna manera á alguno de los atributos divinos, y para evitar cualquier mala inteligencia, debo indicar que los errores meramente físicos solo se oponen de un modo indirecto por ser Dios la suma verdad, el origen y el centro de todas las verdades. Así pues los errores que pertenezcan al órden físico del universo, no estarán conformes con el tipo sempiterno de la verdad que les es contraria, la cual ha preexistido y preexiste en la mente divina.

CAPÍTULO XX.

*Belleza y nobilísimo origen de la verdad,
que coadyuva á la felicidad de la mente.*

Repito que la posesion de la verdad es uno de los elementos, que constituyen el venturoso bienestar de la mente; y si no me engaño, lo acabo de probar de una manera indirecta manifestando los males que impide, y por consiguiente los bienes que proporciona con solo desterrar el error, con cuya existencia es incompatible la suya; y sin apartarme de este objeto principal, he indicado algunas de las fuentes del error, apuntando al mismo tiempo los medios de evitarlo, todo lo cual tiene un enlace íntimo con la naturaleza y fines de esta obra.

Volvamos ahora á contemplar la verdad en sí misma para descubrir mejor su belleza, que hace feliz al pensamiento. Es hija de Dios; nació, ó mejor dicho, existió siempre sin principio, como su Autor eterno, en el seno de la Divinidad. Dios jamás ha estado sin la ver-

dad; es inseparable de ella; no se le puede concebir sin ella; así como es imposible concebirla sin alguna de sus infinitas perfecciones, porque en el instante que una de ellas le faltara dejaría de ser el Ente Necesario. Es una de ellas su sabiduría y en ella está la verdad, están todas las verdades; están como el contenido en el continente y como el efecto en su causa. Sabiduría infinita es el conocimiento perfecto y absoluto de todas las verdades; para que una cosa sea conocida es menester que exista de algún modo; Dios desde su eternidad conoció todas las verdades con su saber infinito; luego todas las verdades han existido y vivido desde ab-eterno en el augusto y adorable seno de la Divinidad. Hé aquí una de sus grandezas, hé aquí una de las prodigiosas bellezas de la verdad; no haber nacido en el tiempo, haber sido antes que el mundo y los ángeles, tener á Dios por padre, vivir en él como en su fuente por inconcebibles eternidades, y no poder señalársele un día ni un instante en que no haya existido en su divino Autor.

Hay mas: el Padre Eterno contemplándose á sí mismo, en quien están todas las verda-

des, engendra eternamente á su Verbo, que es al mismo tiempo su sabiduría, la luz de su luz, la imagen de su sustancia, una misma cosa con él en cuanto á su esencia y una persona distinta. Hé aquí el eterno fruto divino de la eterna contemplacion de la Verdad divina. La Verdad-origen ama á la Verdad-su expresion ó su Verbo; y este amor mútuo de ambas produce al Espíritu Santo, que es el complemento de la Divinidad, su lazo y su expansion inefable. El Padre creando todas las cosas hace que tengan una existencia visible las verdades, que preexistian en su mente augusta; el Hijo como sabiduría no solo las expresa á su Padre desde la eternidad, sino que las ordena en el tiempo; y el Espíritu Santo como Amor las fecundiza en los entendimientos creados iluminándolos para que con su luz crezcan en ellos, es decir, se descubran. Ante esta nobleza de la Verdad por su origen, su preexistencia y sus inenarrables relaciones con las tres Personas Divinas no hay mas que humillar la frente y sepultarla en el polvo, admirando el sello de sublimidad, que ha puesto el Altísimo en sus creaciones.

¿Cuándo morirá la verdad? Nunca. Ved aquí

otra nobleza suya. Pasaron los ancianos descendientes inmediatos de Adán, que llevaban en sus canas cerca de mil años; pasaron junto con las aguas del diluvio los gigantes corrompidos, que poblaban la tierra; pasaron los padres de las nuevas naciones de la raza de Noé; pasaron los primeros imperios, que habían fundado los mas poderosos de entre ellos; pasaron los otros imperios, que les sucedieron; pasaron los afamados Griegos y Romanos, que habían destruido á los Persas y todas las demás prepotencias mundanas; pasaron los pueblos guerreros llovidos por el Septentrion sobre el Asia y la Europa; pasaron las generaciones de la edad media y de la caballería andante; pasaron los siglos de Leon X y de Luis el Grande; va pasando el siglo de las transformaciones napoleónicas, y pasarán cuantos vengán en pos, porque el universo con todos sus habitantes por último ha de arder con fuego venido de los cielos. Y las verdades sobrevivirán á tantas ruinas, á tantas muertes, á tanto exterminio de mundos, y reinarán gloriosamente junto con la virtud entre los resplandores de la Jerusalem eterna, teniendo bajo sus pies las vencidas muchedumbres de los

errores sepultados en abismos de humillaciones y tormentos inacabables.

CAPÍTULO XXI.

La verdad muy excelente esposa del entendimiento.

Para poner en claro cuán grata sea al entendimiento la belleza de la verdad, bastaría considerar que se halla adornada de las mas recomendables cualidades de una excelente esposa. No hay en ella doblez ni fingimiento; es cándida, sencilla, apacible, generosa; no escasea sus consejos saludables; á todas horas hállase dispuesta á derramar sus luces y á servir de guía en todos los caminos de la vida; pone un término á las ansiosas dudas é incertidumbres, acude á las necesidades, hace toda clase de servicios, consuela, dulcifica las penas y jamás incomoda. Cuando se desposa con el entendimiento, luego que este la ha admitido en su casa, ella la gobierna, la vivifica, y es la gloria de su esposo. Si este no la aparta de sí desagradecidamente, ella va siempre con él por las alturas y por el llano, por los es-

carpados precipicios y por las vegas floridas, por los secos eriales y por los jardines amenos; le acompaña de día, le acompaña de noche, y no se le separa en la pobreza, ni en las enfermedades, ni en las mas graves y horrosas tribulaciones. Y á las mujeres que mas contentan á sus maridos por sus bellas prendas se aventaja en varias cosas: 1.^a En que no ocasiona gastos de consideracion. 2.^a En que no es mudable, y está siempre de igual humor. 3.^a En que no se envejece, siendo su beldad siempre antigua y siempre nueva. 4.^a En que no inspira celos. 5.^a En que no muere.

Con tan incomparables cualidades bien merece la verdad que el entendimiento se apasione de ella, la tome por esposa y la ame cordialisimamente. No tendrá que arrepentirse, no tendrá que temer ni que sentir su muerte, porque es inmortal, y su belleza conserva siempre una vigorosa lozania y una frescura inmarcesible. Aun hay mas: por muy altas y poderosas razones se halla sabiamente establecido que el hombre no tenga mas que una sola mujer. Pero esta ley no rige en el matrimonio del entendimiento con la verdad. Puede este desposarse con muchísimas verda-

des al mismo tiempo y tenerlas siempre consigo, sin que riñan, sin que se desazonen unas con otras, y viviendo todas ellas como hermanas muy queridas en dulce paz, y trabajando juntas por complacer á su esposo, por regalarle y servirle con fidelísimo amor.

CAPÍTULO XXII.

La verdad y el error en sus relaciones con la felicidad del pensamiento.

Yo compararia la belleza de la verdad á la de Raquel, la cual mereció que Jacob sirviera por ella tantos años á su padre Laban, padeciendo trabajos innumerables; porque tal es el intenso afan con que sus amadores estudian dilatado tiempo para lograr poseerla, habiendo muchos que le consagran toda su vida. Búscanla generalmente los hombres rectos, y cuán dulce sea su hallazgo lo manifiesta la grandeza de las fatigas y estudios empleados en hallarla. Plácido y sobremanera delectable debe ser su trato, pues jamás se cansan de estar con ella, de correr en pos de ella y de contemplarla de día y de noche,

como puede verse en las biografías de muchos sabios, que por su afecto á ella han adquirido inmortal celebridad. Su historia da margen á figurarse el grandísimo placer que les causaba su nativa belleza. Y he dicho nativa, porque no necesita de ficticios adornos para agradar. No es como la mentira, que ha menester atavíos.

Para notar mejor su desemejanza, supongamos á la mentira casada con el entendimiento. Primero, tiene celos si ve asomar á la verdad por las puertas de su casa, se inquieta y se le figura que viene á echarla á la calle para ponerse en su lugar; de aquí nace su enfado y su perpétua desconfianza. En segundo lugar, no se atreve á presentarse tal cual es, temiendo que la llamen fea, y anda siempre buscando aderezos y piedras falsas para colgárselas y deslumbrar con ellas. Es lo tercero, que sus hijas (que son las consecuencias que de ella se deducen) tampoco salen agraciadas, y tienen envidia á las verdaderamente hermosas. Es lo cuarto que muchas veces sonroja al entendimiento su marido, comprometiéndole con algunos dislates delante de otras personas. Además, nunca le

satisface del todo, porque no puede satisfacer lo que no tiene un sér real, lo que es un vacío, lo que es una carencia de razón y de luz.

Dejando á un lado aquel supuesto casamiento, escaso de paz y falto de duraderas satisfacciones, é insistiendo algún tanto en que no puede producirlas, como la verdad, el error ó la mentira, aduciré un ejemplo en prueba de ello: ¿qué entendimiento reposará y gozará con la creencia ridícula de que este magnífico conjunto de maravillas que llamamos mundo, se hizo con la casual reunión de los átomos? Pues en semejante delirio, que en algunas cabezas de impíos ha cabido, no solo hay falta de razón, porque sin causa se presupone la existencia de dichos átomos y no hay quien les dé el impulso necesario para reunirse y armonizarse y concertarse maravillosamente y dividirse y subdividirse en una infinidad de seres diferentes y en una insumable muchedumbre de materias de naturaleza distinta, sino que en su casual reunión no hay grandor ni sublimidad, no hay belleza, como la hay admirable en la creación del universo obrada por la divina Omnipotencia

segun con majestuosa sencillez se refiere en el Génesis.

Solo es bello lo verdadero, decia Boileau. Y esta sentencia, que es un axioma literario, es cierta aun fuera del campo de la literatura. Si la verdad es tan bella, hágala siempre suya el pensamiento, y su hermosura le hará feliz con aquel grado de felicidad de que es susceptible la vida del hombre sobre la tierra.

CAPÍTULO XXIII.

Explicase la manera con que la verdad forma la dicha de la mente.

¿Y cómo la verdad hará feliz al entendimiento? Al modo que la esposa excelente á su esposo. Por suyas tiene este las virtudes y bellísimas prendas de su esposa, y en esta figuracion consiste su dulce dicha. Y no sin motivo, no sin causa las tiene por suyas, porque en el matrimonio hay una mútua extension de sér; en la donacion recíproca que de sí mismos se hacen los esposos se verifica, si me es permitido decirlo, una reduplicacion del sér de cada uno; cada cual de ellos entra

en posesion de todo lo que es del otro; por manera que quien antes de casarse solo era hombre, despues de casado es en cierto sentido hombre y mujer, y la que en su solteria era solamente mujer, casándose viene á ser mujer y hombre, pues tiene todo lo suyo y todo lo de su marido, por lo cual se pone tambien el apellido de este por ser una misma cosa con él. Hé aquí lo que puede suministrarnos una idea de la union é identificacion del pensamiento con la verdad y del modo con que esta lo ennoblece, lo ensalza y le hace participante de toda su belleza.

¡Y cosa notable! El pensamiento es cabalmente quien mas toma de lo ajeno, pues en cierta manera se reviste de la forma, sustancia y modo de ser del objeto en que se fija, apropiándose hasta en el uso comun denominaciones que le cuadran perfectamente porque corresponden á las cosas que le han como investido de sí mismas; y así decimos pensamiento tétrico, oscuro, rápido, alegre, negro, triste, turbio, magnífico, sublime, tierno, amoroso, delicado, melancólico, enérgico, fuerte, ingenioso. Aunque estas denominaciones ó calificaciones expresan la forma con que se emi-

te, es de advertir que en tratándose del pensamiento, su forma no se diferencia de su esencia, pues no se expresa con sublimidad el pensamiento que en sí mismo no sea sublime, ni tiernamente el que en sí mismo no es tierno. Bien podría decirse que la expresión del pensamiento es el pensamiento mismo, pues su manifestación no altera su ser; así como Isidoro, Emilio ó Lúcio, es cuando sale á la calle el mismo que cuando está en su casa.

Es indudable que la mente considera como tesoro propio las verdades que posee, que las tiene á su disposición á todas horas y que hace de ellas el uso que mejor le parece. ¿Y no es esto ser dueño de una riqueza? ¿No es gozarla? Este dominio y posesión está en el mundo tan reconocido que por él se da un nuevo título á quien lo disfruta, del mismo modo que se llama rey al que tiene un reino y emperador al que tiene un imperio. Por esta razón al que posee verdades matemáticas se le da el título de matemático, el de médico al que sabe verdades relativas á la medicina, el de jurisconsulto al que sabe las de la jurisprudencia, y así de los demás que han adquirido tesoros de verdades de cierto géne-

ro, concediéndose el mas honorífico de sabio al que tiene estrecha amistad con diversos géneros de verdades, lo que equivale á decir que es un rey de ellas.

¿Y qué es una ciencia sino un regimiento de verdades de cierta clase con sus cabos, subtenientes, capitanes y comandantes, que son sus principios culminantes ó sus puntos radicales, los cuales mandan á sus respectivos soldados, que son las verdades de menor importancia y que dependen de ellos? Pues bien, el coronel del regimiento es el entendimiento, á quien todas ellas obedecen. Tampoco hay inconveniente alguno en que á este coronel se le haga general, ó rey, porque en efecto las verdades son sus vasallos serviciales, sumisos y obedientes.

CAPÍTULO XXIV.

Es fácil y extensivo á toda clase de personas el goce de la felicidad del pensamiento.

Se dirá que la mente se cansa y padece buscando la verdad y la belleza del pensamiento; mas no es así, porque la marcha de sus operaciones es muy rápida; y no necesita inventar máquinas de vapor para trasladarse con suma velocidad á visitar al querubín que rige el carro del sol ó al ángel que gobierna los mares, ó al que de día esconde las estrellas y de noche las saca á relucir. Lo que cansa, lo que fastidia, lo que aburre, lo que atormenta es la repetición de un mismo pensamiento enojoso, cual por ejemplo cualquiera de estos: si me aguardarán mis acreedores ó se les acabará la paciencia y me perseguirán judicialmente: si saldré bien de mi pleito: si se desgraciara este negocio: si me llevará al sepulcro esta enfermedad: si mi amor hallará correspondencia: si trabajaré

en vano; y otros de este jaez. Semejantes pensamientos son unos verdaderos verdugos cuando van y vienen, vuelven y revuelven, no quieren irse y se clavan como puñales envenenados.

Contra estos y otros de mala ley es la guerra, que hago abogando en favor de los buenos y hermosos. Mas no se crea que para ello sea preciso emplear todo el día en buscar la delicia de los pensamientos bellos; pues para esto siempre hay mas tiempo del que parece, sin desatender ningun género de obligaciones. Puede el hombre ponerse horizontalmente sobre un blando lecho, esperando que el amigo sueño venga á cerrarle los lasos ojos, y entre tanto deleitarse con algun provechoso y bellísimo pensamiento: puede pasear por entre calles de flores y respirar su regalado aroma y gozar de la frescura que le trae en una tarde de verano el embalsamado céfiro de los jardines; y entre tanto deleitarse con algun provechoso y bellísimo pensamiento: puede estar esperando á un amigo con los brazos cruzados y muy arrellanado sobre un sofá; y entre tanto deleitarse con algun provechoso y bellísimo pensamiento. Puede ir en una nave

el viajero con gentes desconocidas, cuyo idioma hable dificultosamente y con quienes no tenga mucha materia de conversacion, puede ir sorteando los balances, oyendo los bramidos de las olas y los zumbidos de los vientos y las voces de los marineros, y entre tanto deleitarse una y otra hora, uno y otro dia, una y otra semana con mil y mil provechosos y bellisimos pensamientos.

Está demás repetir que la dicha que proporcionan se halla al alcance de niños y de ancianos, de pobres y de ricos, de jóvenes solteras y de maridos maduros, de sábios y de ignorantes, de viudas y de casadas, porque los pensamientos buenos y hermosos pueden anidarse en las cabezas del noble y del plebeyo, del seglar y del sacerdote, del labrador y del marino, del soldado y de la vieja que pasa la vida hilando. Lo que sucede es que no se buscan esta clase de pensamientos, ó cuando vienen no se repara en el interior placer que los acompaña, es decir que se goza de ellos sin advertirlo; mas no por eso es menor el beneficio, ni debe ser menor el agradecimiento á los favores que nos hacen con solo su presencia.

CAPÍTULO XXV.

De un mal arbitrio para huir de ciertos pensamientos tenidos por tristes. Propónese otro medio mas eficaz para el intento.

Muchos siguen en la práctica el sistema de apartarse y huir, como de pensamientos tristes, de las grandes verdades que enseña nuestra adorable Religion; y así desechan la idea de la eternidad, la del juicio final, la del purgatorio, basílica de las expiaciones, la del infierno, abismo de los réprobos atormentados, y otras varias de altísima importancia. Por evitar su recuerdo se entregan á toda suerte de pasatiempos y diversiones mundanales. Y no consiguen su intento, porque no es posible andar siempre de fiesta; alguna vez se cansan los pies de bailar; no á todas horas hay tertulias ni agradables compañías; sucede con frecuencia que hasta los teatros fastidian; y el hombre se encuentra solo consigo mismo, y en medio del dia y aun entre los negocios,

ó en las mas silenciosas y altas horas de la noche, se presentan como importunas sombras esos terribles pensamientos de que existe un Dios que nos ha de juzgar, de que todas las honras, riquezas, placeres, amores, personas amadas y nuestra propia vida pasan y se disipan y de que es puerta de la eternidad la muerte inevitable.

Por mas que se haga, no es posible librarse de tales ideas, que aterran al que las aborrece. ¿Quién, por ejemplo, se olvidará de la muerte si en las calles siempre está viendo mujeres vestidas de luto, niños y ancianos que en el color de su traje van publicando que el sepulcro les ha arrebatado algun pariente? ¿Quién se olvidará de la muerte si uno le da la noticia del fallecimiento de un amigo, y otro le comunica la inesperada nueva de haber bajado á la tumba un potentado de la tierra, que hace muy poco imperaba con perfecta salud? ¿Quién se olvidará de la muerte si la semana pasada asistió á un funeral, y sin que hayan transcurrido siete dias, recibe otra esquela mortuoria con los emblemas lúgubres de un nuevo triunfo de la homicida universal? ¿Quién la olvidará si ayer perdió

un hermano, y hoy agoniza su padre, ó tiembla por la vida de su esposa cuando da á luz un niño entre zozobra y dolor?

Cierto que no es buen medio, porque es vano, el de huir de tales pensamientos tenidos por tristes. Se vienen sin llamarlos; y vienen con mas negros colores. Lo que conviene hacer para que no asusten y no entristezcan y lo único factible es despojarlos de su tristeza y terribilidad por medio de un cambio en la conciencia. En todos esos pensamientos está Dios como juez formidable; hágasele amigo, y se ha mudado la escena.

Si quereis ver comprobada esta verdad, trasladaos á otro campo; hablad con las almas virtuosas, observad de cerca todas sus respiraciones, y advertireis que con apacible serenidad os hablan de todo aquello que tan espantoso se muestra al que no es amigo de Dios. Leed las vidas de los Santos, y admirareis como saludan á la muerte cual á la aurora de su eterna dicha. Abrid los libros que la piedad ha dictado, y podreis notar que sus autores se entretenian largo tiempo en escribir muy detenidamente y con mucha paz acerca de todos esos misterios y terribilidades

de la muerte y de los eternos suplicios. Mirad á las delicadas vírgenes y á los ancianos virtuosos, mirad con cuán dulce semblante salen de la oracion, en que por espacio de una hora han estado contemplando esas gigantescas verdades terroríficas para otros y en extremo consoladoras para sus almas inocentes ó arrepentidas. Si; el estar bien con Dios, el tener la conciencia limpia es el único medio de no sufrir los abrumadores embates de esos pensamientos del fin del hombre, de la vanidad de las cosas terrenas, de la otra vida, del peligro de condenarse para siempre y de la ira omnipotente del Altísimo.

CAPÍTULO XXVI.

Un precepto de la ley natural. Un inmenso beneficio que hace la divina Providencia á nuestra mente. Las pasiones y el pensamiento.

Es un deber impuesto por la ley natural el de evitar todo lo que nos sea dañoso tanto al alma como al cuerpo. En lo relativo á

este último suele cumplirse la obligacion; en cuanto á lo que es nocivo al espíritu es mas desatendida; y no debiera serlo, porque es la parte principal del hombre. Sin embargo, la divina Providencia suple de un modo maravilloso á nuestra desatencion é ignorancia. Y expreso he dicho ignorancia, porque el dolor nos advierte lo que tenemos de huir como dañino á nuestra corporal salud; mas en lo tocante al bienestar del espíritu la ceguera de la mayor parte de los hombres seria muy grande y muy deplorable, tanto por la falta de atencion á este objeto, como por la incapacidad de muchísimos para investigar y descubrir lo que les fuera perjudicial. Así la divina Providencia ha hecho ostencion de sus inefables misericordias con suplir á estas dos faltas dictando é imponiendo reglas morales, que no solo son un bien en sí mismas, porque contribuyen al orden y á los fines excelsos, con que el Altísimo creó los espíritus humanos, sino tambien porque observadas hacen su felicidad aun en este mundo.

En efecto, los preceptos morales encierran el bien y la dicha actual del pensamiento, porque le apartan de las fuentes envenenadas,

en que habia de beber angustiantes inquietudes, amarguras sin cuento y mil mortíferos brevajes de dolores. Solo una funesta y repetida experiencia podria, aunque tarde, enseñarle lo que le daña, si tan fatal experiencia iba acompañada de profundas y reflexivas observaciones. Empero experimentar lo malo siempre es malo. Aprender á tanta costa seria muy duro. Seria lo mismo que perderse entre las malezas espinosas, altibajos peligrosos, piedras puntiagudas y derrumbaderos de un monte inculto por hallar la vereda por donde podia subirse sin tropezar en tan amenazadores obstáculos. Ha abreviado el camino la Providencia al señalar las sendas escabrosas que han de dejarse; solo ella conocia toda su maldad perfectamente; solo ella tenia bastante amor y sabiduría para librarnos de tales peligros, mandándonos que no pusiésemos el pié en terrenos volcánicos; solo ella contaba con medios capaces de sacarnos de entre las garras de esos leones domésticos, que llamamos pasiones.

Son de suyo perturbadoras; y por lo mismo no tiene el alma mas temibles enemigos. Dios al imponernos el deber de reprimirlas

remueve un poderoso obstáculo, que se oponia á nuestra interna felicidad, pues hieren con mas constancia y mas adentro por expresarme así. Los enemigos externos no abarcan tanto; no se apoderan de todo el hombre, porque el alma que no puede sujetarse con cadenas materiales, siempre se halla libre, ilesa, por mas que el cuerpo sufra azotes ó gima en un cepo. En el pensamiento radican las pasiones; pues aunque vulgarmente se considera el corazón como el foco y la víctima de ellas, hablando en rigor filosófico, este no es mas que una entraña, que deja de sentir las, de moverse y palpar en el momento en que el alma la abandona. Esta le comunica sus impresiones, pero antes las recibe ella de las pasiones que la agitan. Ahora bien, la aficcion y amargura del alma se siente en el pensamiento, radica en el pensamiento, vive en el pensamiento. Y en prueba de ello, dejad de pensar en lo que os angustia, y habrá desaparecido vuestra aficcion. Está uno triste mientras dura el pensamiento triste. Con respecto á las pasiones podria decir que le dan su forma y su naturaleza, transmutándolo en sí; pónenlo inquieto y feo como ellas son in-

quietas y feas. Para estorbar sus maleficios entra la Religion á disputarles el terreno en el pensamiento, y á darle luz, armonía, orden, sosiego, placidez, rectitud, justicia, bondad y sabiduría, desterrando todos sus adversarios.

CAPÍTULO XXVII.

Cuán contrario es el orgullo á la felicidad del pensamiento.

Para descubrir mas individualmente los beneficios que la religion nos dispensa al intimarnos guerra á las depravadas pasiones, raíces de todos nuestros males, demos una ojeada á las que se consideran como fuentes de las demás. Es la primera aquella que hizo caer al abismo la tercera parte de las estrellas del firmamento, convirtiendo su inefable felicidad en desventura eterna é infinita, y al hombre criado en un paraíso de delicias arrojó á una tierra de espinas, en que dominan el dolor y la muerte. Es la soberbia. Atribúyese esta pasión unos derechos que no tiene, pretendiendo honras y otras cosas injustas; por consiguiente hay aquí un desquiciamiento

de la justicia, una suposición falsa de un mérito que no existe, de unos derechos usurpados; ahora bien, por lo mismo que son usurpados no los reconocen los demás hombres; y esta falta de reconocimiento por parte de otros lastima, hiere y despedaza el ánimo del soberbio. Por manera que busca en sus ilusiones una causa de choque: los demás no las tienen acerca de su persona ó de sus cualidades, y por eso no las honran como él quisiera. Esto le es amargamente sensible, y su vida una cadena de tormentos interiores. En su concepto siempre está desairado, siempre se le niega lo que juzga merecer. En semejante estado no hay para él mas que aflicción y torturas insufribles. Se halla en su corazón un perenne vacío, porque siempre ambiciona, y como anhela lo que no le es dable alcanzar, no lo consigue. Su pensamiento siempre burlado es su verdugo implacable.

Además de estos suplicios internos, como su pasión es transparente, dejándose conocer hasta en las miradas, y consiste en despreciar á otros, en exigirles homenaje mayor del que le deben, y en disputarles el puesto de preferencia, queriéndose colocar en el mas elevado,

quietas y feas. Para estorbar sus maleficios entra la Religion á disputarles el terreno en el pensamiento, y á darle luz, armonía, orden, sosiego, placidez, rectitud, justicia, bondad y sabiduría, desterrando todos sus adversarios.

CAPÍTULO XXVII.

Cuán contrario es el orgullo á la felicidad del pensamiento.

Para descubrir mas individualmente los beneficios que la religion nos dispensa al intimarnos guerra á las depravadas pasiones, raíces de todos nuestros males, demos una ojeada á las que se consideran como fuentes de las demás. Es la primera aquella que hizo caer al abismo la tercera parte de las estrellas del firmamento, convirtiendo su inefable felicidad en desventura eterna é infinita, y al hombre criado en un paraíso de delicias arrojó á una tierra de espinas, en que dominan el dolor y la muerte. Es la soberbia. Atribúyese esta pasión unos derechos que no tiene, pretendiendo honras y otras cosas injustas; por consiguiente hay aquí un desquiciamiento

de la justicia, una suposición falsa de un mérito que no existe, de unos derechos usurpados; ahora bien, por lo mismo que son usurpados no los reconocen los demás hombres; y esta falta de reconocimiento por parte de otros lastima, hiere y despedaza el ánimo del soberbio. Por manera que busca en sus ilusiones una causa de choque: los demás no las tienen acerca de su persona ó de sus cualidades, y por eso no las honran como él quisiera. Esto le es amargamente sensible, y su vida una cadena de tormentos interiores. En su concepto siempre está desairado, siempre se le niega lo que juzga merecer. En semejante estado no hay para él mas que aflicción y torturas insufribles. Se halla en su corazón un perenne vacío, porque siempre ambiciona, y como anhela lo que no le es dable alcanzar, no lo consigue. Su pensamiento siempre burlado es su verdugo implacable.

Además de estos suplicios internos, como su pasión es transparente, dejándose conocer hasta en las miradas, y consiste en despreciar á otros, en exigirles homenaje mayor del que le deben, y en disputarles el puesto de preferencia, queriéndose colocar en el mas elevado,

sucede que el soberbio con todos está en lucha. De esta lid mas ó menos encubierta se originan las desastrosas consecuencias de toda guerra, las cuales no hay lengua que pueda ponderar bastantemente. Así con sobrada razon dice San Juan Crisóstomo que el orgulloso pretende elevarse sobre todos los otros y que le acontece todo lo contrario; que anhela que se le honre, y por lo mismo se le desprecia; por lo cual llama al orgullo el mayor de los males. Funda el Santo elocuentísimo su asercion en que el soberbio es enemigo de sí mismo, irritándose por cosas de nonada, y tiene por enemigo á todo un Dios.

No es posible imaginar mayor infelicidad. Á fin de librarnos de ella bajó el divino Monarca de su trono de gloria á condenarla con su ejemplo y sus palabras, y prometió á la virtud contraria la bienaventuranza, proclamando en alta voz que los pobres de espíritu, es decir, los humildes, son bienaventurados. Es cierto que las promesas del Señor tienen su verdadero cumplimiento especialmente en los cielos; pero su palabra es fecunda á maravilla y rica en diversas significaciones. Y en cuanto á la que ahora me ocupa, bien pu-

diera asegurarse que tiene una omnimoda plenitud de significado en esta y en la otra vida. Hizo en tan breves palabras un magnífico y profundo panegírico de la humildad, mostrando su extension y grandeza; fué como decir, segun despues han afirmado los Santos Padres, que es el cimiento del celestial edificio de las virtudes, el cual aquí está lleno de gracia y allá arriba estará lleno de gloria. Esta gracia y esta gloria son una dicha inmensa.

Mas prescindiendo de esas elevaciones y sublimidades sobrenaturales de la bienaventuranza de la humildad, considerémosla bajo su aspecto filosófico, ó lo que es lo mismo, por sus dichosos resultados naturales. La humildad es orden, justicia y verdad; orden, porque no usurpa una honra que no le corresponde, y no sale ni pretende salir del lugar que la Providencia le ha señalado; justicia, porque reconoce en Dios el principio de todo bien y le atribuye todo el honor debido, sin exigir de nadie un acatamiento injusto; verdad, porque descubre con ojos penetrantes lo que realmente es el hombre, es decir, nada por sí mismo, lleno de faltas, defectos y culpas mas ó menos graves, y todo por Dios como he-

chura suya y enriquecido por él con toda suerte de beneficios. Ahora bien, donde hay verdad, justicia y orden es necesario que haya paz y bonancible placidez en todo. ¿Qué mayor dicha?

Si el humilde nada exige, ¿con quién ha de chocar? Si considerándose pecador en la presencia de Dios, está persuadido de que merece los mas severos castigos, y por consiguiente los desprecios de los hombres, ¿llevará tan á mal el que se los hagan? Si los Santos humildes los han tenido por regalo ¿qué otra menor causa podrá inquietar al que verdaderamente ama la humildad? Constituida pues el alma por medio de ella en un estado como de dichosa impasibilidad, y reputando por bienes los mismos males con su espíritu de penitencia inseparable de la verdadera humildad, no solamente no provoca lides, sino que se hace en cierta manera invulnerable á toda especie de dardos. ¿Y no es esto suma dicha?

Así la honra del pensamiento humilde nada recela, nada teme. Es tesoro que no necesita ejército de ira que lo defienda; y su gloria está cifrada en la satisfaccion de que el Se-

ñor no se enemiste con ella por levantar demasiado la cabeza desvanecida. Como juzga que nada merece, nada solicita, y no hay mejor medio para gozar interiormente de paz dulcísima. Así como el soberbio, suponiéndose gran cosa, se aísla y se enflaquece sobremedera desmereciendo y apartando de sí el auxilio del Todopoderoso, á quien no se lo pide; el humilde, conociendo que por sí solo nada puede, recurre al Omnipotente y se lo hace suyo. La confianza en Dios y la oracion, que todo lo alcanzan, son hijas de la humildad. Esta pues, que es una verdadera filosofía, gobernando el reino del pensamiento con verdad, justicia y orden, contribuye poderosísimamente á su felicidad envidiable.

CAPÍTULO XXVIII.

Angustias en que vive el pensamiento del avaro.

Solo á una religion divina era dable señalar y proscribir con anatemas, como una de las fuentes de la degradacion moral, á la ava-

ricia apocadora del hombre y envilecedora del corazón. Preséntase esta pasión astuta con una máscara halagüeña, fingiéndose prudencia y prometiendo un porvenir lisonjero. Su lema es: «todo para mañana.» Con este especioso pretexto se cree autorizada, digámoslo claramente, para robar. Y á la verdad que roba á los pobres quien les niega lo que Dios le ha dado para ellos, descomponiendo lo que sabia y misericordiosamente ordenó la Providencia, que hizo al rico para el pobre, y al pobre para el rico, á fin de que socorriéndose con reciproco amor, el uno diese al otro los bienes de la tierra, y en cierto modo recibiese de él los tesoros del cielo. Con tal ordenamiento no abandonó el Señor á los menesterosos, sino que los hizo hijos de los ricos, á cuyo cargo está el mantenerlos. Trastorna la avaricia este magnífico plan de la Providencia, y ella se venga graciosa y admirablemente.

Lo que el avaro niega al desvalido se niega también á sí mismo, privándose del bien, que había de resultarle de la buena obra de socorrerle, cumpliendo la voluntad divina; y avanzando en esta vía de perdición, cual si se propusiera hacer reinar en el mundo á la mi-

seria, la introduce en su propia casa y en su persona; en una palabra, se convierte en un penitente de Satanás, pues su penitencia, reprobada en el cielo, solo se aprueba en el senado de los espíritus infernales. Sin embargo, en lo exterior no se mortifica tanto como interiormente en la región del pensamiento. Aquí todo es suplicios. No contento con lo que su pasión tiene en sí misma de cruel, llama en su auxilio como nuevos verdugos al miedo tembloroso y lleno de zozobras, á la ambición turbulenta y á otras varias pasiones, que son como otras tantas serpientes hermanas suyas. El miedo no le deja vivir, viendo por todas partes enemigos, que acechan su tesoro: le obliga á una vigilancia extraordinaria, de suerte que su mente está siempre en estado de sitio; hay pensamientos patrullas; hay pensamientos centinelas; hay pensamientos que están toda la noche gritando desvelados «alerta, alerta;» hay pensamientos que hacen oficios de mujeres temblonas, que al menor ruido asoman la cabeza por un resquicio; hay pensamientos que mandan y desmandan como un jefe aturdido por la estrategia y ataques combinados del ejército contrario. En fin, baste

decir que todos ellos están pálidos y apurados y doloridos como mujer parturiente.

En medio de esto (y es cosa muy singular) la ambicion desafia los peligros, y expone á todas las contingencias de quien por mar y por tierra corre á difíciles conquistas. ¡Qué contraste! ¡Pugna terrible entre el miedo y la ambicion! Esta valiente hasta la temeridad, y aquel cobarde hasta la mas negra y vergonzosa pusilanimidad. La avaricia entre estas dos pasiones es como una víctima entre dos verdugos. Su mas viva imágen es aquel rico del Evangelio, que entre las llamas del infierno se abrasaba de sed y no lograba apagarla. Así se abrasa en las llamas de sus deseos vehementísimos, y no se sácia jamás. Ni ellos le dejan un momento de sosiego, ni su sed de oro se apaga nunca.

Nuestro Dios sobremanera misericordioso quiere librarnos de tan afflictiva situacion intimándonos el huir de la avaricia, que se opone atrozmente á la felicidad del pensamiento.

CAPÍTULO XXIX.

De una pasion enemiga de la dicha del pensamiento.

Continuando mi tarea sobre lo que la religion ha contribuido á la dicha de la mente, obligándonos á la represion de las pasiones perjudiciales, encuéntrome en este camino con la del amor deshonesto, y le llamo así para diferenciarlo del conyugal que Dios bendice. Este es paz, porque lo ordena la ley divina; aquel es guerra, porque la augusta Providencia lo reprueba como opuestísimo á la razon eterna y al bien de la sociedad. Ahora lo que me importa probar es cuánto daña al pensamiento, para que de ahí se deduzca la conveniencia y necesidad de huir de él. ¿Pero qué digo probarlo si una gran parte del género humano es una prueba viva de esta verdad? ¿No lo confiesan, describiendo sus continuas y tenebrosas tempestades, las mil plumas de poetas y novelistas antiguos y modernos? ¿No lo dicen las vidas de muchos hombres y de muchas mujeres célebres? ¿No están de acuer-

do en este punto con los predicadores del Evangelio cuantos han escrito de una ú otra manera acerca de las pasiones? ¿Á qué ocurrir mas sobre cosa tan averiguada? Me limitaré pues á presentar uno de tantos testimonios, el de uno de nuestros afamados escritores del siglo de oro de nuestra literatura, el del insigne Fr. Luis de Granada.

En su *Guía de Pecadores*, parte 2.^a, capítulo 18, dice este elocuente filósofo cristiano: «Veamos esto mismo por otros ejemplos. Pon los ojos en Amon, hijo primogénito de David, el cual, despues que puso los suyos en su hermana Thamar, de tal manera se cegó con estas tinieblas y se prendió con estas cadenas y se affigió con esta hambre, que vino á perder el comer, el beber, el sueño, la salud y caer en cama enfermo con la fuerza de esta pasion. Pues dime: ¿qué tales eran las cadenas de la aficion y aprehension con que estaba su corazon cautivo, pues tal impresion hicieron en la carne y en los mismos humores del cuerpo, que bastaron para causarle tan grande enfermedad? Y porque no pienses que la cura de esta dolencia es alcanzarse lo que se desea; mira bien como quedó mas en-

fermo y mas perdido despues que alcanzó lo que deseaba de lo que estaba antes. Porque muy mayor dice la Escritura que fué el odio con que aborreció despues á la hermana, que el amor que antes le habia tenido. De manera que no quedó con el vicio libre de la pasion; sino trocóla por otra mayor. ¿Pues hay tirano en el mundo que así vuelva y revuelva sus prisioneros, y así les haga tejer y destejer, andar y desandar los mismos caminos?

»Tales pues son todos los que están tiranizados de este vicio, los cuales apenas son señores de sí mismos, pues ni comen, ni beben, ni piensan, ni hablan, ni sueñan sino en él, sin que ni el temor de Dios, ni el ánima, ni la conciencia, ni paraiso, ni infierno, ni muerte, ni juicio, ni aun á veces la misma vida y honra, que ellos tanto aman, sea parte para revocarlos de este camino, ni romper esta cadena. Pues ¿qué diré de los celos de estos, de los temores, de las sospechas y de los sobresaltos y peligros en que andan noche y dia, aventurando las almas y las vidas por estas golosinas? ¿Hay pues tirano en el mundo que así se apodere del cuerpo de su esclavo, como este vicio del corazon? Porque nunca

un esclavo está tan atado al servicio de su señor, que no le queden muchos ratos de día y de noche en que huelgue y entienda en lo que le cumple. Mas tal es este vicio y otros semejantes, que despues que se apoderan del corazon, de tal manera lo prenden y se lo beben todo que apenas le queda al hombre valor, ni habilidad, ni tiempo, ni entendimiento para otra cosa. Por lo cual no en balde dijo el Eclesiástico que las mujeres y el vino robaban el corazon de los sábios: porque cuasi tan alienado queda un hombre con este vicio, por sabio que sea, y tan inhábil para todas las cosas que son propias de hombre, como si hubiese bebido una cuba de vino. Y para significar esto el ingenioso poeta finge de aquella famosa reina Dido, que en el punto que se cegó con la aficion de Eneas, luego desistió de todos los públicos ejercicios y reparos de la ciudad. De manera que ni los muros comenzados iban adelante, ni la juventud ejercitaba las armas, ni los oficiales públicos entendian en fortalecer los puertos, ni en los otros pertrechos necesarios para defension de la patria. Porque este tirano de tal manera dice que prendió todos los sentidos de esta

mujer, que para todo quedó inhábil, sino solo para aquel cuidado, el cual cuanto mas se apoderó del corazon tanto menos le dejó de valor para todo lo demás. ¡Oh vicio pestilencial, destruidor de las repúblicas, cuchillo de los buenos ejercicios, muerte de las virtudes, niebla de los buenos ingenios, enajenamiento del hombre, embriaguez de los sabios, locura de los viejos, furor y fuego de los mozos, y comun pestilencia del género humano!»

Con igual vehemencia se expresan pintando con muy negros colores su atormentadora tirania cuantos han hablado de esta pasion, enemiga terrible de la felicidad del pensamiento.

CAPÍTULO XXX.

Se prueba que la ira es una gran calamidad para el pensamiento.

En buenos autores se encuentran varias descripciones brillantes de la ira. No las copiaré, ni haré otra nueva, porque es cosa muy sabida que no se describe bien aquello, en cuya consideracion se siente uno frio; y ahora

lo estoy con respecto á la ira, pues gracias á Dios no tengo motivo para que me ardan de coraje las venas, aunque por haberme enfadado otras veces tenga que pedir perdon al divino Juez de vivos y de muertos. Así no la pintaré en su estado febril, ni cuando convierte al hombre en un leon, como dice el incomparable San Juan Crisóstomo. Me hallo lánguido, y lo poco que de ella haya de hablar, lo haré lánguidamente. Lejos de mí por tanto la idea de sus hervores fulminantes, de su impetuosidad ciega y de los terribles males que acarrea tanto en los palacios, donde suele engendrar la guerra devastadora de pueblos y naciones, como en las casas de pobres ciudadanos, donde roba lo mas precioso, que es la paz, tanto en los matrimonios, donde se opone á los fines de la divina Providencia, como entre los niños, cuyas manos mueve para aporrearse unos á otros desatinadamente.

Lo único que yo sé es que la mujer mas hermosa cuando se aira se pone fea. Si en aquel acto se mirára al espejo, cierto que se calmara su furor para no parecer tan mal, ó apartaria los ojos del retrato que el espejo le presentaba. Y si esto hace la ira con las her-

mosas ¿qué no hará con las que no lo sean? ¿Qué no hará con las carantoñas? ¿Qué no hará con la parte del género humano que no pertenece al bello sexo? ¿Qué no hará con los de huesos largos, arrugas y formidables bigotes? ¿Y á quién le gusta estar feo? Pero esta descomposicion del rostro no es mas que un indicio y una señal del trastorno calenturiento del ánimo.

Ira y tempestad en el pensamiento son una misma cosa. ¡Ay pobre pensamiento!... Su luz se apaga: la reemplaza negra humareda de incendio. Él se convierte en un torbellino, tiene la actividad del fuego, y sin embargo está enfermo. Frenesí es el nombre de su enfermedad. En tan deplorable situacion ya se entiende que seria en vano el nombrar á la felicidad sino era para lamentar su ausencia y su derrota.

La ira sigue la misma marcha que la calentura; primero, encendido, luego posturacion. Esta proviene del reconocimiento de haberse perturbado la razon y de haberse manifestado dicha perturbacion por algun exceso en las palabras proferidas, en los movimientos y ademanes iracundos ó en las reso-

luciones tomadas durante la efervescencia: avergüenzase el hombre de haber comparecido á los ojos de otros como insensato ó al menos como ligero, como de poco peso, como imprudente, como irreflexivo; y este sentimiento humilla y aflige porque lastima el amor propio.

Hay además otra causa de humillacion y abatimiento y hasta de rabiosa desesperacion en la ira, y es su impotencia para desahogarse, para estallar conforme lo desea, para acabar con el objeto que la provoca. En sus primeros arrebatos aspira á una venganza terrible; y comunmente aspira en vano. El hombre está sujeto por mil consideraciones y por mil lazos, que felizmente le atan y le impiden precipitarse adonde le impele esa pasion feroz: romperlos seria peor y muchas veces casi imposible, aun prescindiendo de la conciencia, que siempre debe ser la directora; pero de aquí resulta la necesidad de amainar, y esto, por lo mismo que es forzoso, duele.

En todas estas batallas de la ira, en todos estos altibajos y vueltas y revueltas el pensamiento no hace mas que padecer. Es verdugo y victima al mismo tiempo; y la religion al mandarle que no se aire es la conservadora

de su apacible sosiego, de su risueña placidez y de su tranquila y dulce felicidad.

CAPÍTULO XXXI.

Observaciones sobre cierta relacion del cuerpo con el espiritu.

No parece sino que nuestra divina Religion hubiese tenido por mira principalísima el ennoblecer al hombre bajo todos conceptos: tanto es lo que atiende á conservar y enaltecer su dignidad, prohibiéndole cuanto pueda degradarla. Así le tiene como de la mano para que no caiga en un abismo de envilecimiento al mandarle que no se deje llevar del apetito desordenado de comer ó de beber, pasion que designa lacónicamente con el nombre de gula. Para indicar cuánto daña esta al espíritu ó al pensamiento, basta recordar que al que subyuga le da cierta semejanza con los brutos, pues bajo su tiránico imperio se impone silencio á la razon angustiada.

Trato ahora de la felicidad del pensamiento, y lo que por ella entiendo se habrá ya columbrado por el discurso de esta obra. ¿Y

luciones tomadas durante la efervescencia: avergüenzase el hombre de haber comparecido á los ojos de otros como insensato ó al menos como ligero, como de poco peso, como imprudente, como irreflexivo; y este sentimiento humilla y aflige porque lastima el amor propio.

Hay además otra causa de humillacion y abatimiento y hasta de rabiosa desesperacion en la ira, y es su impotencia para desahogarse, para estallar conforme lo desea, para acabar con el objeto que la provoca. En sus primeros arrebatos aspira á una venganza terrible; y comunmente aspira en vano. El hombre está sujeto por mil consideraciones y por mil lazos, que felizmente le atan y le impiden precipitarse adonde le impele esa pasion feroz: romperlos seria peor y muchas veces casi imposible, aun prescindiendo de la conciencia, que siempre debe ser la directora; pero de aquí resulta la necesidad de amainar, y esto, por lo mismo que es forzoso, duele.

En todas estas batallas de la ira, en todos estos altibajos y vueltas y revueltas el pensamiento no hace mas que padecer. Es verdugo y victima al mismo tiempo; y la religion al mandarles que no se aire es la conservadora

de su apacible sosiego, de su risueña placidez y de su tranquila y dulce felicidad.

CAPÍTULO XXXI.

Observaciones sobre cierta relacion del cuerpo con el espiritu.

No parece sino que nuestra divina Religion hubiese tenido por mira principalísima el ennoblecer al hombre bajo todos conceptos: tanto es lo que atiende á conservar y enaltecer su dignidad, prohibiéndole cuanto pueda degradarla. Así le tiene como de la mano para que no caiga en un abismo de envilecimiento al mandarles que no se deje llevar del apetito desordenado de comer ó de beber, pasion que designa lacónicamente con el nombre de gula. Para indicar cuánto daña esta al espíritu ó al pensamiento, basta recordar que al que subyuga le da cierta semejanza con los brutos, pues bajo su tiránico imperio se impone silencio á la razon angustiada.

Trato ahora de la felicidad del pensamiento, y lo que por ella entiendo se habrá ya columbrado por el discurso de esta obra. ¿Y

podrá hallarse entre la guerra, que se declara al espíritu estrechando su prision, por expresarme de esta manera, con el aglomeramiento exorbitante de manjares y de bebidas entorpecedoras? Buscadla entre esos valientes comedores, que acabada con trabajo su tarea, con los ojos calientes y las cabezas no muy seguras por los vapores de los vinos, apenas pueden llevar el peso de sus vientres henchidos desde el comedor hasta la sala, en que para sentarse necesitan anchas sillas de buen respaldo y largo tiempo para reposar ahitos y embarazados por su plenitud. Serán hombres grandes, lo quiero suponer, hombres de provecho, pero tan solo hasta que llega la hora de comer, la hora de la sepultura de su espíritu. Y un espíritu que con frecuencia se ve enterrado ó padece prolongados letargos, cierto que no estará muy dispuesto para volar en pos de unas delicias de muy distinta especie.

En todo resplandece la sabiduría de la ley de Dios, que conociendo lo que nos era nocivo, cuidó misericordiosamente de vedárnoslo. Gracias sean dadas al Autor de todo nuestro bien, al Ennobecedor y Sublimador de nues-

tra humana naturaleza por el providente esmero con que se empeña en librarla de las pasiones degradadoras, como poniendo en su derredor el excelentísimo valladar de sus divinos mandamientos. De un extremo á otro del universo debería resonar un himno de gratitud por los beneficios que nos dispensa su ley santísima. Y que los desconozcan enhorabuena los hombres superficiales; el mal es para ellos; por eso no los disfrutan. Los verdaderos sabios le han tributado en todos los siglos el homenaje debido, reconociendo que la moral del Evangelio es la mas conforme á los dictámenes de la razon ilustrada y de la sublime filosofía, la que mejor provee á las necesidades de nuestro sér, la que mejor precave sus caidas, la que mejor enseña el secreto de evitarlas, la que mejor educa para el cielo las almas inmortales. El espíritu reina en medio de la templanza: sin ella no hay que esperar que goce de la dicha del pensamiento.

CAPÍTULO XXXII.

El bien que la Religión nos dispensa legislando en lo íntimo del alma. La envidia, que lleva consigo tormentos perennes, atosiga el pensamiento.

La legislación moral de los sabios paganos, además de ser desautorizada y estar ignorada por una inmensa mayoría del pueblo, era en extremo incompleta: no alcanzaba al interior del hombre, donde tienen su raíz las pasiones depravadas. Si algo de mas profundo y extenso se halla en los escritos de Séneca, Plutarco, Epitecto y otros filósofos que vivieron en los tres primeros siglos de la Iglesia, está probado que lo aprendieron en nuestros libros santos, que por entonces junto con las virtudes cristianas habian ya invadido el mundo. ¡Triste suerte la de los que no participan de la provechosa y suave coercion de la ley de gracia, que como emanada del adorable Autor de nuestra naturaleza, llega hasta lo mas íntimo, ejerciendo en lo externo é interno su

bienhechor influjo! El Evangelio es un reinado de amor, y como el amor vive principalmente en el alma, allí obra con mayor eficacia. No se contenta con que gocemos de una paz exterior, con que hagamos un comercio de cortesías ó nos mostremos una amistad de palabras y aun de obras; quiere que nuestra benevolencia radique en el oculto corazon, en el oculto pensamiento. Por eso destierra de ellos la envidia. Pero al paso que se muestra tan bienhechora, defendiéndonos de invisibles enemigos en un terreno en que no podria penetrar nuestra perspicacia; dentro de nuestro mismo corazon, dentro de nuestro mismo pensamiento establece la paz y la alegría, alejando de él ese monstruo perturbador, que trae consigo tristeza por el bien ajeno é infernal regocijo por los contratiempos de nuestros semejantes y hermanos desventurados.

Si la envidia es entristecimiento por la honra ó la dicha de otro, salta á los ojos que es aflictiva, que es dañosa, aun prescindiendo de su horrenda inmoralidad. Por manera que tener envidia y padecer atrocemente es todo uno. Nunca se acabarán los suplicios del envidioso, porque nunca faltarán para él causas

de iracunda y roedora melancolía, pues habrá siempre alteza de puesto en otros, encubramiento de honores, resplandor de opulencia, sonoridad de fama, ó gloria de hazañas, ó reputación de sabiduría, ó virtud esclarecida. Si estas cosas son para él motivo de sentimiento ¿cuándo dejará de sentir? ¡Ay del que se entrega á esa pasión villana! Su pensamiento es noche y su vida hiel. Inmenso por tanto el beneficio, que el Señor nos hace estableciendo el imperio de la caridad hasta en lo mas recóndito del alma, donde manda que ni por un instante se dé entrada á la envidia ofuscadora de la razón, apocadora de toda virtud ajena, destruidora de la paz, robadora de la estimación, quebrantadora en cuanto está de su parte de los designios de la Providencia, que sábiamente distribuye sus bienes y sus dones, y tan fiera y tan contraria á la dicha de la mente que hasta á los niños seca y aniquila y aun á veces les ocasiona la muerte.

CAPÍTULO XXXIII.

Trátase de un oculto enemigo de la felicidad del pensamiento, desenmascarándolo y sacando á plaza sus perfidias.

¿Y de la pereza, que propende á no hacer nada, también se habrá de discurrir tratando de las pasiones? ¿Merecerá nombrarse la inacción en medio de las tempestades del alma? ¿Qué puede hacer de malo la que solo aspira á no hacer nada? Pero aquí pudiera preguntarse si el hombre ha nacido para la ociosidad, si el omnipotente Ordenador de todas las cosas le ha dado su sér sublime para estar recostado sobre una blanda silla, ó para tumbarse en un sofá, ó para contemplar las paredes ó los muebles de su habitación con los brazos cruzados, ó para dormir sin cuenta alguna. Se falta pues con la pereza al orden establecido por la divina Providencia, y jamás se falta impunemente á este orden admirable, sea cual fuere el modo de desobedecer sus armoniosas prescripciones. De aquí proviene que

no satisface el apetecido y excesivo descanso siempre que raya en vicio; antes bien produce el efecto contrario, aburre, causa un fastidio indefinible y molestísimo, y da abrumadora melancolía.

Tales son los mas visibles frutos de la pereza: cualquiera ve que con ellos no puede asociarse la felicidad del pensamiento. Esto lo enseña la experiencia. Pero hay mas: cuantos han hecho estudios profundos acerca de las enfermedades morales del corazón (y en esta materia nadie llega á la extensión y penetración que en conocerlas han mostrado los Santos Padres y otros insignes escritores de la Iglesia católica) llaman á la ociosidad madre de todos los vicios. Yo la apellidaria campo de batalla de las pasiones. Para mejor descubrir esta verdad, basta considerar que la pereza ejerce su dominio particularmente sobre el cuerpo, sin poder impedir que el alma siga en la activa é incesante elaboración de pensamientos y afectos; postra al cuerpo para que las pasiones se echen sobre él como los asesinos con sus puñales sobre su víctima caída. En tal estado de postración diríase que no hay resistencia; el cuerpo yace; el alma

solo da señales de vida para sentir y para dejarse despedazar por sus domésticos verdugos.

Huid de la ociosidad, y no os quedará tiempo para oír las demandas, los consejos, los suspiros y todas las demás alharacas de las pasiones. ¿No es verdad que cuando mas escuchais sus ayes y sus bramidos es cuando estais desvelados con la caliente cabeza sobre la almohada y los flojos miembros lánguidamente desparramados sobre el lecho? ¿No es esa la hora de las ardientes cavilaciones, de los fogosos proyectos y de los deseos atormentadores?

La pereza es un enemigo disfrazado con traje de amigo: hace con nosotros lo que Dalila con Sansón. Nos adormece, nos entontece para entregarnos pérfidamente á otros filisteos mas crueles. Así se procura propinar el veneno disimuladamente á quien se pretende dar muerte: se toma sin percibirlo, y luego se abrasan las entrañas con horribles ardores. Así el que se abandona en valía de la pereza no siente que se echa á pechos el tósigo escondido, y despues que se halla embriagado en postración inerte, advierte que mientras su

carne es un plomo pesado, su espíritu se agita convulsivamente en combates mortíferos. ¡Ay! En medio de ese espectáculo tan degradante como afflictivo nadie se atreva á imaginar sosiego y menos felicidad en el pensamiento.

CAPÍTULO XXXIV.

Deducción de una enseñanza del Evangelio.

De los deseos. Remedio contra los malos deseos que se oponen á la felicidad del pensamiento.

Creo haber demostrado que las pasiones conspiran contra la dicha de la mente, que está cifrada en la paz y en el buen orden de su república, y que la religion gobernándola le hace un inmenso beneficio en declarar la guerra á esos monstruos, pues por este medio se consigue su pacificación y bonancible ventura. El mayor mal son las pasiones, y por lo mismo no transige con ellas; la guerra que les hace es á muerte. Pero el divino Maestro que de los cielos trajo el remedio de todas

nuestras enfermedades morales es un médico universal, que no solo cura las graves sino tambien las pequeñas, que no solamente triunfa de ellas en el campo de batalla, por decirlo así, destruyéndolas con sus órdenes y su poderosa gracia, sino que nos suministra medios admirables para impedir hasta el que nazcan tales enemigos. Á esta clase pertenece aquel maravilloso consejo de que se niegue á sí mismo el que quiera ir en pos de él.

Esta abnegacion sublime, que corta de raiz todos los árboles de las inícuas pasiones antes de que puedan producir sus perniciosos frutos, tiene por objeto principal el aniquilamiento y exterminio de los malos deseos. En este sentido el consejo pasa á ser mandamiento, que comprende á todos los cristianos, pues todos ellos quiere el adorable Salvador que sean perfectos como su Padre celestial. Entendiendo pues la abnegacion solo con respecto á los deseos, se generalizan sus aplicaciones prácticas, ó en otros términos, no hay quien no pueda abrazarla, aunque no sea llamado al claustro, en donde triunfan por entero los demás consejos evangélicos. Por manera que la abnegacion extensiva á cuantos profesan la religion cris-

tiana viene á ser en cierto modo sinónimo de perfecta conformidad con la voluntad divina, de esa conformidad que exige el amor de Dios y que se halla contenida en el primero de los preceptos del decálogo. Quien ama verdaderamente no quiere mas que lo que el Amado quiere, no desea mas que lo que el Amado desea, y anhela no tener mas voluntad que la del Amado. Este es un efecto propio del verdadero amor, que nace de él suavemente y viene á parar en una identificacion de santos deseos. Estos excluyen los malos, y no solo los excluyen, sino que los ahogan en su cuna. Así mueren en los malos deseos los gérmenes de todas las pasiones.

Aunque malos deseos habituales y pasiones son una misma cosa, habiendo afirmado que la abnegacion les da la muerte al nacer, establezco una distincion implicita entre los que claramente son deseos malos y los que pueden venir á serlo por una progresion sucesiva. Á estos últimos degüella en su infancia la abnegacion; y por eso es el remedio mas eficaz y universal contra todas las pasiones. Y cabalmente de aquí deduzco que al recomendar Jesucristo la abnegacion á quien quisiera seguir-

le, en cuanto á los deseos quiso que su palabra se entendiera con todas las almas cristianas, porque su bondad infinita no habia de dar el remedio eficazísimo y universal tan solo á las llamadas al estado religioso. La abnegacion en cuanto á los deseos puede por consiguiente ser patrimonio de los cristianos de todas las edades, sexos y condiciones.

¿Y qué importa esta doctrina para la felicidad del pensamiento? El buen lógico desde luego confesará que tiene con ella una conexion íntima. Si las pasiones como esencialmente perturbadoras se oponen á ella, lo que las destruye la favorecerá, la fomentará, la vivificará, la engrandecerá sobremanera. Y siendo esta abnegacion hija del amor, la hará dulce el amor, que todo lo suaviza. Lo enseñó el mismo Redentor al decir que es blando su yugo y suave su carga. *Jugum meum suave est et onus meum leve. Matth. 11.*

Aunque por desgracia hubiese nacido fuera del seno de la bienhechora Religion católica, me parece que en el caso de haber tenido conocimiento de los provechosos resultados de la abnegacion, hubiérala recomendado del mismo modo para conseguir la dicha del pensa-

miento, pues la utilidad de la represion de las pasiones la reconocieron y encomiaron aun los antiguos filósofos del paganismo. Sin aprobar las extravagancias de Diógenes, que hizo cosas que denotaban desprendimiento, me figuro por su conducta que columbró algo de las ventajas de la abnegacion.

Principalísima propiedad de la abnegacion cristiana es el cerrar la puerta á los malos deseos, sin oponerse á los buenos, que son mas pacíficos y agradables, como que participan de la naturaleza de la virtud. Aquellos en un principio suelen venir con buena cara; prometen no atormentar convirtiéndose en passion; piden hospedaje solo para un dia, ó para una hora, ó por un solo instante: son como los ladrones de las ciudades, que se presentan cortesmente con algun pretexto para que se les abra, y luego que lo han conseguido, descubren el puñal y lo blanden con furia. Negando la entrada á todos los que no sean conocidamente buenos, se evita el engaño. Su conformidad con la ley de Dios es el distintivo de los buenos deseos. Los malos, además de esta falta de conformidad, tienen por lo regular otra señal que al mismo tiempo denota

cuán contrarios son á la felicidad del pensamiento: por lo comun son inasequibles, ó por lo menos ofrece su consecucion gravisimas dificultades. Hay mas: estas mismas dificultades son las que en gran parte hacen que las pasiones estén llenas de espinas y de suplicios.

Quien convencerse quiera de que son por lo regular inasequibles los deseos que prohíbe la religion, pase revista á los vedados, y se cerciorará. Así, por ejemplo, quien desea la mujer de su prójimo ¿la logrará? Quien codicia, v. gr., los bienes del Duque de Medinaceli ¿los logrará? Quien anhela los grados y condecoraciones militares de Espartero ó Narvaez ¿los logrará? Amargura es desear una cosa que no se consigue, ó cuya consecucion es muy difícil. Ahora bien, mirando por la dicha de la mente, dice la abnegacion cristiana: «Nada ajeno; nada que Dios no envíe; nada que Dios no quiera; la voluntad de Dios es mi riqueza; su voluntad es la mia; la hago mia; no quiero otra: el blanco de mi anhelo, Dios me lo ha señalado, es el de cumplir en todo su divina voluntad, es el de no aspirar mas que á perfeccionarme en la virtud.» Hé aquí paz y dulzura para la mente.

CAPÍTULO XXXV.

*Del pensar demasiado en nosotros mismos
y en las pequeñeces que nos rodean.*

Además de los pensamientos inmorales, que como queda demostrado, son todos contrarios al bienestar de la mente, también hay otros que no lastiman la conciencia y se oponen á la felicidad del pensamiento. ¿Y quién no los ha experimentado? ¿Quién no está harto de ellos? ¿Quién alguna vez no ha deseado verse libre de sus cadenas? ¿Hay mes, hay semana, hay día, en que no nos acibare algún sorbo de su amargura? ¿Quién no recibe con gusto una distracción cualquiera para descansar de ellos y de sus molestias importunas? Son tanto más terribles cuanto que su dominio es más natural. Se requiere un exquisito cuidado para no dejarse avasallar por su familiar tiranía. Invaden al grande y al pequeño, al mendigo y al potentado, al general en jefe del ejército y hasta al último rancho. Los tiene bajo su hermosa cabellera la jóven que espera novio y la vieja bajo sus canas antiguas.

Á quien menos atormentan esa clase de pensamientos es á los niños, y por eso se les envidia. Ya habreis adivinado que voy hablando del pensar en nosotros mismos, en nuestras miserias, en nuestras pequeñeces, en nuestras relaciones, en nuestros contratiempos, en nuestras pretensiones, en nuestras esperanzas mundanas, en nuestros desaires, en nuestros méritos mal recompensados ó desconocidos, en nuestros compromisos, en nuestros apuros, en nuestros gastos, en nuestras pérdidas, en nuestros proyectos frustrados, en nuestros temores, en nuestras enfermedades, en nuestras aprensiones, en nuestros cuidados de todo género y especie, en una palabra, en nuestra vida pasada, presente y futura. Sí; el pensar demasiado en nosotros mismos terrenamente es nuestro más común y más continuo suplicio.

Seria una temeridad pretender que no atendiésemos debidamente á nuestros negocios; pero de esto á lo que por lo general sucede en la mayor parte de los hombres, hay notable diferencia. Se puede y se debe pensar en nuestros intereses y en lo que nos incumbe hacer para su buena dirección, y aun es conveniente

entrar en un rápido análisis de todo lo que nos rodea y en un exámen mas detenido de nuestras flaquezas morales con el objeto de arrepentirnos de ellas y de enmendarnos: cosas son estas muy conformes á razon y aconsejadas por la prudencia y hasta por la misma religion. Todo esto hecho con mesura es el arreglo del hombre. No es pues eso lo que se ha de reprobar tratando de la felicidad del pensamiento: no le perjudica una prudente consideracion de tales cosas.

Lo incómodo, lo fastidioso, lo ingrato, lo amargo, lo cruel, lo insufrible es esa pesadez de unos mismos pensamientos mezquinos, que se vuelven y se revuelven en el miserable círculo de nosotros mismos y de nuestras pequeñeces contempladas mil veces con todos sus adherentes, como el suplicio en que ha de morir por el reo que está en capilla. ¿Á qué tanto ir y venir sobre puntos de poquísima importancia? Dársela á lo que realmente no la tiene es el gran disparate de la mayor parte de los nacidos. Ellos lo pagan, ó mejor dicho, lo pagamos. El castigo es inseparable de este nuestro insigne disparate, porque perdemos la felicidad del pensamiento.

CAPÍTULO XXXVI.

Aunque el sistema que se propone en esta obra no sea capaz de dar una felicidad absoluta, bien observado hará la posible dicha del hombre, disminuyendo los pesares del alma. Los males fisicos son menos durables y menos comunes que los del corazon.

Suponiendo que por los medios que van indicados se haya conseguido en lo posible la felicidad del pensamiento ¿se habrá logrado la felicidad absoluta? Claro es que no, pues aunque la mente goce de apacible serenidad y esté como embebecida en sus delicias sublimes, aun sentiremos el frio y el calor, y nos harán impresion los dolores reumáticos, los nerviosos, los golpes casuales, los desaires de la fortuna y las muertes de amigos y parientes; no hay arbitrio alguno para arrancar todas sus espinas á esta morada de infortunio, en que por todas partes brota espontáneamen-

te la mala yerba de los acerbos disgustos. Sin embargo, no será poca dicha el disminuir los insectos mas venenosos, que son nuestros interiores tormentos; no será poca dicha haber logrado toda aquella felicidad que depende del hombre, y que el mismo Dios desea que alcancemos, puesto que en su bienhechora Religion y en sus admirables consejos nos da los medios de conseguirla invitándonos á usar de ellos.

Y bien pudiera decirse que establecido el venturoso gobierno de la mente en pro de su felicidad, ya son mucho menores los males que le hayan de sobrevenir. En efecto, en el género humano considerado en masa y en el mayor tiempo de la vida, el tener salud es mas comun que el no tenerla: en comparacion del mayor número son pocas las personas habitualmente enfermas. De aquí nace que la mas considerable porcion de los males que se padecen se halle en el alma, la cual se los fabrica por medio de sus rabiosos ó melancólicos pensamientos. Luego si se logra haber hecho desaparecer esta plaga, se habrá triunfado del mas temible de los ejércitos enemigos.

Para mayor aclaracion de este punto recuérdese que los dolores físicos, cuando son vehementes, por lo regular duran poco: aun las terribles flagelaciones voluntarias ó involuntarias, que se usaban particularmente en la edad media segun nos lo acredita la historia de aquellos tiempos, cuando mas producirian un caliente dolor de veinticuatro horas; mientras que la meditacion de una injuria, que es una de la mas amargas tribulaciones, aunque con alguna interrupcion, suele atormentar por muy largo tiempo el ánimo vulnerado, formando en la region del pensamiento una noche tan oscura como tempestuosa. No obstante, aquella injuria vino de fuera acaso en un solo momento, y la mente la recibe para alimentarla dentro de sí como una nodriza pagada á la recién nacida criatura, que se le confia para que le conserve la vida y la sustente á costa de su propia sustancia convertida en leche vivificante.

CAPÍTULO XXXVII.

Por qué motivo se hace mencion del sistema de las verdades absolutas. Se indican algunas de sus ventajas.

Prosiguiendo en la agradable tarea de proponer cuanto juzgo oportuno para el embeleso y plácido descanso de la mente, no debo pasar en silencio mi sistema de las verdades absolutas, con el que estoy tan bien hallado y al cual es en mí una obligacion el mostrarme agradecido por los grandes y continuos bienes que me proporciona su observancia. Hace años que nació en mí sin pretension alguna de conquistar ningun otro corazon, como un esposo, que encierra todo su amor en solo su fiel esposa. Es natural al hombre la propension de querer dilatar el imperio de lo que se conceptúa bueno y en especial de lo que se ha creado; pero como no me hallo del todo destituido del conocimiento de lo que somos los hijos de Adan, y por otra parte no se me ocultan las dificultades é inconvenientes prác-

ticos de mi cómodo sistema de las verdades absolutas, jamás me he empeñado ni me empeñaré en persuadir á nadie su adopcion. Ahora hablo de él solo porque lo encuentro al paso en el camino que llevo; no darle una mirada seria ingratitud.

¿Y en qué consiste ese sistema intelectual, desconocido hijo de mis desengaños? Está cifrado en adherirse únicamente á las verdades *absolutas*, denominacion que doy á las que no pueden sufrir una oposicion razonable, saliendo altamente victoriosas de cualquiera insensata contradicción, y dejando al entendimiento del todo tranquilo y seguro, y en no admitir aquellas opiniones ó creencias, á las cuales se hace por parte de sus contrarios una razonable oposicion, permaneciendo en completa neutralidad con respecto á ellas. Así por ejemplo tengo por verdades absolutas todas las que enseña nuestra santa y sábia Madre la Iglesia católica, apostólica, romana, y me adhiero á ellas y á otras varias del orden científico, ó literario ó moral con una firmísima plenitud de adhesion, mientras permanezco impassible é indiferente en tratándose de cosas ó ideas que tienen su pro y su contra *atendible*; así por

ejemplo si en mi presencia se disputa sobre el sistema planetario de Tolomeo ó Copérnico, aunque el de este último parezca mas probable, no sacaré la espada por defenderlo; y haria lo mismo si se tratára de la utilidad del establecimiento de los mayorazgos, que tienen su pro y su contra, no concretando la cuestion á estas ó las otras circunstancias, sino considerándola en general.

Ya se habrá echado de ver que en cierto modo la bondad absoluta de una cosa la hago sinónimo de verdad absoluta; por tal correlacion todo lo que no llega á tener una bondad absoluta no merece colocarse en la sublime categoria de las verdades absolutas, y por lo mismo no entra á reinar en mi entendimiento, sin que por eso desconozca las ventajas de lo bueno ó de lo mejor y deje de tributarles una especie de homenaje que no se eleva al grado de adhesion, la cual reservo para solo las verdades absolutas, que sin embargo son muchas. Mi indiferencia solamente tiene por objeto lo que es cuestionable, que es lo que está expuesto á una contradiccion capaz de hacer alguna mella en el entendimiento. Yo quiero que las verdades, á

cuyo imperio me sujeto, sean unas reinas del todo puras, del todo hermosas, del todo invulnerables.

¡Qué dicha seria tener en la propia casa una madre, una esposa, unas hermanas, unas hijas, del todo puras, del todo hermosas, del todo invulnerables! Pues hé aquí que las verdades absolutas son para el entendimiento unas hermanas, unas madres, unas esposas purísimas, hermosísimas é invulnerables. La mente mia no quiere tener mas familia ni otro consorcio que el de estas bellísimas hijas del cielo inmaculadas y eternas. Las acompaña á todas horas la mas dulce paz. Reina la paz donde no se toma parte en las contiendas del mundo, donde no se ama, donde no se defiende idea alguna que pueda ser vulnerada por otra razon contraria. Esto produce con respecto á una muchedumbre de cuestiones interminablemente agitadas entre los hombres una tolerancia pacífica, que no se altera por las descompasadas voces de los que en su presencia disputen sobre esas ideas, sobre esos sistemas, sobre esas proposiciones, que si bien envuelven algo de verdad, aun presentan un flanco por donde penetren los dardos del ene-

migo, ó que solo ostentan una bondad contingente. ¿Y qué impresion harán los tristes pronósticos sobre futuros contingentes en el pensamiento, que acatando solo á las verdades absolutas, ha dado un gran paso hácia su posible felicidad?

CAPÍTULO XXXVIII.

Explanacion del sistema de las verdades absolutas.

He dicho que el sistema de las verdades absolutas ofrece algunas dificultades. Las ofrecerá en efecto para los que sin estudiar á fondo sus ventajas, solo se paren á investigar lo que á primera vista parezca tropiezo en su ejecucion. Se dirá que no es posible conservar esa neutral indiferencia cuando hay que resolver ú obrar sin verdades absolutas, es decir, cuando hay que decidirse por algun extremo, cuya bondad no es completa; mas el camino se allana fácilmente estableciendo la excepcion en estos casos. Conservaré pues mi teoría de las verdades absolutas adhiriéndome únicamente á ellas, y cuando me vea

en la precision de optar por uno ú otro partido, escogeré lo mejor, como lo hace toda persona prudente: mantendré mi indiferencia siempre que pueda hacerlo sin algun detrimento y con reconocida utilidad. Daré á mi sistema toda aquella flexibilidad, que requiere el cumplimiento de las propias obligaciones y el incontrastable curso de las necesidades de la vida. Pero hay infinitas cuestiones, que no me toca resolver; corren por el mundo variadísimas opiniones, á las que nadie me ha impuesto el deber de combatir, y como no son para mí verdades absolutas, porque no tienen una bondad perfecta, ó por algun lado son vulnerables, ó milita contra ellas alguna razon plausible; no empeñaré mi corazon ni mi entendimiento á que las ame ni á que las aborrezca; y así oiré hablar mal de ellas sin lastimarme, como me sucederia si les hubiese consagrado mi amor; y podré escuchar sus encomios sin enfadarme, como me acaecería si las odiase. Tratándose de muchas cosas de este volátil mundo, quien menos las detesta y quien menos las aprecia vive con menos espinas. Por eso los que solo piensan en servir á Dios y merecer la gloria eterna son

mas felices aun en medio de los abrojos de este valle de lágrimas.

Ningun sistema, que no tenga su parte de flexibilidad, dejará de estrellarse en el escollo de su rigidez; y así para mi uso particular nunca he querido poner tirante el arco de mis verdades absolutas, distinguiendo entre la teoría permanente, que ocupa el mas encumbrado puesto en mi reino intelectual, y la necesaria conveniencia de tomar una resolucion cualquiera cuando las circunstancias la exigen, aunque se obre fuera del querido y sublime círculo de las verdades absolutas.

¿Y cómo se conocerá cuáles son estas verdades absolutas ó cuándo habrán llegado á merecer tan honorífica calificación? No es fácil determinarlo en general: se requiere un estudio profundo, imparcialísimo y constante, una severa lógica, una gran firmeza de principios, una independiente elevacion de miras, un generoso desprendimiento hasta de las propias inclinaciones. La verdad es un tesoro que no se halla tirado por las calles. ¿Quién se vanagloriará de haberlo adquirido sin trabajo alguno? Tampoco creo que la juventud sea la edad mas propia para formar el noble é

invencible regimiento de las verdades absolutas: preciso es que el hombre haya llegado á su madurez y haya visto mucho y estudiado mucho para escoger lo que no admite contradiccion razonable, para cerciorarse de que en estos y en aquellos puntos ya no es posible sacar mas luz. Además, nadie pretenda reunir de una vez la magnífica falange de las verdades absolutas: á veces transcurre largo tiempo sin haberse uno fijado en una verdad, vacilando entre opiniones contrarias, y pasan años sin que resplandezca á los ojos del entendimiento con los caracteres de verdad absoluta: así me sucedió con la existeneia de las ideas innatas hasta que estudiando á uno de sus impugnadores, por la debilidad de sus argumentos me convencí de que debia colocar entre las verdades absolutas la existencia de las ideas innatas, que con tan poderosas razones han defendido últimamente Bonald y el Conde de Maistre.

Para abreviar algo la eleccion de las verdades, que han de tenerse en la elevada categoría de las absolutas, sirve en gran manera el inexpugnable principio de contradiccion. En muchas cuestiones convendrá leer

cuanto se ha escrito en pro y en contra para ver qué rango se ha de señalar á lo que es objeto de la investigacion, si el de las verdades absolutas ó el de lo que no merece mas que una tranquila indiferencia. Hay empero cosas, cuya verdad se halla tan bien fundada, que por el principio de contradiccion se debe tener por falso cuanto se haya dicho ó escrito en contra de ella, ahorrándose el trabajo de proseguir las investigaciones ó de estudiar lo que de antemano se sabe que ha de ser infundado. Así por ejemplo, el que por los textos terminantes del Evangelio, por la constante tradicion, por las decisiones de los Concilios, por la autoridad de los Santos Padres y por la creencia universal de la Iglesia, está firmemente persuadido de la supremacía é infalibilidad del Sumo Pontífice, debería por el principio de contradiccion estar seguro de que carece de fundamento cuanto se alegue en contra. En materia de religion el principio de contradiccion es un escudo admirable para defender muchas verdades absolutas, de las cuales estamos ciertos por haberlas revelado el Señor, ó porque nos las enseña la infalible Iglesia. Acaso por nuestra

ignorancia no sepamos contestar á algunos de los sofismas con que pretenden combatirlas los ilusos ó mal intencionados impíos; pero ¿qué importa si el principio de contradiccion nos da la mayor seguridad lógica de que es impostura, calumnia, ó por lo menos sofisma cuanto se propale contra ellas?

En lo que no toca á la misma fé, en lo que no está comprendido en la dogmática infalibilidad de la enseñanza de la Iglesia, en puntos meramente científicos ó literarios cabe engañarse teniendo por verdad absoluta lo que acaso no es acreedor á esta honra; y una tenaz obstinacion en no reformar la idea concebida, si se descubre que es digna de que se le despoje de la usurpada investidura, sería perjudicial al sistema y al legítimo progreso de la mente y por lo mismo á la felicidad del pensamiento, en pro de cuyo apacible bienestar llevo emitidas las indicaciones de estos dos capítulos. Sin la experiencia de lo que proponen estoy casi seguro de que la mayor parte de los lectores desconocerá su importancia; y si hubiere quien como á planta exótica los considerase cual dignos de risa, sepa que yo sentiria el arrancar una sola

lágrima, pero que el provocar una graciosa sonrisa, lejos de enfadarme, me halaga, aunque sea con algun pequeño menoscabo de mi pobre honrilla.

CAPÍTULO XXXIX.

Discurrese acerca de lo vanas que son las teorías sin la práctica para demostrar que sin ella será inútil la ciencia de la felicidad del pensamiento.

La práctica es la piedra de toque de la bondad y utilidades de los sistemas; por eso juzgo que para muchos lectores sean vanas las ideas que hasta ahora he venido desenvolviendo sobre los medios conducentes para alcanzar la posible ventura de la mente. Si yo mismo no la consigo muchas veces dejándome arrebatar por la melancolía, por el tedio ó por cualquier otro de sus enemigos, porque no recurro á poner en práctica lo que ahora propongo ¿cómo habré de esperar que siempre surtan el provechoso efecto que debieran estas indicaciones? ¿Habrà alguno que aunque adop-

te su teoría, las haga patrimonio suyo por experiencia propia? Sea lo que fuere de esto, lo indudable es que sin la práctica se desploma todo el edificio de la felicidad del pensamiento. No sería difícil hallar quien como yo disertára sobre la materia, y sin embargo cayera con frecuencia en el lóbrego desmayo de la mente ó la dejára sumergirse en las amargas oleadas del tempestuoso mar de sus pesares.

Así hay escritores y poetas que producen bellezas literarias para otros, y no son para proporcionárselas á sí mismos cuando están solos, tristes y aburridos; por eso se quejaba Genoude de que son tan cortos los buenos ratos de la producción literaria. ¡Qué contraste! Está deleitándose el lector con una página muy sublime, y al mismo tiempo el autor de ella yace tibio, insípido, frío y acaso sumergido en una melancolía prosaica y en un rastrero y villano abatimiento. Este mismo ángel caído será capaz de volar en un momento hasta las regiones de la luz y de vivificar con su fuego algun astro apagado; pero lo que importa no es el poderlo hacer, sino el hacerlo.

lágrima, pero que el provocar una graciosa sonrisa, lejos de enfadarme, me halaga, aunque sea con algun pequeño menoscabo de mi pobre honrilla.

CAPÍTULO XXXIX.

Discurrese acerca de lo vanas que son las teorías sin la práctica para demostrar que sin ella será inútil la ciencia de la felicidad del pensamiento.

La práctica es la piedra de toque de la bondad y utilidades de los sistemas; por eso juzgo que para muchos lectores sean vanas las ideas que hasta ahora he venido desenvolviendo sobre los medios conducentes para alcanzar la posible ventura de la mente. Si yo mismo no la consigo muchas veces dejándome arrebatado por la melancolía, por el tedio ó por cualquier otro de sus enemigos, porque no recurro á poner en práctica lo que ahora propongo ¿cómo habré de esperar que siempre surtan el provechoso efecto que debieran estas indicaciones? ¿Habrà alguno que aunque adop-

te su teoría, las haga patrimonio suyo por experiencia propia? Sea lo que fuere de esto, lo indudable es que sin la práctica se desploma todo el edificio de la felicidad del pensamiento. No sería difícil hallar quien como yo disertara sobre la materia, y sin embargo cayera con frecuencia en el lóbrego desmayo de la mente ó la dejara sumergirse en las amargas oleadas del tempestuoso mar de sus pesares.

Así hay escritores y poetas que producen bellezas literarias para otros, y no son para proporcionárselas á sí mismos cuando están solos, tristes y aburridos; por eso se quejaba Genoude de que son tan cortos los buenos ratos de la producción literaria. ¡Qué contraste! Está deleitándose el lector con una página muy sublime, y al mismo tiempo el autor de ella yace tibio, insípido, frío y acaso sumergido en una melancolía prosaica y en un rastrero y villano abatimiento. Este mismo ángel caído será capaz de volar en un momento hasta las regiones de la luz y de vivificar con su fuego algun astro apagado; pero lo que importa no es el poderlo hacer, sino el hacerlo.

Acontece lo propio con respecto á este mismo punto de las bellezas y felicidad del pensamiento. Un ejemplo aclarará mi idea. Cuando en una familia se introduce la muerte á llevarse el sostén de ella ó el blanco de los amores, noche y dolor entran en el pensamiento, convirtiéndolo en sepulcral lobreguez y pesadumbre. Para tal caso el remedio es levantar ese postrado pensamiento á la elevada esfera de la religion, que está inundada en luces de consuelo. El espíritu doliente sabe donde se halla ese inefable remedio, y no lo toma; á mayor abundamiento se lo dicen y se lo repiten cuantos van entrando en la sala del duelo: «Ya sabe V. que para estos casos se ha de buscar el consuelo en la religion.» Estas ó semejantes palabras oye de muchos labios la persona dolorida, y si en su afligido corazón no reina la paciencia, hasta llega á fastidiarse de tanto oírlo, mientras casi nadie le suministra los decantados consuelos de la religion. Sí; la religion los tiene muy grandes, eficaces y verdaderos, que son otras tantas bellezas celestiales, que el pensamiento debe buscar cuando la tribulacion le ahoga en un piélago de amargura. Pero la

religion y sus consuelos son como las medicinas de la botica, que á quien no las toma no aprovechan. El que se está muriendo de debilidad ¿se confortará con saber que hay tónicos si no se vale de alguno de ellos? Hé aquí el estado en que con frecuencia se hallan nuestros amigos y conocidos y en que nosotros mismos nos hallamos: religion y mas religion, y no nos valemos de la religion. Es preciso acudir á sus fuentes divinas despacio y de propósito; para tales horas se ha de hablar con Dios, se ha de coger un buen libro que llene el alma de verdades sublimes, que nos saque en espíritu de este mundo de miserias y dolores y que nos transporte á otro mas puro, mas anchuroso, mas duradero y exento de angustiosos desengaños.

Una ciencia no se aprende en un día, no se aprende repentinamente; y la religion es una ciencia teórica al mismo tiempo que práctica de amor, de esperanza, de luz; y está dicho que sus consuelos no los sabrá gustar quien por lo menos no esté algo iniciado en ella. El pensamiento no se fija en lo que nunca ha visto, la memoria no recuerda lo que no ha aprendido bien. Es necesario

saber un oficio para ejercitarse en él; y así mismo es preciso saber contemplar las bellezas de la religion, saber gustarlas y saborearse con ellas y hacer que el pensamiento se embeba en sus dulzuras y que posea sus grandezas sobrenaturales y que sea dueño de sus tesoros escondidos al profano vulgo de los que solo la conocen superficialmente. Sin estos requisitos previos, sin esta práctica usual la religion no derramará sus consuelos sobre quien no los busca y hasta ignora los caminos por donde ha de ir á buscarlos. Y ved aquí en este ejemplo una demostracion mas de que sin la práctica son vanos la mayor parte de los conocimientos especulativos, y sin ella será muy vana la ciencia de la felicidad del pensamiento.

CAPÍTULO XL.

Calamidad contraria á la dicha de la mente en algunas personas virtuosas: observaciones sobre los escrupulos.

Existe en la mente de varias personas virtuosas una calamidad, que prueba con su misma existencia y con sus tormentos que muy en especial para la felicidad del pensamiento son vanas las teorías cuando se echa en olvido la práctica; son como un centinela dormido; son como el tesoro de un avaro que está hambriento ó sin satisfacer sus necesidades urgentes por no abrir sus inútiles arcas. Así son los conocimientos, que en materia de moral no puedo menos de suponer en las almas escrupulosas. Serán muy raras las que no hayan oído la muy comun é importantísima distincion entre el sentimiento y el consentimiento; muy pocas las que no sepan las condiciones que se requieren para que haya pecado. ¿Ignorarán positivamente que para incurrir en culpa grave ha de haber voluntad

que consiente, libertad para obrar, y advertencia de la malicia de lo que se hace? Pues no obstante el expresado conocimiento, los escrupulosos proceden siempre como ignorantes, porque á fin de angustiarse no lo reducen á la práctica. Y en efecto, hay en esto una ignorancia práctica; no falta luz en la direccion espiritual de los buenos confesores; copiosísima es la que se derrama en la teología moral, patrimonio exclusivo de la Iglesia católica, y sus reglas mas generales descienden hasta á los mas humildes catecismos; y no obstante, algunos, que por su instruccion se hallan en estado de enseñarlas, llevan en su cabeza mas escrupulos punzantes que espinas la rosa.

Aunque los escrupulos como enfermedad de la mente atañen á mi asunto, pues se oponen de un modo muy directo á su reposo y dicha; acaso no haria mencion de ellos, si no hubiera observado la particularidad de que no solo viven en el pensamiento, sino que el principal blanco de su persecucion y la víctima que con mas constante fiereza devoran estos venenosos insectos son los pensamientos; por lo cual, no como moralista, sino como quien

ha estudiado la índole y naturaleza del pensamiento con multiplicadas observaciones, haré alguna que otra indicacion, que si carece de novedad para los que por su sagrado ministerio ó por sus estudios estén versados en semejantes materias, es propia de este lugar porque contribuye á completar el cuadro que vengo delineando. Paréceme pues que las mas veces está en el pensamiento el origen de los escrupulos, como que es mas fácil el discernir lo que se ha hecho ó no se ha hecho, y casi está en el mismo caso lo que se habla; por cuya razon no hay tantas dudas sobre obras y palabras, y porque los escrupulos no suelen atormentar á los de conciencia poco ajustada sino á los que siguen la senda de la virtud, la cual no puede inspirarlos; luego es preciso buscar dentro del hombre mismo la causa de ellos ó su principal objeto; y sin mucho trabajo se la hallará en las tentaciones internas ó de pensamiento. Convienen todos en que para el consentimiento es necesario el acto reflejo, ó sea la advertencia de que se está pensando en cosa prohibida. ¿Y será todo uno el presentarse un pensamiento y el divisar su aspecto moral? Muy pocas veces. Su-

cede tambien el pensar sin advertir en la naturaleza del pensamiento hasta por espacio de ocho, de diez ó doce minutos, que es un *estado de distraccion*, en que no tiene parte la voluntad y del cual se sale con una especie de sorpresa. Juzgo que este fenómeno no sea comun. Otras veces acontece que no se advierte la malicia de los pensamientos depravados sino despues que han desaparecido; y esta advertencia póstuma con respecto á la moralidad del pensamiento es como si no fuera, porque no tuvo parte en el acto antecedente ó sea en la representacion de la escena.

Los trámites de los escrúpulos á causa del pensamiento son de ordinario los siguientes: preséntase una idea mala; nótase luego que es mala y se hace lo posible para desecharla ó para no consentir. Y sobre que se obra bien en el segundo instante por decirlo así, no cabe la menor duda; mas el escrúpulo se ofrece acerca de si se consintió en el primer instante de la presentacion de la idea prohibida. Para conocer pues que semejante duda no es mas que un escrúpulo (supuesta la general rectitud de intencion y la decidida voluntad general de no querer faltar á la ley

divina) basta observar que en presentarse una idea y en advertir cuál es su índole moral, lo cual es requisito para la culpabilidad en caso de haberla, se verifican dos actos que por lo regular no son simultáneos. Y de esta carencia de simultaneidad resulta que en el primer acto no hay culpa por ser inadvertido, probándose que es inadvertido por la mencionada falta de simultaneidad en dichos actos, aunque se supongan muy rápidas las operaciones del entendimiento.

Para juzgar inculpable aquel primer acto de la aparicion del mal pensamiento no obsta que haya como cautivado y seducido la voluntad (siempre que no haya advertencia) porque este es un efecto natural de todas las tentaciones, las cuales se presentan halagando, y es claro que gusta todo lo que halaga ó lisonjea. Ahora bien, los actos naturales *irremediabes* no son pecaminosos, aunque versen sobre materia prohibida. Tal es el imperio del bien sobre la voluntad que la tentacion *inadvertida* la seduce en el acto mismo de aparecer en la mente, porque siempre se presenta bajo el aspecto de un bien, es decir, aparentando favorecernos, y la vo-

luntad del cristiano recto la desecha luego que la advierte, ofreciéndosele entonces implícitamente la idea de un bien mayor, mas positivo y mas noble, cual es el que proviene de cumplir los mandamientos del Señor.

En cuanto á la voluntad, nadie negará que es variable; pero en quien tiene hecho ánimo de no variar ¿varía en un momento luego que se le presenta una idea contraria á su resolución? En otras materias que no sean morales ¿se verifican con tanta facilidad esas supuestas variaciones repentinas? Hé aquí otra consideración, que pudiera contribuir á mermar los infundados temores de los escrupulosos.

Yo que tampoco carezco de temores, al tratar por incidencia y como de paso de estos delicadísimos puntos, tambien he temido incurrir en alguna inexactitud que siempre deseo evitar. Y á fin de proceder con la posible seguridad, he comparado previamente estas mis pobres observaciones con la doctrina corriente de la Iglesia, examinándola con este fin detenidamente en uno de sus mejores maestros, pues por tal es venerado el muy prudente y erudito San Alfonso de Liguori, cuya teología moral es de una autoridad irrecusa-

ble. Si á pesar de mi diligencia aun me equivoco en algo, cual hijo de la Iglesia católica lo enmendaré con arreglo á su infalible enseñanza, que tanto favorece á la felicidad del pensamiento.

CAPÍTULO XLI.

Se defiende á la piedad de una inculpacion errónea relativa á la dicha del hombre.

Los escrúpulos de algunas personas piadosas, la encantadora modestia de las vírgenes que se hermosean con el velo de la virtud, el apacible recogimiento, que agrada á muchos verdaderos cristianos, y la humildad, que es sublime precepto del Hijo de Dios, dan margen á que hombres descreídos y superficiales tengan por oscura, apocadora y triste la vida de los que observan fielmente los mandamientos divinos y se ajustan á la santísima enseñanza de la Religión. Para desvanecer semejante idea altamente errónea bastaria llamar á la historia, á ese gran testigo de los siglos,

y nos presentaria sin apocamiento alguno á los héroes que con una fé vivísima, manejando la espada fulminante, inmortalizaron sus nombres, á los sabios, que á la santidad de su alma excelsa juntaron las luces soberanas con que se hicieron admirar del universo, y á los corazones encendidos en el amor de Dios, que en la oscuridad de un claustro, ó bajo el punzante sayal de la penitencia, ó viviendo con tranquila humildad para servir á otros, confesaron muchas veces que se hallaban inundados de gozo por las celestiales delicias que les proporcionaba la amorosa observancia de la religion y el íntimo y dulcísimo trato con su Dios.

Pero los detractores de la piedad no apelan á la historia para formar sus juicios, no consultan á la razon, no reciben las lecciones de la experiencia, no investigan los delicados secretos de la filosofia del alma, no leen las apologías de la virtud y de la religion, desconocen sus maravillas, porque no las han estudiado, porque no las han gustado y porque están reservadas á los hombres de buena voluntad como cantaban los ángeles en la noche del nacimiento del Salvador. No tienen

sombra de poesía esos entendimientos abotagados, que no columbran que en la belleza de la virtud debe hallarse la verdadera felicidad. Pero la disfrutan y muy cumplida las almas puras, que saben que su dicha y su enaltecimiento está en sus relaciones con el divino Rey de los reyes. Por madre amantísima tienen á la Señora de los ángeles; su custodio é inseparable amigo es un príncipe de la gloria; su destino es el cielo; el precio de su redencion es la sangre de un Dios humanado; su manjar en la peregrinacion de esta vida de lágrimas es un Esposo celestial, que se hace víctima y sacramento de amor para darse á sus amantes en la mas estrecha union. La belleza de la virtud, que es como un vestido de gloria compenetrado con el alma, conforma á su imágen al pensamiento y lo dirige siempre á lo bello, á lo grande, á lo sublime, á Dios que es la verdadera fuente de todo lo bello, de todo lo grande y de todo lo sublime. En la esperanza de poseerle por siempre ¿no habrá un escondido tesoro de inefable dicha?

Abultados volúmenes se requerian para tratar este punto de la felicidad del pensamiento que gozan sobre la tierra los que, esperando

el cielo, están en los caminos de la salvacion; pero los escritores católicos podemos francamente decir que lo que nos correspondia probar ya está probado mil veces, que se halla en las insignes obras de los Santos Padres de la Iglesia y en las de innumerables autores que han hablado de la Religion en general ó en particular de alguna de sus excelencias ó de sus sacramentos riquísimos de bienes y de consuelos; y son tantos los que han hecho triunfar estas verdades, que el citarlos á todos seria acaso mas difícil que el componer nuevos tratados acerca de lo mismo que ellos han patentizado.

CAPÍTULO XLII.

Pruébese que de la observancia de la ley y enseñanza religiosa nace la dicha del pensamiento. La caridad. Promesas del Salvador.

En el capítulo anterior acabo de apelar á la historia y á las multiplicadas apologías de la virtud y de la religion, que ponen de manifiesto, aunque cada cual á su modo y acaso

con pruebas indirectas, pero irrefragables, que la observancia de las leyes divinas forma la mayor felicidad del hombre sobre la tierra y por consiguiente la del pensamiento. Mas prescindiendo de ese inmenso cúmulo de autorizadas y eruditas probanzas, todavía es dable demostrar de una manera clara, sencilla, brevísima y convincente que la dicha del pensamiento, cifrada en su apacible placidez como hemos visto, ha de provenir necesariamente del cumplimiento de la ley y enseñanza religiosa. Sí, porque esta tiene por mira principalísima mantener al alma en dulce paz con su Dios omnipotente, con sus semejantes y consigo misma. Tal es el resultado de sus amorosos preceptos, cuyo blanco es la caridad para con el Hacedor y para con las demás criaturas.

¿Y quién duda que la caridad es deliciosa? Es lo contrario de la guerra, y ved aquí su bienhechora excelencia. Excluye el odio, las enemistades y cuanto puede participar del inquietador y turbulento carácter de la guerra; excluye los temores, pues el que cuenta á su Dios por su primer amigo, por su esposo y su padre, descansa lisonjeramente en el benigno

regazo de la santa confianza, y tampoco teme á los hombres, porque á nadie aborrece, porque espera que su Dios le ha de librar de las asechanzas de cualquier enemigo. El cielo y la tierra son suyos, que así lo prometió el Salvador en aquel divino sermón llamado del monte cuando dijo: *Beati pauperes spiritu: quoniam ipsorum est regnum cœlorum.*

Beati mites: quoniam ipsi possidebunt terram.

Beati, qui lugent: quoniam ipsi consolabuntur.

Beati, qui esuriunt et sitiunt justitiam: quoniam ipsi saturabuntur.

Beati misericordes: quoniam ipsi misericordiam consequentur.

Beati mundo corde: quoniam ipsi Deum videbunt.

Beati pacifici: quoniam filii Dei vocabuntur.

Beati, qui persecutionem patiuntur propter justitiam: ipsorum est regnum cœlorum.

Beati estis cum maledixerint vobis, et persecuti vos fuerint, et dixerint omne malum adversum vos mentientes propter me.

Gaudete, et exultate, quoniam merces vestra copiosa est in cœlis.

Tal es la unidad de la doctrina del adorable Maestro y la correlación de sus diversos puntos convergentes á un mismo fin, que la perfecta observancia de sus bienhechores mandamientos hace que se obtengan las inapreciables ventajas prometidas por el Legislador divino en los citados versículos del Evangelio, generalmente conocidos con la expresiva denominación de las ocho Bienaventuranzas. Acerca del cumplimiento de estas dulces y magníficas promesas basta recordar que es infalible la palabra del Señor de cielos y tierra. Si impiamente alguien dudare de ella, se le puede aconsejar que tenga un íntimo trato con personas de acrisolada virtud, y la verá cumplida siempre que sea un observador profundo é imparcial. Pero es necesario para esto no abrigar erradas ideas acerca de las virtudes, ni buscar más que en los verdaderos hijos de la Iglesia católica la perfecta observancia de la conducta sublime trazada por los inefables enseñamientos del que dejó su gracia y su doctrina augusta en el seno de la única Iglesia salida con su sangre de su mismo corazón rasgado por la lanza. Solo en ella se practican sus admirables consejos, que son como la corona

de su ley de gracia, y solo en ella por la práctica de esos celestiales consejos logran las almas privilegiadas el precioso galardón de la íntima y mas completa felicidad del pensamiento, porque la verdadera paz del alma solamente se obtiene abandonándose al ósculo del Señor con la magnánima abnegación de las cosas de este mundo y con el heroísmo de la perfección cristiana, que convierte en flores de oculta delicia aun las espinas de la penitencia.

CAPÍTULO XLIII.

Vanidad de los consuelos filosóficos en el tiempo de la tribulación: para entonces solo los de la Religión aprovechan.

Fuera del tiempo de la tribulación acaso podrá suplirse con algun medio humano la falta, que hace la Religión á la felicidad del pensamiento: un rato de entretenimiento, una ráfaga de transitorio gozo viene tal vez del Septentrion ó del Mediodía, y se disipa luego; pero la verdadera consolación del alma cuan-

do arrecian los vientos de las tribulaciones, no hay que esperarla mas que del cielo. La experiencia es buen testigo. Hállase esta verdad profundamente grabada en los corazones que saben lo que son desengaños; hállase esculpida en los entendimientos que discurren con alguna solidez acerca de lo que valen los consuelos filosóficos en la hora del dolor; hállase proclamada todos los dias por cuantos se acercan á hablar con un espíritu angustiado. ¿No le dicen que la religion es el único bálsamo para su llaga?

No negaré, antes bien seré uno de los primeros que confiesen con gusto que la filosofía bien entendida ofrece consideraciones capaces de elevar el alma sobre la miserable esfera de las flaquezas mas comunes á la degradada humanidad: tambien yo reconozco que en la dignidad del hombre y en sus recursos intelectuales hay algo de sublime, que le hace superior á sus flaquezas; pero sé, y saben todos los que conocen el corazón humano, que sus nobles propósitos de elevada magnanimidad se desploman vergonzosamente al rudo empuje del huracán de las tribulaciones, si no los sostiene la divina Religión con su

de su ley de gracia, y solo en ella por la práctica de esos celestiales consejos logran las almas privilegiadas el precioso galardón de la íntima y mas completa felicidad del pensamiento, porque la verdadera paz del alma solamente se obtiene abandonándose al ósculo del Señor con la magnánima abnegación de las cosas de este mundo y con el heroísmo de la perfección cristiana, que convierte en flores de oculta delicia aun las espinas de la penitencia.

CAPÍTULO XLIII.

Vanidad de los consuelos filosóficos en el tiempo de la tribulación: para entonces solo los de la Religión aprovechan.

Fuera del tiempo de la tribulación acaso podrá suplirse con algun medio humano la falta, que hace la Religión á la felicidad del pensamiento: un rato de entretenimiento, una ráfaga de transitorio gozo viene tal vez del Septentrion ó del Mediodía, y se disipa luego; pero la verdadera consolación del alma cuan-

do arrecian los vientos de las tribulaciones, no hay que esperarla mas que del cielo. La experiencia es buen testigo. Hállase esta verdad profundamente grabada en los corazones que saben lo que son desengaños; hállase esculpida en los entendimientos que discurren con alguna solidez acerca de lo que valen los consuelos filosóficos en la hora del dolor; hállase proclamada todos los dias por cuantos se acercan á hablar con un espíritu angustiado. ¿No le dicen que la religion es el único bálsamo para su llaga?

No negaré, antes bien seré uno de los primeros que confiesen con gusto que la filosofía bien entendida ofrece consideraciones capaces de elevar el alma sobre la miserable esfera de las flaquezas mas comunes á la degradada humanidad: tambien yo reconozco que en la dignidad del hombre y en sus recursos intelectuales hay algo de sublime, que le hace superior á sus flaquezas; pero sé, y saben todos los que conocen el corazón humano, que sus nobles propósitos de elevada magnanimidad se desploman vergonzosamente al rudo empuje del huracán de las tribulaciones, si no los sostiene la divina Religión con su

poderio mágico y misterioso. Solo ella posee el secreto que cura las dolencias de los espíritus; solo ella es fuerte contra los dolores del alma; solo ella vence en las batallas del corazón; solo ella es luz vivificante en medio de las tinieblas sepulcrales de amarga melancolía. Por eso sin ella quien no la tiene por su maestra, por su amparo y su vida, en los cielos no ve mas que una justicia irritada ó una bóveda de bronce á sus flébiles suspiros, en la tierra no descubre mas que abrojos y enemigos, y en el próximo sepulcro no contempla mas que el trofeo de la muerte que ha de reducirle á polvo inmundo. ¿Dónde está su esperanza? ¿Dónde la luz que derrame un rayo de consuelo en los téticos horrores de su mente? ¿Qué le dice la punzadora conciencia? ¿Á dónde dirigirá sus pasos trémulos en pos del suspirado solaz? ¿Qué puerta se abre á su angustia? ¿Qué ideará su fantasía para consolarse que no sea atormentadora vanidad? ¡Ay del triste que carece de Dios, porque estando rodeado de su infinita majestad quiere cerrar los ojos á los fulgores de su gloria! ¡Ay del infeliz que se encierra en el incendiado y estrecho y lóbrego ámbito de su po-

brísimo corazón, como un reo que desesperado se golpea estrellándose en las terribles paredes de su calabozo!

Grande es nuestra dicha, porque á fuer de hijos de Dios tenemos en nuestra dulcísima Religión copiosas fuentes de consuelo á que aplicar nuestros sedientos labios, cuando el dolor haya exprimido y hecho inútil todo el jugo de la fortaleza de nuestra alma postrándola en la desolacion. Entonces, solamente la religion puede levantarla con sus consuelos divinos, restituyéndole la felicidad del pensamiento. Y á fin de coadyuvar á ella iré indicando algunos, valiéndome para ello de cuando en cuando de los acentos de la poesía, que me parecen mas propios para hablar con mas franqueza de esta materia interesantísima. En la siguiente composicion digo la verdad afirmando que en las tempestades de la tribulacion todo naufraga, y solo se salva el alma en la navicilla divina, pues se disipa entonces todo cuanto hay en el hombre, y solo queda el recurso de Dios. ®

Se reconoce deudora,

Á tí, Dios del alma mia,

De beneficios inmensos
Mi gratitud encendida;
Pues los ojos en mí has puesto
De tu clemencia divina
Para dulce blanco hacerme
De predilección benigna.
Con el fuego provechoso
De tus aparentes iras
Las entrañas me has quemado
Y dado luz á mi vista.
Conocer me has hecho el mundo,
Sus hombres y sus mentiras
Y que en su bulla y sus pompas
No hay verdadera delicia.
El que padece no encuentra
Consuelo á sus duras cuitas
Sino en tu seno amoroso,
Que los pesares alivia.
Yo lo sé por mi experiencia.....
¡Y ay del triste que confía
En los míseros mortales!.....
¡Desengaños de mi vida!.....
Otro se fie de amigos
Y de promesas mentidas,
Que hablando tú de los hombres
Me enseñas veraz doctrina.
Me enseñas que amarlos debo
Cual á mi persona misma,

Cual á hijos tuyos queridos,
Dios de bondad infinita;
Y porque son mis hermanos,
Y porque tu amor se inclina
Á los que el bien les desean
Y á socorrerlos aspiran.
Me has enseñado en la escuela
De la amargura sombría
Que no sácia corazones
Ninguna cosa finita;
Que el natural alimento
Del alma que inmortal viva,
Es contemplar la verdad
En absorción dulce y pia;
Y que tú la verdad eres,
La que eternamente brilla,
La que contiene en sí todas
Las verdades conocidas.
Que entre las ciencias sublimes
De nuestro estudio mas digna
Es tu ley que immaculada
Corazones santifica,
Tu Religión bienhechora,
Que los pueblos civiliza,
Y la historia de tu Iglesia,
Do brota sabiduría.
Estudiándolas se eleva
Mi mente, que se ilumina

Del Cristianismo admirando
La excelsa filosofía.
Sí, que la admiro en sus Santos,
Y en sus doctores me admira,
Y en sus mártires invictos,
Y en todos me maravilla.
Yo no sé lo que ellos saben,
Ni mi flaqueza mezquina
Á obrar lo que ellos alcanza.
¡Ay! ¡mi alma no los imita!.....
Mas para mí dulce encanto
Es hallar bella armonía
Entre sus altas ideas
Y la razón que sublima.
Por tu gracia alumbradora
Mi entendimiento extasía
El placer de que sus luces
Simpaticen con las mías.
¡Mas ay de mí! ¿qué es el hombre?
¡Cómo su antorcha se eclipsa
Cuando ocupa la tristeza
El lugar de la alegría!
Entonces tronante nube
Con crueles sombras tupidas
Corazon y ojos me cubre
Y á oscuras me tiraniza.
Ni me consuelan los libros,
Ni me valen, ni me animan

Mis lecturas, mis estudios,
Que cual humo se disipan
Los pensamientos altivos
En que mis sienes hervian;
Las lecciones de la ciencia,
Los vuelos de fantasía.
Y se anonada y sucumbe
Mi ánima desfallecida
Bajo un peso de ignorancia
Que la embarga, oprime, humilla.
Todo yo me hago tinieblas.....
En vano el alma suspira.....
Y á tí, Dios mio, me vuelvo
En tan horrenda agonía.
Y solo tú me consuelas,
Solo tú la luz me envias
Compadecido, y reviven
Mis eclipsadas pupilas.
Pasa el letargo de muerte;
Y todo en mí resucita;
Parece que me levanto
De la tumba en que yacia.
Y de nuevo entonces gozo
Con exaltada delicia
Del espectáculo grande
De natura embellecida.
Y me enamoran las gracias
De mis inocentes niñas,

Y me es dulce la ternura
De mi consorte querida.
Y torno á mis caros libros
Y á mi amada poesía;
Y aquellos y esta me placen,
Y aquellos y esta me hechizan.
¿Empero durable hay algo
En una tierra maldita,
Donde acechando la muerte
Está nuestras breves dichas?
Todas son perecederas;
Van corriendo fugitivas
Á estrellarse en el escollo
Del sepulcro; allí se abisman.
Allí mi cuerpo ha de hundirse,
Y el alma sin compañía
En la eternidad caerá
Á los pies de tu Justicia.
¡Oh Dios santo, Dios piadoso!
Cuando llegáre tal día
¿Qué importa lo de este mundo,
Afiiciones ó alegrías?
Solo, solo ha de valerme
El que tu sangre divina,
Ó Jesus, sobre mis culpas
Caiga y las borre y extinga.
¡Ea pues, oye mis ruegos!
¡En aquella mi partida

Ven á recoger mi espíritu,
Que tu amparo solicita!
¡Ven á mí, ven á estrecharme
Contigo en la Eucaristía!
¡Ven, te pido que en tu pecho
Mi último aliento recibas!.....

CAPÍTULO XLIV.

Influjo de la Religion sobre el atribulado: sus causas: epístola consolatoria.

Tiene la tribulacion en su índole propia y característica una asombrosa tenacidad para cautivar el pensamiento atormentándolo, y como que no le deja respirar oprimiéndolo como á un esclavo, á quien su cruel amo no permite un instante de reposo. El que gime bajo su yugo casi no puede pensar en cosas placenteras: semejantes pensamientos rehusan venir, porque entre ellos y la mente anochecida por la amargura hay una notable disonancia; media la misma dificultad que existe en lo interior del hombre airado para expresarse con dulzura y amabilidad y mostrar semblante risueño. Meditad sobre la situacion

del que se halla agobiado por una intensa pesadumbre, y vereis que es muy natural el que ni con anzuelos le sea fácil cazar pensamientos halagüeños, los cuales por estar fuera de su actual círculo son entonces muy propensos á escaparse, así como él está muy inclinado á abandonarlos porque no le interesan, porque no llenan el vacío de su llagado corazón. Hablo de pensamientos halagüeños, que no pertenecen al orden religioso.

Y en efecto, al triste devorado por negras cuitas, ¿qué le importan los bellos espectáculos de la naturaleza, qué le importan las hazañas de los héroes, que le importan los mágicos primores de las artes, qué le importan las aventuras graciosas, qué le importan sus mismas dichas y placeres pasados? El mundo para él está mal compuesto, porque sus turbios ojos no ven mas que sombras de tristezas y otras cosas aun mucho peores. No está en contacto con lo bueno que haya sobre la tierra. Solo la Religion puede penetrar en la noche de su alma, porque en aquella está Dios, á cuya omnipotencia es dable remediar todo género de males.

El ascendiente de la Religion sobre el atri-

bulado nace tambien de que solo ella le habla de cosas mayores que su dolor, elevándole á lo infinito, á lo eterno, á lo divino. Solo ella le comunica una luz, con cuyos resplandores descubre que esa tribulacion que le agobia es para su alma un bien. Esta idea, la mas capaz de convertir los pesares en consuelo, en esperanza sublime y hasta en alegría, se debe únicamente á nuestra vivificadora Religion. Fuera de ella no hay estímulos, no hay fuerza, no hay fundadas lecciones, no hay autorizados preceptos para la resignacion, que tantos bienes produce á los corazones quebrantados de angustia.

En la siguiente epístola indico algunas de las ideas consolatorias, que debemos á las inspiraciones de la Religion cuantos nos preciamos de guiarnos por ellas.

¡Ay amigo del alma! Nuestra vida
¡Cuán llena está de lúgubres pesares!
Unos pasan y vienen otros nuevos
Cual se suceden en el mar las olas.
Jamás á nuestros ojos falta llanto,
Ni á nuestro corazón faltan suspiros.
Pero dichoso tú porque conoces
El precio del dolor, y en sus tinieblas

Descúbres clara luz que guía al cielo.
¡Ah cuántas veces en mi mal profundo
Me hacías ver con amoroso labio
Inefable tesoro y bien divino!
Negra nube de angustias me oprimía
El débil corazón, y honda tristeza
En mi semblante y ojos se pintaba.
Antiguo era el dolor: la llaga oculta;
Mas bálsamo tenía delicioso
Mi desmayado corazón; abrias
Con dulce caridad los tiernos labios,
Y me hablabas de Dios con tal dulzura
Que imaginaba junto á mí sentirle.
Y no era ilusión mía, pues tú mismo
Estábasme diciendo que Dios bueno,
Que tiene sus delicias con los hombres,
Solo atribula por estar mas cerca
De aquellos mismos que su ausencia lloran,
Y juzgan verle airado y centellante:
Que la tribulación es sabia industria
De su infinito amor para llamarnos
Á su paternal seno bondadoso,
Pues sabe que no hay otro á quien se pueda
Por remedio acudir, y el afligido,
Temprano ó tarde, si consuelo quiere
Le ha de buscar con lágrimas ansiosas,
Y su llaga mostrarle envejecida
Como al único á quien todo es posible

Y cuya voluntad rige los orbes.
Sí, tierno amigo, Dios está mas cerca
Del triste á quien el mundo ha desechado.
El Dios de la inmortal misericordia
¿En quién pondrá sus ojos compasivos
Sino en el infeliz, como lo dice
Por la boca elocuente de Isafas?
Viéndonos inundados de amargura
Verá en nosotros una viva imágen
Del divino Jesus dilacerado
Desde las plantas en la cruz inmóviles
Á la angusta cabeza taladrada;
Y habrá de amarnos, que el amor no sufre
Ver una copia del objeto amado
Y con llama voraz no consumirla.
De su gracia divina al dulce influjo
El desolado pecador entiende
Que ese mundo engañoso, á quien él sirve
Con inútil afán é inquietud loca,
Es tirano de pérdidas entrañas
Que paga con desdenes sus servicios,
Le abandona al rigor de su desdicha,
Y su cara de risa la convierte
En cara de verdugo amenazante:
Palpa el engaño y llora y reconoce
Su extravío funesto en su desgracia,
Y que su corazón estará inquieto
Hasta que vuelva á Dios: viene á sus labios

El nombre de su Dios como impelido
Por un inmenso olaje de amargura.
«¡Dios mío!» exclama, y Dios, que es tierno padre,
Vuela á su encuentro, y viéndole postrado
Levántale en sus brazos amorosos,
Le enjuga el llanto, estréchale á su pecho,
Y mil besos dulcísimos le imprime
En la mejilla pálida y llorosa.
¡Diga si miento el admirable Silvio
Que la lúgubre historia de sus penas,
Convertido á su Dios, alegre acaba
La sábia Providencia bendiciendo!
¿Empero para qué mas testimonio
Ha menester esta verdad amable
Que nuestro propio corazón? Has visto
De tus males surgir ocultos bienes,
Y yo lo observo en mí: nuestra memoria
Recorriendo pasadas aficciones
Recordará lo mucho que debemos
Á Dios por ellas, y encendida el alma
Himnos de gratitud á Dios por ellas
Alegre cantará, llamando mina
De amor y celestiales beneficios
Las olas de amargura que ha mezclado
De nuestra vida en la fugaz corriente.
Ah! ¿cuándo, cuándo vemos lo que somos,
Nuestra inestabilidad, nuestra flaqueza,
Lo que es el mundo y lo que son los hombres,

Y lo que es Dios sino en amargas horas,
Cuando para salud de nuestras almas
Alguna gota llega á nuestros labios
Del cáliz de dolor que hasta las heces
Apuró la gran Víctima divina
En terrible expiacion de nuestras culpas?
¿Cuándo aprendemos, entrañable amigo,
Á despreciar mundanas vanidades
Y á levantarnos con el alma al cielo
Sino cuando el Señor nos atribula?
¿Cuándo estudiamos las profundas leyes,
Á los profanos ojos escondidas,
Con que Dios á su gloria nos conduce
Sino cuando sentimos el azote
De la tribulacion? Con tal estudio
En un astro de luz se nos transforma
La mente que en tinieblas se dormia,
Se endiosa el corazón, se endiosa el alma,
Puesto que al hombre lo que mas eleva
Es acercarse á Dios, con Dios unirse,
Estrecharse á su Dios íntimamente,
Hacerse con su Dios solo una cosa,
Conformando en sublime sacrificio
La humana voluntad con la divina.
¿Pero á tan alta perfeccion alzarse,
Á tal gloria subir fuera posible
Si á los hijos de Adán la Providencia
No hubiese puesto la admirable escala

De la tribulacion, que hasta los cielos
Desde el valle de lágrimas se encumbra?
No tendria sin ella el buen cristiano
Un campo de batalla y de victoria,
Donde mostrar su fortaleza invicta;
Le faltaria á su virtud palestra
Y á su fidelidad piedra de toque,
Que á prueba ponga su ínclita constancia.
Y los Santos por eso no se asustan
Venir viendo sobre ellos densa nube
De espantosas desgracias; bien hallados
Están con ellas, y al Señor las piden
Cual un tesoro con que el cielo compran.
Y aunque la espada del dolor traspase
Sus inocentes pechos, en sus ojos
No hay turbacion, no hay sombras, no hay tristeza:
Están serenas, claras sus pupilas;
Brilla en ellas con rayos de contento
La placidez dulcísima del alma.
¿Cómo no ha de brillar si los inunda
Con torrentes de luz hechizadora
En consuelos suavísimos la idea
De que salvarlos quiere el Dios potente,
Porque es bella señal de este su anhelo
En la vida caduca atribularlos?
Aun los que vuelan por la hermosa via
De la austera virtud, no siempre exentos
Están de leves faltas; el vil polvo

Se les pega tambien del bajo mundo;
Y como al cielo manchas no se llevan,
Para lavarlas el Eterno envia
La bienhechora lluvia de los llantos.
Cuando nacido de la Virgen-madre
Dignóse conversar entre los hombres,
Claramente lo dijo: «Son dichosos,
Son bienaventurados los que lloran.»
Caro amigo, no solo en vida eterna,
Aun en esta fugaz dulzuras tiene
El áspero dolor: tú bien lo sabes.
El cáliz apurando de amargura
Se halla la dulce paz que no da el mundo,
Pues la tribulacion obra que el alma,
Desengañada de consuelos vanos,
En los brazos de Dios al fin se arroje,
Y encuentre solo allí la paz perdida,
Por la cual exhaló tantos suspiros,
Y la goce con célico embeleso,
Y adormida en su Dios, olvide el mundo.
De bienes inefables mil tesoros
Reservados están á los que lloran
Aun antes que sus lágrimas se enjuguen
En la dichosa eternidad. El hombre
En cuyo corazon por tiempo largo
Reinó el dolor, sí no es incorregible,
Al fin conoce con feliz sorpresa
Que se ha mudado; y en sí mismo advierte

Util revolucion maravillosa.
Á la insania terrible de su orgullo,
Que era impaciente, odioso, turbulento,
Ha sucedido plácida blandura,
Que un no sé qué tan dulce y tan suave
En el alma destila. Se condeuele
De las penas del prójimo, y perdona
Con fácil lenidad la propia ofensa.
Mas antes no era así. ¡Cambio dichoso
Debido á tristes años de dolores!
Por el propio dolor se ha persuadido
De que el lloro y los ayes de su hermano
Merecen compasion; y en su desdicha
Reconociendo la flaqueza propia
Ya no le admira el abandono extremo,
La inerme postracion de los dolientes,
Lo repetido de sus rudas quejas
Y hasta la insensatez y el desvarío
De los vasallos del dolor, y corre
Á tenderles la mano compasiva;
É indecible placer, delicia suma
Halla en ser él consuelo de los tristes.
La compañía del dolor ha obrado
Esta mudanza en él, cual blandamente
Influye en el carácter del esposo
La compañía de la esposa amable.
Al ver que así me expreso tal vez digas
Que yo aun no olvido las lecciones bellas,

Sabrosas, dulces que tu amor me daba.
¡Ah! ¡no lo creas! ¡Mi memoria es fragil,
Fragil mi corazon. En el instante
Que la avenida del dolor me inunda,
Todo lo olvido y el dolor me vence.
¡Núblase mi razon y me abandona!
¡Dejándome en abismo pavoroso,
Se ahuyenta mi fugaz filosofia!
Entonces ¡ay! tu dolorosa ausencia
Me es mas acerba, y en el alma siento
No oir tu amiga voz consoladora,
No hallar cerca tu pecho de ternura
Para en él arrojarme y descubrirte
La inmensidad de mi pesar profundo.....
¡Y es mi recurso ¡el único! postrarme
Demandando á mi Dios piedad, consuelo,
Una mirada de sus tiernos ojos
Sobre mi triste corazon! ¡La pido
Para el tuyo tambien, pues en mis labios
Pone el cariño tu querido nombre!
Pido consuelo para tí, pues siempre
Ha menester el hombre de consuelo.
¡Para poderlo hallar las llagas miro
De nuestro Redentor; y me consuela
La que vierte por mí divina sangre!
¡Y pídele que dentro de la llaga
De su costado abierto nos admita
Á mí y á tí, dulcísimo Santiago,

Á llorar y gemir, pues generoso
La abrió su amor para refugio nuestro!

CAPÍTULO XLV.

*Indicase la razon por qué no participamos
tanto de los consuelos de la Religion.
La experiencia y la Sagrada Escritura
enseñan que Dios no es tardo en con-
solar á los suyos.*

Se dirá acaso que poseyendo la Religion católica tan abundantes minas de consuelo, los que la observan jamás debian estar tristes, y que hay una contradiccion entre sus creencias y el abatimiento que á veces los agobia, robándoles la felicidad de la mente. No negaré que algo resalta eso que en cierto sentido pudiera llamarse una contradiccion; pero la consoladora hija del cielo está exenta de la responsabilidad de este cargo, porque á todas horas y para todos tiene abiertos sus divinos tesoros de consuelo. Si no entramos en ellos á saciar nuestra hambre con inefables dulzuras, la culpa solo es nuestra. Vivimos

en una especie de distraccion dolorosa, y hé aquí cómo se explica ese aparente misterio.

En noche umbría
Y en amargura
El alma mia
Vive, y apura
De los dolores
Hasta las heces
Los sinsabores
¡Ay! cuántas veces.
¿Por qué, por qué? ¿No sabe que el consuelo
Se ha de buscar la vista alzando al cielo?
Mi débil pecho
Rudos puñales
Tienen deshecho;
Le estrechan males,
Que se resiste
Á publicarlos
Mi lengua, y triste
Quiero callarlos.
¿Y por qué tanto amárgase mi vida?
¿No hay bálsamo en mi Dios para mi herida?
Borrasca fiera
Agita mi alma,
Que forastera
No encuentra calma
En mar ni en tierra.

Á llorar y gemir, pues generoso
La abrió su amor para refugio nuestro!

CAPÍTULO XLV.

*Indicase la razon por qué no participamos
tanto de los consuelos de la Religion.
La experiencia y la Sagrada Escritura
enseñan que Dios no es tardo en con-
solar á los suyos.*

Se dirá acaso que poseyendo la Religion católica tan abundantes minas de consuelo, los que la observan jamás debian estar tristes, y que hay una contradiccion entre sus creencias y el abatimiento que á veces los agobia, robándoles la felicidad de la mente. No negaré que algo resalta eso que en cierto sentido pudiera llamarse una contradiccion; pero la consoladora hija del cielo está exenta de la responsabilidad de este cargo, porque á todas horas y para todos tiene abiertos sus divinos tesoros de consuelo. Si no entramos en ellos á saciar nuestra hambre con inefables dulzuras, la culpa solo es nuestra. Vivimos

en una especie de distraccion dolorosa, y hé aquí cómo se explica ese aparente misterio.

En noche umbría
Y en amargura
El alma mia
Vive, y apura
De los dolores
Hasta las heces
Los sinsabores
¡Ay! cuántas veces.
¿Por qué, por qué? ¿No sabe que el consuelo
Se ha de buscar la vista alzando al cielo?
Mi débil pecho
Rudos puñales
Tienen deshecho;
Le estrechan males,
Que se resiste
Á publicarlos
Mi lengua, y triste
Quiero callarlos.
¿Y por qué tanto amárgase mi vida?
¿No hay bálsamo en mi Dios para mi herida?
Borrasca fiera
Agita mi alma,
Que forastera
No encuentra calma
En mar ni en tierra.

Le hacen violentos
Continúa guerra
Los elementos.
¿Y sabiendo que es Dios su tierno esposo,
Por qué no busca en él dulce reposo?

Todo esto sabe
El alma mía.
Mas su mal grave
No se desvia
Con saber solo
La medicina
En que no hay dolo,
Santa y divina.

¡Ay que aplicarla olvida, y en su duelo
No halla por eso alivio ni consuelo!.....

EL POR QUÉ DE MIS CUITAS.

Eres mi padre,
Dios poderoso,
Eres mi madre,
Dios bondadoso.
¿Y por qué ciego
Todo temblores
¡Ay, ay! me entrego
A mil temores?
¡Ó santos cielos! ¿Por qué, por qué?
Porque tibia ¡ay dolor! está mi fé.

Por coronarme
De tu victoria
Y para darme
Tu excelsa gloria,
De amor deshecho
Morir quisiste,
Y el dulce pecho
Que herí me abriste;
¿Y aun desconfío? ¿Por qué, por qué?
Porque tibia ¡ay dolor! está mi fé.
¿Y por qué tanto,
Ó Dios, me aflijo,
Por qué mi llanto,
Si soy tu hijo
Y tu heredero?
¿Por qué gemido
Tan lastimero
Y repetido
Exhalo? ¡ay triste! ¿Por qué, por qué?
Porque tibia ¡ay dolor! está mi fé.

Tú mi comida,
Ó gran Dios, eres
En esta vida;
Y hacerte quieres
Allá en el cielo
Tú mi dulzura,
Bien y consuelo,
Riqueza, hartura.

¿Y hambriento aun gimo? ¿Por qué, por qué?
Porque tibia ¡ay dolor! está mi fé.

Y no es verdad que las almas de los fieles estén por largo tiempo abatidas y sin el rocío de Dios. Aunque el descuido de acudir á su inagotable piedad ó sus altísimos juicios prolonguen á veces los tormentos de la tribulación, lo mas ordinario es que en medio de la noche de la tristeza aparezca el Señor como sol vivificante consolando, alentando, recreando y hasta enalteciendo de júbilo al espíritu acongojado que le invoca con amorosa confianza. Ya que para hablar de la felicidad del pensamiento en sus relaciones con los sobrenaturales consuelos de la religion he entrado en su terreno santo, diré que toda la Sagrada Escritura es una prueba de cómo el Altísimo abrevia las tribulaciones, oyendo los clamores que se le dirigen en la angustia. ¿Qué otra cosa son en particular el bellissimo libro de Esther y el de la valerosa Judith sino un testimonio patente de esta dulce verdad? Mas entre todos el de los Salmos parece compuesto expofeso para manifestarla á cada paso; estúdiase ese libro henchido de conso-

ladora poesía, y se aprenderá mas de lo que lengua humana pudiera ponderar; allí se ve á cada momento que á la oscuridad de los trabajos del justo sucede la esplendorosa presencia del Rey de los reyes, que llega á consolarle.

No siempre en tristes nubes
El horizonte envuelto,
Amenaza que en lluvia
Se vendrá abajo el cielo.

Rueda de cumbre en cumbre
El retumbante trueno,
Y forman las tinieblas
Entre hombre y sol un velo.

Mas sucede bien pronto
Al espantoso ceño
De las airadas nubes
El triunfo del sol bello.

Las negras tempestades
Son lo mismo que vientos,
Que pasan rebramando,
Pasan en rauda vuelo.

Y así son, alma mia,
Las penas que su cerco
Te forman de tinieblas,
Quitándote el sosiego.

Te roban de los ojos

El resplandor sereno
De tu Dios, y no dejan
Mas que pavor horrendo.
Cerrada está la puerta
Á esperanza y consuelo:
No hay mas que tempestades,
Rayos y horror tremendo.

Mas la mayor borrasca
Es lo mismo que el viento,
Que pasa rebramando,
Y pasa en raudo vuelo.

El Señor aparece
Con el rostro risueño;
Se disipa la noche,
Y calla todo estruendo.

Dulce calma respiras,
Ves nueva luz, y en medio
De tu apacible gozo
Vives en mundo nuevo.

¿Do se han ido tus nieblas,
Tus pronósticos negros?
Salió el sol de la gracia
Y te disipó el duelo.

¿Es Dios tu sol brillante
Que se esconde un momento,
Mas no permite el triunfo
Del tenebroso averno!

CAPÍTULO XLVI.

*De la elevacion de espíritu necesaria en
las tribulaciones.*

Para hacer frente á las pesadumbres es necesaria elevacion de espíritu. El orgulloso creará que la tiene; mas no es la suya, sea cual fuere, la que se necesita para el caso. La suya es muy perjudicial, porque la tribulacion es un rayo de Dios y abrasa á quien la resiste con ese género de altivez. Y cabalmente la guerra es entonces mas cruel en las regiones del pensamiento, porque el orgullo dice: «yo no merezco esta humillacion;» y tal idea la hace mas grave, mas rabiosa, mas aborrecible y mucho mas intolerable. Téngase enhorabuena para sí semejante elevacion quien guste añadir hiel á sus penas. La que conviene para respirar en esferas mas encumbradas y solazarse algun tanto con la frescura del cielo es la de las ideas que la Religion nos inspira, es la de los sentimientos de una verdadera filosofia cristiana, que no adula porque no trata de engañarnos, sino

que mostrándonos sin doblez lo que somos, lo que merecemos, lo que es Dios, lo que es su gobierno divino, lo que es el mundo y en lo que ha de parar, si inspira profunda humildad, también levanta el alma á una luz confortativa que nos hace superiores á las pequeñeces de nuestros enemigos, y nos saca del mezquino calabozo de negros pensamientos terrenales, en que el pesar pretendiera encerrarnos.

No sé si en la oda que sigue habré acertado á dar algunos indicios de esa especie de religiosa elevación de pensamientos, que me parece un excelente medio para no dejarse dominar por el tétrico imperio de las tribulaciones.

También mi Salvador fué calumniado,
Y de hermosa inocencia
Era la fuente él mismo, y acusado
Con afrentosa, pública insolencia.
¿Y será maravilla que inhumana
Calumnia atroz me muerda
Sin que de semejante culpa insana
El corazón tranquilo me recuerde?
¿La víbora feroz que picó al Santo,
Que á redimirme vino,

Á mí merecedor de pena y llanto,
¡Ah! no ha de hincarme su aguijón ferino?
Sí, que mil veces con cruel herida
¡Ay! me desgarró el pecho;
Á mi honor embistiendo enfurecida,
Me ha el apocado corazón deshecho.
¿Por qué eres, alma mía, tan sensible?
Enojado me tienes,
Porque tan delicada y tan pasible
Á verter sangre en tus desmayos vienes.
¿Por qué en la negra nube polvorosa
Los tristes ojos pones?
¿Por qué la mente turbia y rencorosa
Fijas ¡lástima grande! en tus baldones?
Levántala á tu Dios. ¡Ay alma mía!
Mientras esté en el lodo,
Enlodada estará. Tu fantasía
Haz porque salga del fatal recodo.
Tiene la inmensidad. ¿Por qué se encierra
En un rincón estrecho?
Y es calabozo aun toda la tierra.
Tu mente excelsa para Dios se ha hecho.
Levántala á tu Dios. Él es testigo
De tu vida y acciones.
¿Quién contra tí si Dios está contigo?
¿Qué contra tí podrán viles pasiones?
El Señor es tu amparo y tu defensa,
Tu asilo más seguro.

Acógete de su ternura inmensa
Al Salvador, é inexpugnable muro.
¡Ah! ¿Qué me importa que hombre mentiroso
Su lengua en mí ensangrienta,
Si en su día el Señor un puesto honroso
Me señala á la faz de toda gente?
El día de su juicio venidero
El velo ha de correrse
Á todo corazon, y al orbe entero
Tal cual es cada uno aparecerse.
Señor, en tí mi espíritu reposa,
Señor, en tí confia
Que de toda calumnia ignominiosa
Me sacarás triunfante en aquel día.
Si ahora entre tanto confusion padezco
Por invencion ajena,
Yo pecador, Dios mio, yo merezco
Por otras culpas esta misma pena.
¿No eres tú equitativo, recto y justo?
Yo sé que eres justicia.
¿Y qué hay en tu gobierno, qué hay de injusto?
Tú no eres el autor de esa malicia;
Pero tu Providencia la dirige
Contra mí sabiamente;
Con ella me atribula, me corrige
Tu justiciera mano omnipotente.
Los hombres son tu vara, tu instrumento;
En libertad los dejas;

Mas ¡oh misterio! como á paja el viento,
Así para tus fines los manejas.
Nunca haces malos á los malos reyes,
Empero á las naciones
Con sus maldades y sangrientas leyes
Las castigas, Señor, como á bridones.
Como á bridones tuyos los imperios
Impeles á la guerra,
Terror, devastaciones, cautiverios
Llevan consigo á estremecer la tierra.
¿Y qué son sino reos á quien haces
Uno de otro verdugos?
Á tu Augusta justicia satisfaces
Mientras se ponen y se quitan yugos.
¿Qué es el hombre, ó Jehová, sino un juguete
En tu potente mano?
¿Y por qué el corazon no se somete
Á tus designios sin quejarse en vano?.....
Ni se tenga por elevacion de ánimo propia
para contrarestar al infortunio ese calenturiento furor, que valiéndose de la siniestra ocasion, suele inspirar el espíritu maligno, aconsejador de horrendos desatinos. Sí; cuando arden las venas de coraje, parece que hay en el hombre algo de grande que le exalta. Pero la razon sábia y desapasionada grita que eso es ilusion y delirio. El mal se agr-

va con el impetu del frenético despecho. Á sus alaridos es necesario que responda la Religion, que tiene la llave de todos los secretos y que posee todos los resortes mas propios para mover al alma á que se encamine á la luz soberana, que explica todos los misterios.

RÉPLICA Á UNA TENTACION DE
SUICIDIO.

¡Qué mal hospedada
Está el alma mia,
Dentro aprisionada
De cárcel umbría,
En cuerpo encerrada
Que dolores cria
En ercedida copia
Como fruta propia!

¿Y es esta la vida
Que dejar se siente?

¿Qué hace el alma unida
Á un dolor viviente?
Á morir convida
Su estado doliente.

¿Por qué no se acorta?

¿Por qué no se corta?

Porque los dolores
Que aquí se padecen

Son de Dios amores,
Que cuanto mas crecen
Suben los favores,
Y mas se merecen
Los premios de gloria
Por esta victoria.

Porque es pecadora
El alma que pena,
Y así breve hora
Su Dios la encadena,
Pues conforme llora
Se limpia y despena,
Y á su acerbo llanto
Sigue eterno canto.

Dueña y propietaria
No es de su existencia,
Y usufructuaria
No tiene potencia
Para temeraria
Con torpe demencia
Al Dios que la ha hecho
Quitar su derecho.

CAPÍTULO XLVII.

Consolatorias elevaciones anejas á la verdadera humildad cristiana.

Admirable misterio es el de la humildad cristiana, porque jamás reconoce religiosamente el hombre su ignorancia, su pequeñez, su miseria y su impotencia sin que su mente se eleve á regiones mas altas y se llene de luces sublimadoras. Y he dicho *religiosamente* para designar ese reconocimiento de nuestra poquedad fundado en la comparacion de la alteza y omnipotencia divina. Pero como esta no es la de un Dios extraño, sino la de nuestro Padre celestial, que con ternura infinita y con sabiduría insondable lo dirige todo á nuestro bien eterno; la idea de nuestra humillacion se hermana y casi se identifica con el sublime consuelo y excelsa gloria de que esa incomprendible majestad gobernadora de los mundos en cierto modo es nuestra, siendo del Dios cuyos hijos somos, y sabiendo que se emplea en beneficio nuestro con el afecto de una tierna madre enteramente con-

sagrada al cuidado del querido fruto de sus entrañas.

Bien dijo Santa Teresa que la humildad es la verdad; y así al humillarse el hombre no hace mas que ver lo que realmente es, no hace mas que apartar de sí dañosas ilusiones, no hace mas que engrandecerse con el conocimiento de la verdad, porque esta es un tesoro.

Pero como las verdades cristianas tienen entre sí y en el espíritu pensador una conexión íntima, una sociabilidad eterna, el fijarse en la una es como llamar á las otras con un resorte mágico. Tan admirable es la cadena que forman. De aquí proviene que á las ideas de la humildad cristiana correspondan, no sé cómo, las de la amorosa confianza en la bondad, en el inmenso poderío, en la sabiduría y en la inmortal justicia de nuestro Dios, que si me es permitido decirlo, en cierta manera son nuestras, porque nos gobiernan, porque nos protegen, porque nos conservan y porque nos alimentan tanto en el orden de la naturaleza como en el de la gracia, y porque tanto el tiempo y la tierra en que vivimos, como el cielo y la eternidad en que hemos de vi-

vir, están bajo su universal gobierno. Meditad afectuosamente, y comprendereis.

Y si buscáis ejemplos de esa correlacion íntima y bienhechora con que á la humilde verdad cristiana se entrelazan los mas subidos conceptos de esperanza dulcísima y de glorificadora confianza y union con la voluntad del Todopoderoso, estudiad los cantos del Rey salmista, leed las vidas de los Santos, hojead sus escritos, examinad las tiernas efusiones de la piedad cristiana en esos libros que se llaman ascéticos y que son la escuela de la virtud y llevan el sello de un espíritu sólidamente ejercitado en la ciencia de Dios. Pero como la especulacion mercantil hace circular en nuestros días una muchedumbre de diversos devocionarios, de los cuales acaso algunos no se hayan compuesto por personas idóneas; es preciso remontarse á otras fuentes para hallar con mas seguridad el espíritu de verdadera humildad cristiana, que se eleva á medida que se abate, y parece que no desciende hasta lo sumo sino para revestirse de mas sublime grandeza. Este escondido mérito se encuentra en casi todos nuestros buenos autores del siglo XVI que ejercitaron su áurea pluma

en materias religiosas, y para nombrar alguno mencionaré solo el precioso *Manual de oraciones* del P. Rivadeneira, que á la maestría con que maneja nuestra lengua reúne un alto temple de sólida piedad acompañada de una vastísima instruccion.

Á quien no esté en los caminos de Dios no es posible darle una idea de esos vivificantes vuelos de la humildad que en las tribulaciones llevan el alma á Dios, manantial de todo consuelo, y de un modo misterioso realizan desde luego para la felicidad del pensamiento la divina promesa de que será exaltado el que se humilla. Con razon dice el Conde de Maistre que todas las verdades necesitan alguna preparacion, y por esta causa no se entienden muchas de ellas, ni es fácil que las entienda quien no tiene en sí alguna disposicion prévia; pero cuando se enuncia una observacion delicada, desmayaria el ánimo si no confiara en que ha de ser entendida por corazones y entendimientos que poseen los preciosos antecedentes ó premisas de la consecuencia que se les indica, mas bien como un recuerdo de lo que ya saben que como una novedad digna de fijar su atencion benévola.

Sobre ciertos puntos los espíritus homogéneos se entienden, ó mejor dicho, se adivinan con una breve indicacion; las palabras en tales casos vienen á ser como un instrumento innecesario, y no solo innecesario, sino hasta de difícil manejo.

CAPÍTULO XLVIII.

De un admirable consuelo que no se halla fuera de la Religion: el Salvador paciente: la pobreza de este divino Señor es para los menesterosos la mas eficaz consolacion.

Nuestra adorable Religion tiene para eficazísimo consuelo de los atribulados un recurso admirable, que no puede presentar la humana filosofia, y por consiguiente se aventaja á ella infinito en los medios de contribuir á la felicidad del pensamiento. No es dable á la razon del hombre arbitrar un motivo de mas sublime poderio para aliviar y hasta para hacer dulces y en cierto modo divinos por su union con los del Salvador los dolores del

alma. Cuatro mil años vivió el mundo sin esta fuente de celestial consolacion, que empezó á manar para los dichosos cristianos en la cima del Gólgota antes de que los hubiera: allí nació la Iglesia de la llaga del costado de nuestro Redentor bañada en los raudales de su sangre y precedida de la tragedia de divino consuelo, es decir, de la pasion y muerte del Hombre-Dios, que se sacrificó por ella y por nosotros. Así á los que ahora vivimos há cerca de dos mil años que se preparó el magnífico espectáculo del torrente de las penas del Salvador para que viéndolo se disipasen las nuestras confundiendo con aquellas, y se hicieran codiciables los padecimientos, que en su persona inocentísima habia como deificado el todopoderoso Reparador de nuestro linaje. Desde entonces tienen para sus discípulos distinta faz las cruces, y las aman las privilegiadas almas en cuyo corazon vive reinando Jesucristo paciente; y las que no llegan por su tibieza á esa envidiable amistad con los trabajos, al menos se avergüenzan de no quererlos y los reciben con dulcificadora resignacion, sacando de ellos fruto de vida para la eternidad.

Sobre ciertos puntos los espíritus homogéneos se entienden, ó mejor dicho, se adivinan con una breve indicacion; las palabras en tales casos vienen á ser como un instrumento innecesario, y no solo innecesario, sino hasta de difícil manejo.

CAPÍTULO XLVIII.

De un admirable consuelo que no se halla fuera de la Religion: el Salvador paciente: la pobreza de este divino Señor es para los menesterosos la mas eficaz consolacion.

Nuestra adorable Religion tiene para eficazísimo consuelo de los atribulados un recurso admirable, que no puede presentar la humana filosofia, y por consiguiente se aventaja á ella infinito en los medios de contribuir á la felicidad del pensamiento. No es dable á la razon del hombre arbitrar un motivo de mas sublime poderio para aliviar y hasta para hacer dulces y en cierto modo divinos por su union con los del Salvador los dolores del

alma. Cuatro mil años vivió el mundo sin esta fuente de celestial consolacion, que empezó á manar para los dichosos cristianos en la cima del Gólgota antes de que los hubiera: allí nació la Iglesia de la llaga del costado de nuestro Redentor bañada en los raudales de su sangre y precedida de la tragedia de divino consuelo, es decir, de la pasion y muerte del Hombre-Dios, que se sacrificó por ella y por nosotros. Así á los que ahora vivimos há cerca de dos mil años que se preparó el magnífico espectáculo del torrente de las penas del Salvador para que viéndolo se disipasen las nuestras confundiendo con aquellas, y se hicieran codiciables los padecimientos, que en su persona inocentísima habia como deificado el todopoderoso Reparador de nuestro linaje. Desde entonces tienen para sus discípulos distinta faz las cruces, y las aman las privilegiadas almas en cuyo corazon vive reinando Jesucristo paciente; y las que no llegan por su tibieza á esa envidiable amistad con los trabajos, al menos se avergüenzan de no quererlos y los reciben con dulcificadora resignacion, sacando de ellos fruto de vida para la eternidad.

Estos manantiales de inefable consuelo son una riqueza exclusivamente propia de los hijos de la verdadera Iglesia católica, y se hallan como esparcidos en particular en los libros que tratan de la pasión del que para redimirnos tomó sobre sí todos nuestros dolores; entre ellos señalaré uno de fervorosa piedad y penetrante unción escrito en francés por un autor que no descubrió su nombre y traducido á varias lenguas, que se intitula: *El alma al pié del Calvario*, y en el cual se sacan de la pasión y de las llagas del Rey del cielo suavísimos consuelos para las diversas clases de tribulaciones que afligen á los hijos de Adán.

En los siguientes sonetos se expresan algunas ideas adecuadas al asunto que ahora me ocupa, los cuales pueden servir de rápida amplificación á tan interesante materia.

No soy tuyo, Señor, no soy cristiano
Si no llevo tu cruz al hombro puesta,
Pues tu labio divino manifiesta
Que serás solo así mi soberano.
¿Y quién, Señor, de tu amorosa mano
Ávido á recibirla no se apresta,
Pues te agobia al subir la fatal cuesta

Su peso ¡ay! solo para tí inhumano?
Tú con besos de amor la cruz sellabas,
Regándola con sangre de tus venas,
Y con doliente abrazo la estrechabas.
Á mí heredero de tu cruz me hacías....
¡Son tu adorable cruz las propias penas!
¿Y no he de amar y bendecir las mias?

Si el fuego de tu enojo en mí derramas,
No es, ó Jesus, porque de mí te alejas,
Que al alma que atribulas tú no dejas,
Pues sueles afligir á quien mas amas.

Si son tus golpes de tu amor las llamas,
¿Por qué, Señor, yo me deshago en quejas,
Y arqueo ¡ay triste! las nubladas cejas
Al silbido de amor con que me llamas?

¡Ay qué fuera de mí si en popa el viento
Siempre mi navecilla en dulce calma
Volára por los mares del contento!....

¿Y podría coger la eterna palma
Sin ir por el camino del tormento
Por donde fuiste, Salvador del alma?....

¡Ay! ¿Por qué tanto meditar mis males?
¿Qué alivio, qué solaz y qué provecho
En condensar sobre mi triste pecho
Melancólicas sombras sepulcrales?

¿O Jesus, á tus plantas divinales
Por qué á pedirte auxilio no me echo,
Y en penitentes lágrimas deshecho
Por mis culpas te ofrezco mis dogales?
¿Por qué en union de lo que tú padeces
Mis angustiosas penas no te ofrezco
¡Ay! en vez de exhalar vano suspiro?
Si en penar por modelo te me ofreces,
¿Por qué yo en tus dolores no me miro?
¿Por qué en tu corazon no me guarezco?

¿Á qué, ó Jesus, me vuelves el contento,
Pues el reposo vanidad inspira,
Y en medio del deleite se delira
Mas que en el compungido sufrimiento?
Cuando me circunvalas de tormento
Y rompe en rayos la nube de tu ira,
Mi espíritu mas junto á sí te mira,
Dando al doliente corazon aliento.

¿Quién á mundanos gustos me aficiona,
Si tu vida fué rio de amargura
Y espinas fueron á tu sien corona?
Si hiel tu labio hasta morir apura,
Y el alma mia de tu amor blasona
¿Cómo prueba la copa de dulzura?

Vuélvete á Dios y su piedad implora;
Abrazate á un sangriento crucifijo;
Sobre sus llagas ten tu labio fijo,
Y desahogando el pecho, llora, llora.

En el suyo riquezas atesora
De inefable consuelo y regocijo;
Cuéntale triste tu dolor prolijo,
Tu suerte lamentable allí deplora.

Si tus ojos derraman largo rio
De lágrimas amargas, sus heridas
De su sangre por tí vierten raudales.

¡Víctima fué de desamor impío!
¡Dulces llegan á ser penas unidas!
¡Serán las tuyas bálsamo á tus males!....

Muy estériles son los consuelos que la filosofía destituida de las luces de la Religión puede ofrecer al afligido pensamiento del pobre. Además, la clase menesterosa de la sociedad, con muy raras excepciones, ni se ocupa en filosofar, ni escucha los consejos de los filósofos si llegan á dirigirle palabras consolatorias. Solo la voz del Crucificado, solo su imagen ensangrentada y desnuda, pendiente del patíbulo de muerte, habla con eficacia á los corazones abismados en amargura por el hambre y por la desnudez. Y en prueba de

que la razon humana carece de argumentos para consolar al desvalido, al huérfano y al mendigo, véase si en ella se encuentran los siguientes consueios, que halla en la religion del Dios crucificado el pobre que así se expresa.

De su virtuoso pecho
Arrancando suspiros,
Así una vez decia
Un pobre desvalido:
¡Ay por qué rudas quejas
Exhalo yo, Dios miol
¿Con tu divina gracia
No soy bastante rico?
¿No lo soy con la sangre
Que para mí has vertido?
¿No lo soy con la gloria
De inmortal regocijo,
Que en la futura vida
Prometes á tus hijos?
Estos, estos son bienes
De valor infinito;
No los que con su ausencia
Tiénneme dolorido.
Tú á mí nada me debes.
¿Y por qué solicito
Que mundanas riquezas

Me dés, y lloro y gimo
Porque á tierra de espinas
Sin tesoro he venido?
Locura apetecerlo
Cuando al sepulcro umbrío,
Aunque monarca fuera,
Pobre cual he nacido
Miserio bajaría.
¿Pues para qué suspiro
Noche y dia llorando
Por bienes tan mezquinos?
Y si nada me debes,
¿Con qué derecho pido?
¿Y no es mejor el cielo,
Que en tu palabra fio
Alcanzaré glorioso,
Pues entre penas vivo?
¿No es mejor la pobreza
Que el fuego del abismo,
Que con mis culpas graves
Tengo yo merecido?
¿Tú, Señor, qué escogiste,
Ó modelo divino,
Cuando para salvarme
Hombre el amor te hizo,
Tesoros ó pobreza?
Te adoro en Belen niño,
Y sobre paja y heno

Te adoro pobrecito,
Y mi amorosa frente
Ante un pesebre inclino;
Te adoro siempre pobre,
Ya huyendo para Egipto,
Ya en el taller sudando,
Ó ya vertiendo el río
De tu doctrina excelsa
Por villas y caminos,
Ya en el madero santo,
Do te clavó el delito
Del humano linaje;
Do quiera pobrecillo
Te descubren mis ojos;
Y libremente elijo
Para mí tu pobreza,
Ó generoso Amigo
De los pobres hambrientos,
Y tu pobreza hechizo
Es para el alma mia.....
¡Mi desnudez bendigo!.....

CAPÍTULO XLIX.

La esperanza.

Hay algunas ideas de consuelo, pertenecientes en algun modo á la filosofía natural por ser hijas de la razon, pero que sin embargo valen muy poco si nuestra bienhechora Religion no viene en su auxilio, elevándolas y engrandeciéndolas con sus luces celestiales. Tal es entre otras la idea tan dulce para los que viven bajo el dominio de la tribulacion de que pasa y se acaba esta vida de dolores. ¿Pero qué importa que pase y que se acabe si en su término se halla la formidable muerte, aterrando con su guadaña destructora, y el sepulcro espera con su pavoroso silencio, sus devorantes gusanos y sus tétricos horrores? Hé aquí cómo sin la esperanza del cielo, que solo es propia de la Religion, lejos de consolar verdaderamente, intimida y estremece el término de la vida. Para que consuele es preciso que mas allá de la tumba brille á nuestros ojos una gloria inmortal é inmensa. La esperanza del cielo es la única que nos

Te adoro pobrecito,
Y mi amorosa frente
Ante un pesebre inclino;
Te adoro siempre pobre,
Ya huyendo para Egipto,
Ya en el taller sudando,
Ó ya vertiendo el río
De tu doctrina excelsa
Por villas y caminos,
Ya en el madero santo,
Do te clavó el delito
Del humano linaje;
Do quiera pobrecillo
Te descubren mis ojos;
Y libremente elijo
Para mí tu pobreza,
Ó generoso Amigo
De los pobres hambrientos,
Y tu pobreza hechizo
Es para el alma mia.....
¡Mi desnudez bendigo!.....

CAPÍTULO XLIX.

La esperanza.

Hay algunas ideas de consuelo, pertenecientes en algun modo á la filosofía natural por ser hijas de la razon, pero que sin embargo valen muy poco si nuestra bienhechora Religion no viene en su auxilio, elevándolas y engrandeciéndolas con sus luces celestiales. Tal es entre otras la idea tan dulce para los que viven bajo el dominio de la tribulacion de que pasa y se acaba esta vida de dolores. ¿Pero qué importa que pase y que se acabe si en su término se halla la formidable muerte, aterrando con su guadaña destructora, y el sepulcro espera con su pavoroso silencio, sus devorantes gusanos y sus tétricos horrores? Hé aquí cómo sin la esperanza del cielo, que solo es propia de la Religion, lejos de consolar verdaderamente, intimida y estremece el término de la vida. Para que consuele es preciso que mas allá de la tumba brille á nuestros ojos una gloria inmortal é inmensa. La esperanza del cielo es la única que nos

reconcilia con la muerte, que nos hace superiores á sus espantos y al terrible pensamiento de la destrucción de nuestro cuerpo debajo de una losa.

Para sobreponerse á esa gigantesca calamidad llamada muerte era necesaria una idea aun mas grande, cual es la de una eternidad de gloria que se espera en el cielo. Repetiré pues que solo esta esperanza convierte en vivífico germen de consuelo la caduca velocidad con que nuestra existencia corre á estrellarse en la huesa. La esperanza nace de la fé y su viveza guarda siempre con ella cierta proporcion; por manera que cuando la fé es grande, lo es tambien la esperanza, y cuando la fé es viva es tambien fecundísima en buenas obras, las que haciendo el alma acepta á Dios, con él la unen con una correspondencia de amor, que da nuevas alas á la esperanza; y á medida que esta se aviva suben de punto los consuelos que derrama en la amargura de las tribulaciones, y entre las sombras del dolor hace reinar con resplandores crecientes la encantadora idea de alcanzar una sempiterna dicha en el cielo, y parece que el cielo mismo baja anticipadamente á brillar en el pen-

samiento, que con un huésped tan glorioso no puede menos de ser feliz mientras le tenga consigo.

Espero en el Señor que me ha salvado
Vertiendo los raudales de sus venas,
Espero en el Señor que las cadenas
Al morir romperé de mi pecado.

De gemir y llorar estoy cansado,
Pero se han de acabar mis rudas penas
Cuando suba del cielo á las almenas
Mi espíritu de carne libertado.

Mis cuitas y mis ayes y dolores
Quedarán á este lado de la tumba,
Y al otro he de encontrar divinas flores.

Sufriré pues en paz la pesadumbre
Del cuerpo, que á la tierra se derrumba
Hasta que con su gloria Dios me alumbre.

Sí; la esperanza del cielo no solo es consuelo dulcísimo, sino tambien rica mina de resignacion para sufrir con paciencia y hacer mas llevaderas y mas suaves las muchas penalidades, que á nadie y en parte alguna faltan. El mundo entero es un país de infortunio, y Dios quiere que lo sea para que suspiremos por el cielo, dándonos entre tanto por

remedio de nuestros males el bálsamo de la esperanza.

La vida humana no es jardín de flores,
Aunque abunden placeres y riquezas:

Abrojos tiene y hórridas malezas,
Porque brotan en ella los temores.

Se acumulen espléndidos honores,
Salud, comodidades y grandezas;
Jamás levantaremos fortalezas
Adonde no penetren sinsabores.

El miedo de perder lo que estimamos
Vive y domina en la espinosa cumbre
De los caducos bienes que gozamos.

¡Ah, la dicha del mundo es pesadumbre!
¡Solo en la eterna gloria que esperamos
Será que luz de puro gozo alumbre!

Pero hay lastimosamente en el hombre una cosa que embota la esperanza, y que hasta la hace desfallecer. El alma que por la culpa se reconoce enemiga de su Hacedor, sabe que permaneciendo en semejante estado no tendrá cielo, y teme que se le aproxime la muerte, aunque por otra parte el dolor y las espinas de este valle de lágrimas le agujijonean inspirándole deseos de dejarlo.

Siempre esta vida es un continuo lloro.
Todos gimen contando que hay pesares
Dentro del corazón. Tierras y mares
Rebosándose están de tal tesoro.

Aquel padece por la sed del oro,
Este por el amor. El otro azares
Encuentra en los caminos, y á millares
Las cuitas punzan al cristiano, al moro.

Cuantos comen el pan de la amargura
Publican que este mundo es un destierro,
Y patria el cielo á la virtud guardado.

¿Pues cómo se penetra de pavaña
Quien ya ve cerca la hora de su entierro?
¡Por el pecado ¡ay Dios! por el pecado!!.....

Mas aun para este mal gravísimo hay un remedio santo debido á nuestra salvadora Religión, y es la esperanza en la inagotable misericordia del Dios que dió la vida por nuestro amor.

¿Á dónde, sino en tí la penitencia
Encontrará, Señor, dulce acogida?
Tan solo tú de la culpable vida
Has hecho convirtiéndola inocencia.
Inseparable de tu diva esencia
Es la misericordia condolida
De la fragilidad arrepentida,

Á la cual abre el cielo tu clemencia.

Nadie te ignala en perdonar. Por eso
En nuestro último, fúnebre proceso
Guardaste para tí ser juez propicio.

Tienes, ó Padre, el corazon abierto
Con herida de amor para que en juicio
Sea de nuestra salvacion el puerto.

Dios de bondad inmensa,
Que adora el alma mia,
Tu excelsitud augusta
Acatando rendida,

¿Perdonarásme blando
Si mi lengua publica
Que mas esperar debo
Que temer tu justicia?

Sí, esperar tus favores
Mas que temer tus iras,
Porque Jesus divino

Por mí dió sangre y vida;

Y desarmó con ellas
Tu diestra, que fulmina
Sobre él los golpes fieros

Que en mí caer debian.

Y para mí con ellas
Tu piedad infinita
De su pasion al precio

Compró haciéndola mia.

Son míos los tesoros
De su sangre divina;
Mia la oblacion pura
Que te ofrece en la Misa.

Mias todas sus llagas,
Que en mi favor te gritan;
Sus méritos son míos,
¡Que él no los necesita!

Mia la tierna Madre,
Que cuando en cruz moria
Me la dejó en herencia
Su prenda mas querida.

Por eso yo confío
En tu Deidad propicia,
Pues descargó ya el golpe
La espada de tus iras.

Por eso perdonarme
Debes esta osadía,
Con que mas de tí espero
Piedad y no justicia.

CAPÍTULO L.

Las tribulaciones motivo de esperanza del cielo y consoladora señal de predestinacion para los amigos de Dios.

Es muy particular lo que en el seno de nuestra amable Religion sucede con las tribulaciones; son estas segun San Juan Crisóstomo el fundamento de nuestras esperanzas. Y en efecto lo son nada menos que demostrando con su existencia una de las verdades mas grandes y mas fecundas en consecuencias magnificas, y ligada con el orden natural y con el sobrenatural, con el tiempo y con la eternidad descifradora del misterio del hombre sobre la tierra, y restablecedora del equilibrio de la justicia divina. Los justos padecen; luego hay para ellos otra vida inmortal en que sean premiados, mientras los inícuos á veces mas felices que ellos en este mundo, experimenten los castigos debidos á sus maldades; ó no es cierto que Dios existe, pues si existiera no podia faltarle la perfeccion de la

justicia, que en este valle de lágrimas suele ocultársenos por ese trastorno de los bienes y de los males. Por manera que es preciso derribar al Omnipotente de su excelso trono con la audacia mas estúpida y con la impiedad mas execrable, ó conceder que las tribulaciones de los justos son un bien inmenso, porque revelan que les aguarda un premio infinito, habiendo de ser en la vida de la eternidad infinitos todos los galardones, por lo menos en cuanto á su duracion.

El grande escándalo de los enemigos de la divina Providencia es el repartimiento, en la apariencia injusto, de la felicidad y de la fugaz desdicha que acá abajo toca en suerte á los hombres, y este cabalmente es el mas íntimo consuelo de las almas puras y atribuladas que siendo amigas de Dios se ven postpuestas en los bienes terrenos á muchos de los que le ofenden con mas impío descaro; saben ellas que su Amado es incapaz de no corresponder al amor que le tienen de una manera propia de la grandeza de un Dios, y por otra parte ven que las trata á veces peor que á sus enemigos, y sacan una consecuencia de inefable consuelo superior á sus mas

amargas pesadumbres. Su esperanza de alcanzar el cielo casi raya en certidumbre de poseerlo.

El argumento filosófico que he enunciado, y ese dulcísimo sentimiento íntimo, que es como una aurora de gloria en los corazones virtuosos destrozados por los pesares, se corroboran grandemente con la ciencia positiva, que sobre tan consoladora verdad vive y reina en el gremio de nuestra madre la Iglesia Católica, y se difunde por medio de sus doctores sapientísimos.

Por mas que encubra tu beldad divina,
Santa tribulación, umbrío velo,
De tí sale un torrente de consuelo
Para quien con fé pura te examina;
Porque es de Santos Padres fiel doctrina
Que el Señor á la gloria de su cielo
Al justo á quien inunda mar de duelo,
Con sábia providencia predestina.

¡Ah, tan sublime y deliciosa idea
Te hace mirar cual célico tesoro,
Que con dulce esperanza lisonjea!
¡Gloriosa eternidad respira el alma
Por ella y se convierte el largo lloro
Y la tormenta en jubilosa calma!

Leemos en el libro de Job que es dichoso el hombre á quien Dios corrige por medio de los trabajos: *Beatus homo qui corripitur à Deo*. Y aun se expresó el apóstol Santiago con mas claridad escribiendo que es feliz el que sufre la tentacion, porque cuando fuere probado recibirá la corona de vida que el Señor tiene prometida á los que le aman. Y todavía es mas terminante el Espíritu Santo al afirmar en el nuevo Testamento que conviene que entremos en el reino de Dios por medio de muchas tribulaciones. Estas son á no dudar el camino de la gloria segun el repetido testimonio del apóstol San Pablo.

Si me inundas, Señor, en mar de penas
Es porque anhelas que yo suba al cielo,
Y me das alas para alzar el vuelo,
Rompiéndome del mundo las cadenas.

Si á doloroso llanto me condenas,
Sabes, Señor, que es mi salud el duelo,
Pues me desata del mezquino suelo,
Y por eso de hiel mi copa llenas.

Cuanto mas mis dolores multiplicas,
Mas para el trance de la fiera muerte
El débil corazon me fortificas.

Pues si la vida me es atroz tormento,

Y el no esperar tu gloria es ofenderte,
¿No ha de ser dulce mi postrer momento?

Los libros santos ponen de manifiesto con admirables sentencias las ventajas, que producen los padecimientos; pero si bien su divina autoridad es mas que suficiente para convencernos de tan consoladoras verdades, la historia del antiguo Testamento y la de la Iglesia están llenas de luminosos ejemplos, que comprueban que la amargura del dolor hace abrir los ojos del alma para ver y tomar la senda que guia al cielo. Y si se quiere un ejemplo de nuestros dias, léase el incomparable libro de las *Prisiones de Silvio*, en que este hombre de corazon patético cuenta como San Agustin los pasos por donde el Señor le llevó entre cruelísimos dolores á la luz de su santificadora amistad.

Dulce cautivador de corazones,
Sublime Silvio, amor del alma mia,
Gloria de la sagrada poesía,
Embeleso de todas las naciones.
¿Trocarás, di, tus horas de aficciones
Por un siglo de plácida alegría,
Si debes celestial filosofía

Á dos lustros de llanto y de prisiones?
Tu alma sensible en ellas se sublima,
Y de ellas vuelve al mundo cual del cielo,
Pues ya divino espíritu la anima.
¡Yo bendigo tu largo desconsuelo,
Pues que sin él de Escandinavia á Lima
No derramarás divinal consuelo!

Todo á la eternidad un Dios eterno
Debe ordenarlo, y Dios así lo ordena:
Por eso envia al justo amarga pena
Para perfeccionar al hombre interno.

Aunque es un padre bondadoso y tierno
Á los que mas estima mas condena
Á la tribulacion, porque enajena
Del mundo y pone aquí su breve infierno.
En fugitivo daño el bien encierra,
Pues limpia al alma el transitorio duelo
Y se alcanza corona en la árdua guerra.

Calle pues, calle quien se queja en vano,
Por entre espinas caminando al cielo.
¡Sepa que Dios le lleva de la mano!.....

Los bienaventurados padecieron
En sus santificados corazones
Multiplicados males y baldones
Mientras que desterrados estuvieron.

Mas cuando á las alturas se subieron
En dulzuras y excelsos galardones
Se mudaron sus duras aficciones,
Que amarguras allá no los siguieron.

Pues por aquí se quedan los dolores,
Que ruedan de continuo entre mortales,
Sin que puedan subir hasta los cielos.

¿Y quien los fugitivos sinsabores
Reputará nocivos si inmortales
Se vuelven vivos frutos de consuelos?

CAPÍTULO LI.

De la union de nuestra voluntad con la divina para la felicidad del pensamiento.

El saber, como saben los verdaderos cristianos, que la tribulacion es un bien sirve admirablemente para que nuestra voluntad se conforme, se una, y se identifique con la divina por medio del amor, no solo acatando sino amando sus adorables disposiciones, aunque parezcan contrarias á las tendencias de nuestra enfermiza naturaleza. Y en esta union de nuestra voluntad con la del Legislador, árbitro y supremo gobernador del universo

está el principal resorte, ó mejor dicho, el todo de la felicidad del pensamiento. Cuanto acontece en el mundo, grande ó pequeño, lo ordena Dios; luego es indudable que quien unido esté omnímodamente con la voluntad divina, tendrá una parte al menos afectiva en esa universal ordenacion de cuanto acaece en los mundos visibles é invisibles, la amaré, y no es posible que disguste lo que se ama.

Complace sin duda alguna lo que se ama, y por eso la mente identificada con la adorable voluntad de Dios, puede estar siempre complacida viendo á todas horas que por donde quiera triunfan las irresistibles disposiciones de la omnipotente Ordenadora de todo. Su celestial fortaleza quebranta las fuerzas del averno; y encantando á querubines y arcángeles, la profundidad de su sabiduría es celebrada por los cielos con himnos inmortales; y su ternura se emplea en amar á los hombres. Sumisamente obedecen con rapidez á esta adorable voluntad los vientos, los mares, las tempestades, los astros y todas las potestades del firmamento. Si se aira, desaparecen los orbes.

¿Qué lengua expresaria lo que es la vo-

luntad del perfectísimo Rey de los siglos?....
La voluntad de Dios encierra todas sus perfecciones infinitas. Es sapientísima, fortísima, poderosísima, justísima, y por último es la misma bondad de Dios. Y el corazón cristiano verdaderamente penetrado de esta sublime idea no podrá menos de hallar una mina de consuelo y hasta de gloria en el cumplimiento de esa voluntad divina, aun cuando le atribule. El amarla hace dulces los padecimientos; la consideración de sus perfecciones inefables embellece los males, que nos envía unas veces por castigo y otras para probar nuestra fidelidad.

Tu voluntad sublime,
Ó Dios del alma mía,
Amo porque está en ella
Tu gran sabiduría.

Ámola, porque tiene
Augustas perfecciones,
Que enamorar debieran
Todos los corazones.

Ámola, porque en ella
Vive entera justicia,
Que preside al gobierno
De este mundo propicia.

Ámola, porque es dulce,
Porque es bondad inmensa,
Suavísima ternura,
Y caridad intensa.

Ámola, porque ha sido
La fuente de mi vida,
Y á la inefable gloria
Á subir me convida.

Ámola apasionado
Porque es voluntad santa
De mi Dios, que amoroso
Me cautiva y me encanta.

Porque es tuya, Dios mío,
Que mueres por mi culpa,
Y das por mí tu sangre
De mi yerro en disculpa.

¡Ámola yo por eso,
Ámola yo, y me brindo
Á ser tan solo suyo,
Y á ella amante me rindo.

Siempre, Señor, tu voluntad divina
Tiene su poderoso cumplimiento,
Y pocas veces el humano intento,
Pues con frecuencia en vanidad termina.
Como nave que náufraga se arruina,
Así fracasa; y sirve de tormento
Ver que, cual humo se disipa al viento,

Así en su perdición se arremolina.
Por eso nos importa con la tuya
Omnipotente voluntad unirnos,
Y de la nuestra vana desprendernos.
¡Conviene que la nuestra se destruya,
Y de la tuya triunfadora asirnos
Si de veras ansiamos complacernos!

CAPÍTULO LII.

*Cuán dulce es al pensamiento la idea de
la divina Providencia.*

La Providencia, que á todo atiende, de todo cuida y todo lo gobierna con omnipotencia y sabiduría prodigiosa, es la hija primogénita de la divina Voluntad, es su expresion operativa. Si bien hablando generalmente se comprende la Providencia como una personificación sublime de varios de los divinos atributos puestos en accion para el gobierno del universo y de todos los seres que lo pueblan; el principio de esta excelente madre de ternura para con los hombres está en la voluntad amabilísima de Dios.

Las mismas dotes de admirable alteza, la misma hermosura, el mismo poderío, la sabi-

duría misma, la misma infinita bondad y la misma eterna justicia que adoramos en la divina Voluntad, sabemos que se hallan en la Providencia. De aquí nace esa confianza dulcísima que en ella tienen puesta las almas virtuosas, porque viven seguras de que cuida maternalmente de ellas, y así se abandonan á su bienhechor gobierno con una envidiable paz, sin que turben la serenidad de su apacible pensamiento ni el tronar de las nubes, ni el ímpetu de los aguaceros inundadores, ni el fuego que viene devorando, ni el granizo que arruina las mieses y los frutos de los huertos, ni el espíritu de las tempestades, ni los contratiempos que asaltan á las familias, ni las calamidades públicas, ni las persecuciones mas encarnizadas, pues les consta que todo marcha al fin bondadoso que le ha señalado la adorada Providencia, y que ese fin es bueno para ellas, aunque no entiendan los elevados caminos por donde el Señor lleva los acontecimientos, las cosas y los hombres, disponiéndolo todo con una firmeza y suavidad imponderable. *Attingit à fine usque ad finem fortiter, et disponit omnia suaviter.*
Sap. 8.

¡Oh cuán plácida y dulce es la alta idea
De que un Dios de bondad el orbe rige!
Con ella me consuelo si me aflige
El mal que el melancólico prevea.
Si el Señor toda su ternura emplea
En gobernar el mundo y lo dirige
Segun su sábia providencia exige:
¿Qué podrá suceder que un bien no sea?
Rebrame el huracan de las pasiones,
Alce su frente la feroz discordia,
Sangre suden convulsas las naciones;
Hay un Dios poderoso que á la tierra
Silencio impone y en feliz concordia
Apaga el voraz rayo de la guerra.

Yo no sé en qué consiste, pero es cierto
que los males se presentan de ordinario bajo
un aspecto lúgubre y dominante, que da á
entender que han venido no para afligirnos
por breve tiempo como huéspedes importunos,
sino para tiranizarnos por siempre como per-
pétuos opresores. Contra esta funesta mania
de nuestra abatida imaginacion, tan dada á
considerar cual duradero lo que nos mortifica,
enseña la experiencia que por lo regular son
vanas las reflexiones filosóficas; su único re-
medio positivo y radical es el conocimiento

de la divina Providencia, y la amorosa con-
fianza, con que viven entregados á ella los
corazones de acrisolada virtud. Esto hace que
reciban las desgracias cual pasajeras visitas
de su amoroso Señor, que los prueba con
trabajos, y que no se dejen avasallar por la
melancolía, rechazándola hasta cierto punto
con tener los ojos fijos en su Dios, esperando
que pronto ha de consolarlos.

Tierna Casilda, en cuanto
El sol con su luz dora
Y la noche desdora,
Alternan risa y llanto.
Sigue el gozo al quebranto,
Luego rie el que llora,
Pena devoradora
Va en pos de alegre canto.
Pero de arriba vienen
Los pesares y gustos,
Y poco se detienen.
Por eso no suspiras
Si te llueven disgustos,
Y á Dios tan solo miras.....

Una de las amarguras que mas acibaran
la vida de los hombres pensadores es la de
fijar la mente en las siniestras nubes de los

horizontes políticos y sociales, divisando de cerca ó á lo lejos asoladoras tempestades, y temblando de antemano y comunicando su pavoroso espanto á cuantos dirigen la palabra. Por eso es una peste la de los negros presagios. ¿Quién se libra de ella? Solo el que adora con fé, esperanza y caridad á la divina Reguladora del universo.

Como cuando de horrendas tempestades
Van las nubes preñadas retronando,
Y horizontes sombríos enlutando,
Anuncian descargar calamidades;
Estremeciendo así las sociedades,
Y volcanes ignívomos forjando,
Va el furibundo siglo amenazando
Desolacion extrema y mortandades.
Llora el género humano tembloroso;
Yo empero, ó Rey del mundo, yo confío
En misericordiosa omnipotencia.

¡Sé que tu amor es todopoderoso!
¡Sé que salvarnos quieres, Padre miol
¡Sé que nos salvará tu Providencial

Divina Providencia,
Que con leyes ocultas
Al cielo me conduces

Por vereda segura,
Contigo el alma mia
Tiene inmensa deuda,
Pues siempre la has mirado
Con maternal ternura.
Siempre que con su peso
La tristeza me abrumba,
Ó el dolor sus puñales
En mi pecho sepulta,
Desde el profundo abismo
De mi horrible amargura,
Á tí alzo, en tí fijo
Mis ojos de luz mustia.
Y á mi socorro vuelas
Cual madre de dulzura.
Con tus rayos de gloria
Me consuelas, me alumbras,
Y disipas cual humo
Mi tristeza profunda.
En júbilo conviertes
Mi dolorosa angustia,
Y en un corazon nuevo
El corazon me mudas.
Tal bondad y cariño
¿Cómo pagar? No, nunca
Pagarte podrá mi alma;
Pues su indigencia es mucha.
Mas aunque pobrecilla,

La ingratitud le asusta,
Y así por verse libre
De tan odiosa culpa
Vivirá repitiendo:
«¡Ó Providencia augusta,
Te muestras dulce madre
Al que á tí se refugia!»

CAPÍTULO LIII.

*De cómo el espíritu de penitencia hace mas
suaves las tribulaciones.*

La eterna salvacion del hombre, que es el supremo bien, está vinculada á la inocencia ó al arrepentimiento ó penitencia. Profundamente penetrados de esta verdad los cristianos, conociendo que por la pérdida de nuestra inocencia no podemos ser admitidos en el augusto palacio de la gloria, miramos la penitencia como la única tabla de salvacion en el naufragio que ha hecho nuestra alma, sumergiéndose en el abismo de la culpa. Esta doctrina hace considerar la penitencia como un bien inmenso. Mas ya se entenderá que ahora no hablo de los de tibia fé, sino de

los que atienden á la vida futura de sus almas. Para estos existe el convencimiento de que por sus culpables flaquezas tienen con el Juez eterno una cuenta pendiente, cuyas terribles partidas se han de ir cancelando por medio del dolor voluntario ó por la humilde aceptacion de los padecimientos que el Señor les envia. Tan grabada está semejante idea entre los fieles que es muy comun cuando á una persona de virtud se ve padecer larga y cruelísimamente el imaginarse y decir que Dios le ha puesto el purgatorio en este mundo, y que cuando salga de él es muy probable que vuele en derecha á los cielos.

Si así piensan los espectadores, ¡cuán íntimo consuelo será para el alma paciente cada uno de sus trabajos, estando segura de que los ofrece y los sufre resignadamente en satisfaccion de lo que debe al Todopoderoso por lo que le ha ofendido! ¿No se alegra el deudor cuando tiene la dicha de pagar á sus temidos acreedores? ¿No se descarga de un enorme peso? ¿Y no es mayor fortuna el sentir que se van rompiendo por medio de la satisfaccion penitencial las cadenas que nos impedirian subir á la patria del gozo y de la

La ingratitud le asusta,
Y así por verse libre
De tan odiosa culpa
Vivirá repitiendo:
«¡Ó Providencia augusta,
Te muestras dulce madre
Al que á tí se refugia!»

CAPÍTULO LIII.

*De cómo el espíritu de penitencia hace mas
suaves las tribulaciones.*

La eterna salvacion del hombre, que es el supremo bien, está vinculada á la inocencia ó al arrepentimiento ó penitencia. Profundamente penetrados de esta verdad los cristianos, conociendo que por la pérdida de nuestra inocencia no podemos ser admitidos en el augusto palacio de la gloria, miramos la penitencia como la única tabla de salvacion en el naufragio que ha hecho nuestra alma, sumergiéndose en el abismo de la culpa. Esta doctrina hace considerar la penitencia como un bien inmenso. Mas ya se entenderá que ahora no hablo de los de tibia fé, sino de

los que atienden á la vida futura de sus almas. Para estos existe el convencimiento de que por sus culpables flaquezas tienen con el Juez eterno una cuenta pendiente, cuyas terribles partidas se han de ir cancelando por medio del dolor voluntario ó por la humilde aceptacion de los padecimientos que el Señor les envia. Tan grabada está semejante idea entre los fieles que es muy comun cuando á una persona de virtud se ve padecer larga y cruelísimamente el imaginarse y decir que Dios le ha puesto el purgatorio en este mundo, y que cuando salga de él es muy probable que vuele en derecha á los cielos.

Si así piensan los espectadores, ¡cuán íntimo consuelo será para el alma paciente cada uno de sus trabajos, estando segura de que los ofrece y los sufre resignadamente en satisfaccion de lo que debe al Todopoderoso por lo que le ha ofendido! ¿No se alegra el deudor cuando tiene la dicha de pagar á sus temidos acreedores? ¿No se descarga de un enorme peso? ¿Y no es mayor fortuna el sentir que se van rompiendo por medio de la satisfaccion penitencial las cadenas que nos impedirian subir á la patria del gozo y de la

luz? Hé aquí cómo el espíritu de penitencia endulza lo mas amargo del dolor: sin él se padecerá sin fruto, se padecerá sin consuelo, se padecerá como los precitos que habitan en la inmensa hoguera de la reprobacion final.

Hasta la idea del purgatorio se hace deliciosa para el pecador, que sabe que es preferible una centuria de años en la basílica de la expiacion á una eternidad de llamas devoradoras, y que aquella es la puerta del cielo despues que él mismo la cerró con su conducta depravada, porque nada manchado entrará en él.

¡Cuán consolatorio,
Dulce pensamiento
El del Purgatorio
Para el pecador!

¿Quién será tan puro
Que el celeste asiento
Tenga por seguro
Sin miedo de error?

En este recelo,
Solaz y dulzura
Es saber que al cielo
Se va por dolor.

Se espera el contento

Por la de amargura
Senda y aposento
De triste clamor.

¡De mí qué seria
Sin el Purgatorio!

¿Al cielo yo iria?

¿Á mí tal honor?

No entra vil mancilla
Al divino emporio,
Y mi alma no brilla
Con puro esplendor.

¿Cuál será mi suerte
En años eternos?
¿De dónde la muerte
Me hará morador?

Gloria no merece
Mi alma: ¿los infernos?
Pensar la estremece
En ellos; ¡qué horror!

Dulce el Purgatorio

Á mi fantasía.

¡Cuán consolatorio
Para el pecador!

Pues me eres consuelo,
Ó mansion umbría,
Cual puerta del cielo,
Es tuyo mi amor.

La resignacion y la paciencia, que son el mejor bálsamo de las tribulaciones, brotan como de su propia fuente del sabio espíritu de penitencia. En la conclusion del siguiente soneto me parece que se descubrirá algun indicio de lo que ahora acabo de indicar.

Los niños todos de este mundo lloran,
Porque para el dolor hemos nacido,
Y así al soltarse del materno nido
Á su Hacedor con lágrimas adoran.
Su desnudez y su miseria imploran
En lenguaje tan tierno y afligido
Socorro de alimento y de vestido,
Que ellos solo gemidos atesoran.

No traen mas riqueza que su llanto,
Y declaran con él ser pecadores,
Porque sus padres en Eden lo fueron.

¿Y por qué yo de sollozar me espanto
Si taladran mi pecho los dolores,
Que mis culpas ingratas merecieron?

Hé aquí otro soneto, que envuelve una idea algo semejante.

En pos de las riquezas desalado
¡Ay! por su ausencia me lamento y lloro,
Y en Belen el Dios-Niño sin decoro
Y sin pompas de mundo está alojado.

Entre mil penas yo me angustio ahogado
Porque su cara no me muestra el oro;
Y el Niño Dios no tiene mas tesoro
Que el pecho maternal do está colgado.

El Niño es rey de reyes; yo un mezquino
Que por mis culpas merecí un infierno,
Donde debia arder pobre y desnudo.

Si en el pesebre el Hacedor divino
Tiembla cual un mendigo en el invierno;
¿Cómo mi lengua querellarse pudo?

CAPÍTULO LIV.

Del miedo.

Es el miedo un malévolu duende, que en todas partes se halla haciendo daño. ¿No se diria que es patrimonio de la humanidad? Oimos á hombres jactanciosos que dicen: «yo nada temo;» pero seria insensatez creerlos. El género humano teme, porque tiene multiplicados motivos de temores, y ellos pertenecen á ese mismo género humano; por consiguiente sus palabras no son hijas de la verdad cuando aseguran que se hallan exentos del miedo. Bien podrá ser que participen de él con respecto á varias causas de pavor

menos que la generalidad de las mujeres; sin embargo, en vano pretenderán persuadirnos que nada temian absolutamente. Si leyesen la dilatada enumeracion que de los males que nos amenazan hace el docto P. Rivadeneira en su tratado de la tribulacion, acaso tropezarian con alguno, cuyo recuerdo les hiciese temblar.

Cierto que son muchos nuestros enemigos; por los aires vuelan los vientos nocivos, y en sus alas la peste, por los mares las tempestades, por los horizontes las nubes armadas de rayos, por debajo de la tierra el espíritu de los temblores, que arruina las ciudades con una sacudida. Y en nuestro valle de lágrimas ¿quién contará los males y las adversidades á que estamos expuestos? ¿Cuánto no hay que temer de nuestros semejantes? ¿Opondremos á la muchedumbre de nuestros temores nuestro pobre corazon, como un héroe que solo desafia á una turba de adversarios? ¿Pero á dónde está nuestra fortaleza y heroicidad? Los héroes merecen la denominacion de tales cabalmente porque son muy pocos.

Mas concedamos lo que no se debia conceder; concedamos que carecen felizmente de

la tribulacion del miedo todos los que declaran no temer nada ni á nadie; y adelantando algo mas, supongamos que el miedo no se opone á la felicidad del pensamiento de ningun hombre, porque no lo conoce. Ya tenemos sin miedo á la mas fuerte mitad del humano linaje. ¿Solicitarán las hijas de Eva que usando de igual generosidad, se las incluya en la gratuita concesion hecha á los hombres, dando por sentado que no tienen miedo? Ni lo pretenden, ni se les concede. Luego por lo menos la mas bella mitad de la innumerable descendencia de Adan padece la enfermedad del miedo. Y cierto que la filosofia no podria curarla con el sobrenatural antidoto, cuya idea se expresa en el siguiente soneto, porque Dios, séame permitido decirlo, no pertenece á las reflexiones meramente filosóficas destituidas de la dulce piedad, sino á la Religion confiada y amorosa.

¿Por qué tiembas, Eulalia? Reflexiona
Que Dios en donde quiera está presente
Velando por nosotros providente,
Y que nunca á sus hijos abandona.

De cuidarnos cual madre Dios blasona,
¿Y aun temerás? Dios es omnipotente

Y padre de bondad. Y neciamente
Desconfiado el miedo le baldona.

Sí; que el mucho temer á Dios afrenta.
Quien teme, en el Señor nada confía
Y supone que de él no tiene cuenta.

Destierra pues tu insana cobardía,
Vive con paz, y tu esperanza alienta,
Y huye del miedo cual de culpa impía.

Entre otros muchos que pudieran aducirse,
quiero presentar un poderoso motivo de con-
fianza, que ni Eulalia ni otra mujer del
mundo hallaría para curarse del miedo fuera
de nuestra muy consoladora Religión. Hélo
aquí: el Ángel de la guarda.

¿Por qué tiembles, Eulalia, si te ha dado
Dios un ángel sublime por tutela,
Un ángel, vigilante centinela,
Que su Rey manda estar á tu cuidado?

Mira que ocultamente va á tu lado,
Y siempre junto á tí reposa ó vuela,
Y cuando duermes, cuidadoso vela
Como pastor que guarda su ganado.

Es un radiante príncipe de gloria,
Mas fuerte que los grandes de la tierra,
Y es para tí un amigo dulce y tierno.

• Te protege su espada de victoria.....

¡Ya no temas al mundo ni al averno!
¡Á ambos tu invicto defensor aterral

La Sagrada Escritura, que es riquísimo manantial de inefables consuelos, está llena de muy claros testimonios de que vencen al miedo y á la pavora los que esperan en el Señor. Isaías dice en su cap. 40, v. 31: «*Qui autem sperant in Domino, mutabunt fortitudinem, assument pennas sicut aquilæ, current, et non laborabunt, ambulabunt et non deficiet*: Mas los que esperan en el Señor renovarán su robustez: echarán alas como de águila: correrán y no se cansarán: caminarán y no desfallecerán.» Y el Profeta rey canta: «*Qui confidunt in Domino, sicut mons Sion: non commovebitur in æternum, qui habitat in Jerusalem*: Ps. 124. Los que en el Señor confían son como el monte de Sion: no vacilará eternamente el que habita en Jerusalem.» Magnífica comparacion, que hace concebir la mas alta idea de la incontrastable firmeza con que resisten al miedo los que tienen puestos en Dios sus resguardados y fortalecidos corazones, morando deliciosamente en la celestial Jerusalem de su amistad, de su paz y confianza.

Así es que el alma observadora de la ley divina que fiada en la misericordia del Señor espera el cielo, no teme ni á la muerte, como lo acreditan las vidas de muchos Santos, que se entregaron á ella dulcemente, regocijándose porque los iba á llevar al tabernáculo de su Dios.

La humana frágil vida
Es piélago de penas;
Razon tuvo el que dijo
Que es milicia en la tierra.
De la cuna al sepulcro
Es de espinas la senda.
Mas el cristiano justo
En el término de ella
Vé relucir el día
De bienandanza eterna,
Porque la muerte rompe
Sus pesadas cadenas,
Y el alma brilladora
El ágil vuelo suelta.
Por eso al fiel cristiano
Cuando á su lecho llega
Con su guadaña aguda,
No le parece fea,
Ni horrible ni espantosa,
Sino amable y risueña;

Y así con dulce halago
La saluda y la estrecha
Apacible á su seno,
Blandamente la besa,
Y á su mano benigna
Dócil el cuello entrega,
Diciéndole amoroso
Con vista y voz serena:
«¡Ó muerte, el alma mía
Liberta ya, liberta,
Que al Dios de sus amores
Volar por tí desea!»
Y la muerte suave
Con dulzura halagüeña
Como novel esposa,
Al justo que la ruega,
En un ósculo tierno
Roba el alma y la lleva
Dormida hasta la gloria,
Donde alegre despierta.

CAPÍTULO LV.

*Expónense diversas razones de consuelo
debidas á nuestra divina Religión.*

Tal es el cúmulo de verdades consolatorias, que nuestra bienhechora Religión enseña en pro de la felicidad del pensamiento, que en una tertulia de muchas personas ilustradas y piadosas, si la conversacion versára sobre esta materia importantísima, cada una de ellas podría emitir una idea distinta y bien fundada, prescindiendo de cuanto llevo hasta ahora indicado. Rodolfo diria: «Yo, señores, estoy en la creencia de que la mayor parte de nuestros pesares proviene de que amando mucho los bienes de la tierra, creemos tener un derecho á su posesion, cuando por el contrario en la ley de gracia, en que ahora felizmente vivimos, el infalible Remunerador de las virtudes no es esto lo que nos promete, reservándonos un premio mas duradero y mas glorioso en la otra vida. Á este propósito compuse para un amigo mio lo siguiente.

¿Por qué tu lengua, Pánfilo, murmura
De la frágil fortuna en los vaivenes?
¿Te ha prometido Dios terrenos bienes?
¿Por qué pues contra Dios se desmesura?
¿No te ha dicho el Señor en la Escritura
Que si en el alma la virtud mantienes,
Coronará de resplandor tus sienes
Allá en la vida que por siempre dura?
¿Cómo pues antes de alcanzar victoria
Quieres que Dios tus gustos satisfaga
Sin aguardar á que entres en su gloria?
Tú que en el cielo esperas el bien sumo,
Á quien no espera tan divina paga
Deja los bienes que son paja y humo.

Teodoro á su vez se expresaria de este modo: «En cuanto á mí estoy persuadido de que nuestro más continuo tormento es pensar en lo futuro, anhelando que todas las cosas rueden á medida de nuestra voluntad, como si fuéramos nosotros los reyes del universo. ¿Qué remedio para este mal? Recitaré unos versos que lo indican muy claramente.

¡En cuánta vanidad y devaneo
Se pierde el hombre que sin fin medita
Lo que será mañana! ¡Ay que le agita
Su fantasía en eternal rodeo!

CAPÍTULO LV.

*Expónense diversas razones de consuelo
debidas á nuestra divina Religión.*

Tal es el cúmulo de verdades consolatorias, que nuestra bienhechora Religión enseña en pro de la felicidad del pensamiento, que en una tertulia de muchas personas ilustradas y piadosas, si la conversacion versára sobre esta materia importantísima, cada una de ellas podría emitir una idea distinta y bien fundada, prescindiendo de cuanto llevo hasta ahora indicado. Rodolfo diria: «Yo, señores, estoy en la creencia de que la mayor parte de nuestros pesares proviene de que amando mucho los bienes de la tierra, creemos tener un derecho á su posesion, cuando por el contrario en la ley de gracia, en que ahora felizmente vivimos, el infalible Remunerador de las virtudes no es esto lo que nos promete, reservándonos un premio mas duradero y mas glorioso en la otra vida. Á este propósito compuse para un amigo mio lo siguiente.

¿Por qué tu lengua, Pánfilo, murmura
De la frágil fortuna en los vaivenes?
¿Te ha prometido Dios terrenos bienes?
¿Por qué pues contra Dios se desmesura?
¿No te ha dicho el Señor en la Escritura
Que si en el alma la virtud mantienes,
Coronará de resplandor tus sienas
Allá en la vida que por siempre dura?
¿Cómo pues antes de alcanzar victoria
Quieres que Dios tus gustos satisfaga
Sin aguardar á que entres en su gloria?
Tú que en el cielo esperas el bien sumo,
Á quien no espera tan divina paga
Deja los bienes que son paja y humo.

Teodoro á su vez se expresaria de este modo: «En cuanto á mí estoy persuadido de que nuestro más continuo tormento es pensar en lo futuro, anhelando que todas las cosas rueden á medida de nuestra voluntad, como si fuéramos nosotros los reyes del universo. ¿Qué remedio para este mal? Recitaré unos versos que lo indican muy claramente.

¡En cuánta vanidad y devaneo
Se pierde el hombre que sin fin medita
Lo que será mañana! ¡Ay que le agita
Su fantasía en eternal rodeo!

Inútil é importuno es el empleo
De su mente inflamada, que marchita
Pensando en lo que el mundo necesita
Para amoldarse á su tenaz deseo.
¿Será acaso que añada á su estatura
Por mucho que calcule un dedo solo?
¿Pues por qué condenarse á tal tortura?
¿Por qué toda inquietud no se desecha?
¿Por qué no abandonarse á Dios tan solo,
Si tamaña fatiga no aprovecha?

Bonifacio manifestaría que estaba de acuerdo con el pensamiento de Rodulfo sobre que es un error gravísimo pretender aquí abajo una dicha, que solo hemos de lograr allá en los cielos; y añadiría que en las tribulaciones dá grande conformidad el saber que las merecemos por nuestros pecados, pues en este caso no son una injusticia, siendo evidente que nunca se padece mas que cuando se tiene por injusto el padecimiento.

Y Rodulfo poeta notando que los dos primeros interlocutores habian expresado en verso sus conceptos, y sabiendo que no podía hacerlo su amigo Bonifacio, se brindaría á enunciar las ideas de aquel poéticamente, improvisando así.

¡Soberano Hacedor! ¡Cuán sin motivo
Á tí levanto mi continua queja
Porque á mi tierno corazón aqueja
Mirar tanto espectáculo aflictivo!
¿El premio de mis culpas no recibo
Siempre que tu bondad de mí se aleja
Y en desconsuelo suspirar me deja,
Humillando tal vez mi genio altivo?
¿Esta la mansion es de mi reposo?
¿Este el reino feliz de eterna gloria?
¿Ó el premio aquí de la virtud pusiste?
¿Quiero ceñirme de laurel glorioso
Sin haber conseguido la victoria?
¡Y me quejo, Dios mio, y estoy triste!...

Aplaudiendo los concurrentes la oportuna improvisación de Rodulfo, y viendo que la conversación llevaba un aspecto de academia poética, rogarían á Teodoro y Rodulfo que glosáran inmediatamente en verso las ideas que los demás fuesen manifestando acerca de los divinos consuelos que se hallan en nuestra dulce Religion para toda clase de dolores y amargos sentimientos. Aceptarían ellos y se comprometerían á hacerlo. Y Bonifacio, tomando el hilo de su interrumpido discurso, probaría que en todas las cosas de la tierra

hay un gran vacío; por lo cual los que deseándolas con ánsia al fin las consiguen, no satisfacen su anhelo. Y dando á sus palabras un tono algo sentimental, y mostrando que conocia el corazón humano, afirmaria que es una ventaja muy considerable el estar penetrado de la realidad de ese eterno vacío que se halla en todo lo del mundo, pues semejante conocimiento sirve muy mucho, tanto para no experimentar dolorosos chascos, como para no amar demasiado lo transitorio y vano, y no amándolo padecer menos. Insistiria en que las grandiosas verdades de la Religion bien meditadas, desprendiendonos en cierto modo de las vanidades terrenas, nos ahorran los acerbos disgustos compañeros de los desengaños con que estas pagan á sus amadores; y concluiria con aquello de que solo en Dios se halla la verdadera paz del alma, siendo su amistad santificadora lo único que puede llenar el vacío del corazón del hombre. Rodolfo no se detendria en pronunciar sobre tal pensamiento estos catorce versos.

En el mundo, Señor, es todo espinas:
En la fortuna rueda la inconstancia.

Y en el saber humano la ignorancia;
Hay amistades, pero pocas finas.

Desentrañar el oro de las minas
Es empresa difícil: no hay ganancia
Sin trabajo, inquietud y vigilancia;
Y sobrevienen impensadas ruinas.

¿Y á quien halaga universal consuelo?
Imposible el gozar feliz reposo
Sin elevarse á tu Deidad el alma.

Solo encumbrando mi ferviente vuelo
Hasta tu pecho, celestial Esposo,
El tesoro hallaré de dulce calma.

Eduardo esclavo de la melancolia y de ánimo apocado diria que el amar la Religion ofrece el inconveniente de apesadumbrarse por los contratiempos, que á esta sobrevienen. Mas á semejante observacion replicaria Indalecio que aun para eso hay consuelo y muy grande en la misma vida de la Iglesia católica, porque sus derrotas son triunfos por el santo heroismo de los perseguidos fieles, y que Dios por otra parte cuida de compensar sus pérdidas dándole esclarecidos varones de muy alta sabiduria y admirable virtud. Fijarianse las miradas en Teodoro como para invitarle á que siguiera el ejemplo del otro vate; y Teodo-

ro, despues de haber reflexionado un instante, exclamaria:

¡Oh Dios, cuántos millares de doctores
Suscitas en tu Iglesia vencedora
Contra la vil falange engañadora
De protervos heréticos errores!

¡Cuán sublimes de ciencia resplandores
No derrama tu luz consoladora
Siempre que del sofisma se deplora
El triunfo conseguido en pecadores!

¡Cuántas de santidad vivas centellas
Difundes en el seno de tu esposa
Si acaso se le apaga alguna de ellas!
Así reparas siempre con usura
Sus pérdidas, y muestras cuán hermosa
Tu amor la quiere y la conserva pura.

Viéndose derrotado Eduardo acudiria á otro tema, diciendo que la piedad hace al cristiano meticoloso, pues le trae siempre pensativo y cavilando sobre la justicia divina. Ildefonso no le dejaria pasar mas adelante, pintándole con viveza los multiplicados motivos de confianza en Dios y de esperanza de alcanzar el cielo, que la misma Religion nos ofrece, como obligándonos en cierto modo á

desechar la tristeza, los vanos temores y la encogida pusilanimidad. Rogaria Teodoro á los circunstantes que le disimulasen, si atendiendo á los conceptos de Ildefonso mas bien que al ornato poético, iba á ponerlos en pobrisimos versos septisílabos.

Pánfilo, no te aflijas
Por tu futura suerte;
No estés alicaído,
Pues salvarte Dios quiere.
Espera en él, confía,
Porque es tu Dios, y puedes
Con plácido abandono
Como á padre volverte,
Y en sus manos divinas
Tu salvacion ponerle.
Arrójate á su pecho,
Seguro que no pierdes
Una gota del llanto
Que compungido viertes;
Pues que no solo escucha
Tu clamor penitente,
Y en el libro de vida
Con su sello indeleble
Lo graba ¡oh dicha dulce!
Mas bondoso te vence
En el anhelo vivo

De que á su gloria llegues.
Ni las pasadas culpas
El pecho desalienten,
Que no en busca del justo
Sino del delincuente,
Dios bajó de los cielos
Y nació en vil pesebre.
¡Oh quién inventaría
Prueba mas elocuente
De que salvarte anhela
Que niño tierno hacerse
El Dios de las batallas,
El Dios terrible y fuerte,
Cuya señal humildes
Los rayos obedecen!
¿Quién el ansia diría
Que de tu salud tiene,
Si antes de nueve auroras
Verdugo amor le hiere,
Y por tí ya derrama
¡Ay! su sangre inocente?
Á vista de un Dios niño,
Ó Pánfilo, ¿qué temes?
Todo publica, todo
El empeño evidente,
Que en salvarte Dios pone,
Pues así te prefiere
Que en medio al cristianismo

Te hizo nacer alegre
¡Ay! cuando nacen tantos
En países infeas,
Ó en tierras maldecidas
De obstinados herejes.
Santificó el bautismo
Tu bienhadada frente,
Y en su seno la Iglesia
Te nutrió con su leche;
Y en su regazo amante
Próvida te mantiene
Con el pan de los cielos,
Que el ángel no merece;
Con ese pan divino,
Donde se come y bebe
En manjar adorable
Al Dios omnipotente,
Y es prenda de la gloria
Que te abrirá la muerte.
¡Ó Pánfilo del alma!
Gústale, come y bebe
Hecho manjar suave
Al que juzgarte debe;
Y dime si no es justo
Que animoso te alegres,
Y á la torva tristeza
Del corazón ahuyentes.

Emilio levantando la voz mas que los otros, declararia que estaba tan lejos de conformarse con las opiniones de Eduardo, que para él aun las mas terribles y espantosas verdades de la Religion tenian un aspecto halagüeño, y que el mismo infierno con todos sus horrores le inspiraba sentimientos de regocijo al considerar que Dios hasta ahora le habia librado de él, y contaba como segura con una eternidad de infinita gloria, fundado en lo mucho que por él padeció su divino Salvador. Atendiendo Teodoro á sus razones, las compendiaria así.

¿Qué tiene de espantoso
El formidable infierno
Para el justo que piensa
En heredar el cielo?
Los alaridos oye
De furor y despecho
En el profundo abismo
Retumbar á lo lejos;
Y no se turba el gozo
De su tranquilo pecho,
Ni una nube oscurece
De su mente el lucero.
En la apacible noche

No se turba el sosiego
Y la feliz dulzura
De sus dorados sueños.
Mas si por breve instante
Le anubla el pensamiento
La idea aterradora
Del encendido averno,
Y penetra el espanto
En su inocente seno;
Huye desvanecido
Al plácido recuerdo
De que Dios humanado
Murió con mil tormentos
Por la salud del hombre
En salvador madero.
Y en su dichosa calma
Entra el justo de nuevo,
Porque fia en la sangre
Del divino Cordero.
Si al impío estremece
Oír suplicio eterno;
El justo lo contempla
Con semblante sereno;
Medita en lo terrible
De ese castigo inmenso,
Y en su rostro de gloria
Se pinta al vivo luego
En rayos de alegría

Su celestial consuelo.
Y al Redentor bendice
Que le salvó muriendo.
El corazón le late,
Y arde en el santo fuego
De gratitud mirando
El dolor sempiterno
De que librarse espera,
Divinos mandamientos
Con amor inefable
Solicito cumpliendo.
Y los ojos eleva
Al estrellado cielo,
Y exclama en las delicias
De su alborozo tierno:
«¡Es aquella mi patria,
No es mi patria el infierno!»

Isidoro de carácter dulce y lleno de la más tierna y exquisita sensibilidad, con suave entonación de voz y con apacible semblante ligeramente sonrosado por una modesta y pudibunda vergüenza, pidiendo permiso para hablar, prorumpiría en un ¡ay! seguido de sencillas y francas confesiones de los profundos sentimientos que el amor le había ocasionado, y convendría en que, como ya se

había dicho, en todo lo humano hay un vacío, asegurando que sabía por experiencia propia que hasta las dulzuras del mundo tienen su acibar. Proclamaría con inocente modestia que solo en Dios no había hallado disgusto alguno, y que unirse á él y darle el corazón había sido en sus tribulaciones la celestial medicina de los gravísimos males de su alma dolorida. Tocaría á Rodolfo decir en rimas lo que Isidoro dijera en patética prosa, mientras una elocuente lágrima que humedeciese sus melancólicos ojos haría que otras lágrimas brotaran en otros que le mirasen. Y Rodolfo como estudiando en los labios y en los ojos del amante Isidoro, le sucedería en la palabra, cantando con alguna emoción.

Corazón mío amante,
Amándote criaturas te desvives,
Y en anhelo angustiante
Siempre cuitado vives,
Pues en pago de amor penas recibes.
Los más finos amores
En este mundo burlador se pagan
Con rudos sinsabores,
Y si una vez te halagan,
Mil veces los amores ¡ay! te llagan.

Siempre es tuyo el quebranto,
Siempre tuyo el dolor de quien tú amas:
Por su mal tierno llanto
Compasivo derramas.

¡Crece el dolor cuanto de amor las llamas!

Si á persona querida
Aterradora enfermedad asalta
Y tiembles por su vida,
El aliento te falta
Y zozobra mortal te sobresalta.

Si el forzoso tributo
Paga tu amado á la sañuda muerte,
Tú te cubres de luto,
Y lástima es el verte
Cómo te abismas en dolor inerte.

Solo Dios el amigo
Que no da que sentir, que no se ausenta,
Que está siempre contigo,
Y su amistad contenta
Á el alma cuanto mas su fuego aumenta.

Tierno corazón mio,
Cariño verdadero en Dios se encuentra,
Nunca hay en él desvío,
Mal ninguno en él entra,

Y toda dicha en él se reconcentra.
Amigo omnipotente

Es nuestro Dios altísimo. Natura
Toda está de él pendiente:

Por él existe y dura,
Y toda de él recibe su hermosura.

¿Y en tu favor y amparo
Qué no podrá este Amigo bondadoso,
Que no se vende caro,
Sino muere amoroso
Por tí puesto en patíbulo afrentoso?

Faltarte jamás puede
De tal Amigo protección sincera,
Pues que nada sucede
Sin que él, causa primera,
Lo disponga ó permita que así fuera.

¡Su amor es entrañable;
Es suya la sublime omnipotencia
Que resistir no es dable,
Divina su clemencia,
É infinita su fúlgida excelencia!....

¿Y son así los hombres
De quienes para duelo te apasionas?
Ni siquiera los nombres
Ante el Dios, que coronas
Te ofrece si leal no le abandonas.

Ámale pues de veras,
Corazón mio, con amor constante.

¡Oh cuán dichoso fueras
Si de hora en adelante
Solo reinára en tí tan dulce Amante!

CAPÍTULO LVI.

Indicase otras fuentes de consuelo, y se da fin á esta obra.

Los consuelos que la Religion suministra á los que padecen tribulaciones son tantos, que aun tocándolos solo de paso y con la mas rápida concision, no seria posible que cupiesen en un solo volumen. Se hallan en mil y mil libros espirituales y apologeticos, y en particular en las incomparables páginas de la Sagrada Escritura, que con magnificos rasgos y con muy tiernas imágenes nos pintan repetidas veces la bondad del Todopoderoso para con nosotros, que somos sus mas privilegiadas criaturas. Aunque muchos de esos divinos consuelos estén como reunidos en algunas obras, cual por ejemplo en la jugosísima y patética que escribió acerca de los padecimientos del Salvador el P. Tomás de Jesus, cierto es que están esparcidos en innumerables escritos religiosos, donde se hallan como caidos por acaso de la pluma ó mas bien del corazon de sus autores. Ni yo me

propuse decirlos todos, ni era este el objeto de mi tarea sobre la felicidad del pensamiento, en la cual se han introducido algunos solo porque era preciso mostrar esa fuente de sublime dicha para que en las horas de afliccion la mente anohecida buscára en ella raudales de luz, de vida y dulcedumbre. Y nada he dicho de la inefable consolacion, que ofrece á las almas amantes suyas el bellissimo y endiosador misterio de la adorable Eucaristía, pues solo para esto se requería un extenso tratado, si no se habia de dar una idea incompleta de ese abismo de maravillas todas altísimamente consolatorias. Y nada he dicho de la inmortalidad de los consuelos de la Religion, que mientras los males de esta vida se disipan y desvanecen, jamás ellos se merman, jamás dejan de existir con toda la plenitud de su gloria y dulzura, pues nunca nos faltará el príncipe del cielo nuestro custodio, ni la Reina de las celestiales gerarquías nuestra amorosa madre, ni el delicioso y sobrehumano manjar de nuestros altares, que es el vivificante pan de nuestras almas, ni la divina Providencia, en quien está nuestra esperanza, ni Dios, que es nuestro cariñoso pa-

dre. Y nada he dicho de esa augusta grandeza del cristiano, que sabe que la gracia que ha de darle la gloria eterna, vale mas, infinitamente mas que las riquezas, que los honores, que las pompas del mundo, que el poderío y el mando, y que está seguro de que en medio de los mas atroces y espantosos infortunios puede conservar ese tesoro de infinito precio, que solamente se pierde por el pecado, el cual es un acto libre de la voluntad. Y nada he dicho de la interna satisfaccion enaltecedora con que su inocencia consuela al hombre justo de limpio corazon.

Parece que espontáneamente brotan los regocijadores consuelos de la Religion en la mente, que amándola la medita; y no pocas veces me he complacido en expresarlos en mis composiciones poéticas, no habiendo incluido todas las que tienen algo de solaz en esta obra por evitar reproducciones, pues de esta clase se hallan varias en mis *Poetas Sagradas*.

Llevo manifestado que la verdadera felicidad por completo no se halla debajo del sol; así pues no será mi libro capaz de darla; pero si con estas indicaciones lograra contri-

buir á que por medio del interior gobierno de su mente alguien alcanzase la posible felicidad del pensamiento, aunque fuera por breve tiempo, llevaria con paciencia las imperfecciones que en mi obra se noten y que censuro yo mismo.

FIN.

dre. Y nada he dicho de esa augusta grandeza del cristiano, que sabe que la gracia que ha de darle la gloria eterna, vale mas, infinitamente mas que las riquezas, que los honores, que las pompas del mundo, que el poderío y el mando, y que está seguro de que en medio de los mas atroces y espantosos infortunios puede conservar ese tesoro de infinito precio, que solamente se pierde por el pecado, el cual es un acto libre de la voluntad. Y nada he dicho de la interna satisfaccion enaltecadora con que su inocencia consuela al hombre justo de limpio corazon.

Parece que espontáneamente brotan los regocijadores consuelos de la Religion en la mente, que amándola la medita; y no pocas veces me he complacido en expresarlos en mis composiciones poéticas, no habiendo incluido todas las que tienen algo de solaz en esta obra por evitar reproducciones, pues de esta clase se hallan varias en mis *Poetas Sagradas*.

Llevo manifestado que la verdadera felicidad por completo no se halla debajo del sol; así pues no será mi libro capaz de darla; pero si con estas indicaciones lograra contri-

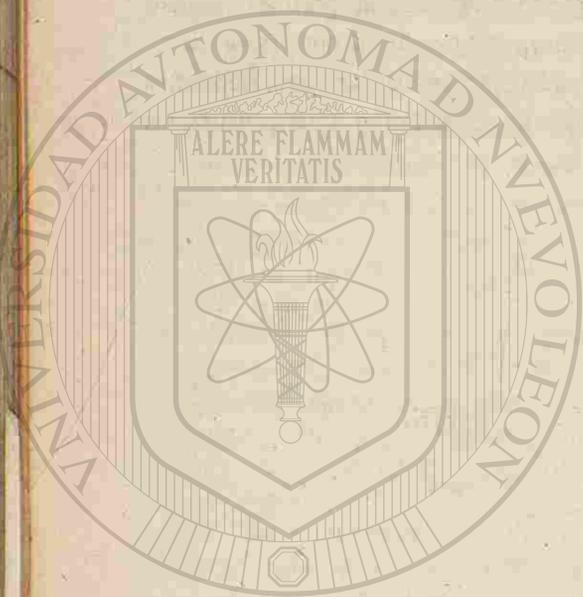
buir á que por medio del interior gobierno de su mente alguien alcanzase la posible felicidad del pensamiento, aunque fuera por breve tiempo, llevaria con paciencia las imperfecciones que en mi obra se noten y que censuro yo mismo.

FIN.

Obras del mismo autor que se hallan en Madrid en las librerías de Olamendi y Tejado, y en provincias en las de los corresponsales de Tejado.

Poesías Sagradas. La poesía sagrada tiene un carácter peculiar de elevación y grandeza cuando la produce un buen ingenio, familiarizado con las augustas y fecundas verdades de nuestra adorable Religión; se presta admirablemente á reflexiones morales, y vuela por un campo lleno de consuelos, de misterios, de luz, de majestad y de gloria. Difícil es reunir las relevantes cualidades que requiere; pero las composiciones que el autor ha impreso antes de ahora, ya apreciadas por el público ilustrado, son una garantía de lo que ha de encontrar en las que contiene el volumen de sus *Poesías Sagradas*, acerca de las cuales bastará decir que ninguna se halla inserta en sus obras anteriores, y que todas corresponden á su universal título de *Sagradas*, aunque el particular de algunas de ellas no lo haga esperar. ®

Un tomo en 8.º de 404 páginas, segunda edición: su precio 7 rs. en Madrid y 8 en provincias, franco de porte.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Observaciones sobre las Bellezas Históricas del antiguo Testamento. Esta obra que está al alcance de toda clase de personas, se distingue por su amenidad y por el modo nuevo de considerar la divina Escritura. Se habla en ella muy particularmente de las guerras, de los niños, mujeres y ángeles del antiguo Testamento, de su novedad, de sus peripecias, de la familia, el corazón humano y el pueblo de Dios contemplado en su conjunto.

Dos tomos en 8.º segunda edición: su precio 14 rs. en Madrid y 16 en provincias.

El Talento bajo todos sus aspectos y relaciones. Por D. Juan Manuel de Berriozabal, Marqués de Casajara. Esta obra es resultado de investigaciones históricas dirigidas á averiguar todo lo concerniente á los entendimientos privilegiados, observando sus tendencias, y como introduciéndose en lo mas íntimo de su vida intelectual para deducir principios y consecuencias, que forman un cuerpo de doctrina. En ella se combaten vulgares preocupaciones; se indican algunas de las causas que en nuestros dias contribuyen á que los talentos no produzcan los frutos que debieran; se examinan varias cuestiones curiosas, y se trata del origen, de la infancia, desarrollo, peligros, ventajas, desventajas, caracteres dominantes, defectos mas comunes y deberes del talento. Si bien se funda gran parte de ella en el

raciocinio, puede asegurarse que no hay aridez filosófica. La amenizan la frecuencia con que el autor ha tenido que acudir á recuerdos de personajes célebres en la historia de la literatura y la velocidad con que corre de un pensamiento en otro, desenvolviendo rápidamente una dilatada serie de ideas muy diversas.

Se halla de venta á 9 rs. en Madrid.

Poesías á la Reina de los cielos. Un tomo en 4.º mayor de 390 páginas. Segunda edición. Su precio en Madrid 10 rs.

Observaciones sobre las Bellezas Profético-Poéticas de la Sagrada Biblia. Segunda edición. Dos tomos en 4.º; su precio 16 rs. en Madrid y 18 en provincias.

Diálogos sobre los Niños del antiguo y nuevo Testamento. Dos tomos en 8.º, su precio 12 rs. en Madrid y 14 en provincias.

El alma devota de la Santísima Eucaristía. Quinta edición. Obra escrita en italiano por el Presbítero D. Juan Bautista Pagani, General de los Padres del Instituto de Caridad; dos tomos en 8.º menor.

El sabio Pagani ha encerrado en las consideraciones que contiene el primer tomo, lo mas afectuoso, tierno, instructivo y edificante

que se ha escrito acerca del adorable Sacramento del altar y de la vida que hace en él nuestro divino Salvador, proponiéndonos por modelo las soberanas virtudes que en ella resplandecen, y mostrándonos el remedio de nuestras pasiones y flaquezas, sobre las cuales discurre como profundo filósofo cristiano. Aquí tienen las almas piadosas amplia materia de meditacion y los predicadores una mina de pensamientos y afectos para hablar con solidez y unción acerca de este inefable misterio.

El segundo tomito comprende devotísimos ejercicios para antes y después de la sagrada Comunión y las prácticas y oraciones en honra del Santísimo Sacramento, á que están concedidas indulgencias por los Sumos Pontífices.

La traducción está hecha por D. Juan Manuel de Berriozabal, quien la ha adicionado con sus poesías al amoroso Dios sacramentado.

Precio de la obra 8 rs. en Madrid y 9 en provincias, franco de porte.

Pensamientos de San Juan Crisóstomo acerca de la Providencia, escogidos en las obras del Santo y ordenados y traducidos por Don Juan Manuel de Berriozabal, Marqués de Casajara. Un tomo en 8.º: su precio 7 rs. en Madrid.

